

Raúl Morales Álvarez
Antología Fundamental



RAUL MORALES ALVAREZ (1911-1994)

ANTOLOGIA FUNDAMENTAL

Por: Rubén Stgo. Morales Cofré (Su Nieto)

RAUL MORALES ALVAREZ
ANTOLOGIA PERIODÍSTICA Y
LITERARIA TEXTOS ESCOGIDOS
INDICE GENERAL

1.- CAPÍTULO I “NUNCA SE SUPO”

--Sobre el Inconfundible Estilo de Raúl Morales Álvarez en la Crónica Policial de la Vieja Prensa Escrita Chilena (Primera Mitad Siglo XX) Colección de Notas en Revista Ercilla (1937) – Noticias Gráficas (1944) – Clarín (1958)

2.- CAPÍTULO II HELENA WILSON: “HABLA NERUDA...”

--Nota sobre su mujer, esposa y madre de sus hijos; y su importancia en la creación de su crónica periodística y literaria.

3.- CAPÍTULO III “LA MUERTE DEL MALDITO”

--El Tiempo de Raúl Morales Álvarez junto a los Poetas Malditos de Chile.
--De Alberto Rojas Jiménez, Antonio Acevedo Hernandez, Mariano Latorre; a Pablo de Rokha, Nicomedes Guzmán, Juan Godoy...

4.- CAPITULO IV COSAS DE MI COSTA

--Crónicas Personales sobre el Balneario Popular del Valle Central de Chile: “Temporal en Cartagena: Del Paraíso al Infierno”.

5.- CAPÍTULO V “PATRIOTA EXALTADO”

--Nota Sobre el Acento Chileno Presente en la Obra de Raúl Morales Álvarez. El Caso Palena, El Beagle, el Encarcelamiento Político (1956 – 1963); la Defensa de Chile y el Mar de los Chilenos.

Capítulo I

‘Nunca Se Supo’



Según sus admiradores, Raúl Morales Álvarez fue un intelectual “completo”, “viril”, de acuerdo a los estudios de Oreste Plath. En palabras de Andrés Sabella, poeta nortino, fue un periodista y escritor “rotundo”, “temporal”, “siempre andando suelto por la ciudad y entre las columnas de los diarios”. Durante su juventud, tal vez en su mejor época de reportero, se especializó como cazanoticias, en crónica policial. Aquí agregamos sus artículos sobre criminalidad chilena, redactadas durante la primera mitad del siglo veinte. En los años sesenta, cuando gozaba de su mayor prestigio, la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile incluyó mercedamente su labor como cronista en Prensa Roja en su dilatado estudio sobre “Crimen y Literatura” (que ya hemos comentado más arriba), junto a las grandes plumas literarias de esa época: Joaquín Edwards Bello, Pablo Neruda, Marta Brunet, Luis Enrique Délano, Genaro Prieto, María Luisa Bombal, Pablo de Rokha, Carlos Droguett, Antonio Acevedo Hernández, María Carolina Geel, Nicomedes Guzmán...en este capítulo veremos algunas de esas notas.

CUANDO EL DIABLO ASOMA



“El Terrible” es uno de los ases que destacan en el póker delictual de Chile. Sus canchas se encuentran en el desparramado barrio de Estación Central”. (Foto, en www.memoriachilena.cl)

EL DECANO DE LOS “CUENTEROS” CHILENOS tiene un apodo de gavilán filibustero: “El Terrible”. Pese a ello, posee, más bien, la apariencia seráfica de un sacristán jubilado, con los ojos lejanos y obispales y las manos unidas, en una constante actitud de rezo. Pero como por algo bajo una mala capa se encuentra un torero, “El Terrible” es uno de los ases que destacan en el póker delictual de Chile. Sus canchas se encuentran en el desparramado barrio de Estación Central, donde ha vivido, --y vive todavía, ya como “choro piantado”, ladrón en acto de contrición--, narrando toda gama de los Cuentos del Tío que pasan por el aro a las buenas gentes.

¿DIJE QUE SUS CANCHAS ESTABAN EN LA ESTACIÓN CENTRAL? Que se me excuse, entonces, la impune irreverencia del largo término. Porque más propiamente se hallan a bordo de los trenes que vienen del sur llovido con su carga de huasos bonachones y pródigos.

“El Terrible” es un viajero tenaz que va y viene por los trenes, con el ojo abierto y el oído muy abierto, al acecho constante de una posible víctima, escuchando conversaciones y haciéndose el de las chacras, cosas que convienen a su aventurero oficio.

FUE ALLI, EN EL TREN TEMUCANO que él tomo en Rancagua, como al abordaje, donde sorprendió una vez las confidencias de un huaso de Padre las Casas. El hombre venía a Santiago a pagar una manda ante la Virgen de la Gracitud Nacional. Cincuenta mil pesos. Eran el producto de su cosecha de buenos trigos y se los traía en mojados billetes como vitamínica expresión de agradecimiento. No necesitó saber mas “El Terrible” para preparar una trampa.

PORQUE ANTES QUE SE DETUVIESE EL TREN en los andenes santiaguinos, “El Terrible” pisaba los resignados suelos de esta sufrida capital del Apóstol. Ganó a toda prisa la salida. De ahí un taxi a buena marcha --y con propina, para empujar el tranco-- lo condujo hasta la Gracitud Nacional, en Alameda y Cumming. Solo al llegar aquietó sus nervios y compuso el ánimo. El traje negro que vestía, muy sobrio, muy correcto, y su propia fisonomía con los ojos obispales de que ya he hablado más arriba, serían su mejor disfraz.

PORQUE FUE OBSEQUIOSO Y HASTA REVERENCIAL “SACRISTÁN” de la Gracitud quien recibió al huaso, en la puerta de la iglesia, cuando éste llegó al templo media hora después. El “Sacristán” lo esperaba, naturalmente, porque habían escrito, anunciando el arribo a Santiago del pagador de la manda, los buenos hermanos de Padre de las Casas. ¿No quería primero rezar una oración de gracias el caballero sureño? Emocionado, el caballero dijo que sí. “De rodillas y con los brazos abiertos será más grato a los ojos de Dios, Nuestro Señor, y de la Santísima Virgen”, dijo El Terrible, que le dio el ejemplo, arrodillándose él primero ante uno de los altares de sombras más propicias.

LO QUE VINO Y VIENE DESPUES fue muy rápido. A media oración de brazos en cruz, “El Terrible” urgió a su víctima por el pago de la manda. El hombre no tuvo obstáculos en pasarle el gordo fajo de billetes. Con los \$50 mil en sus manos --¡una fortuna por aquellos días!--, “El Terrible” cruzó las anchas naves de la iglesia, se santiguó devotamente ante el Altar Mayor, pasó a la Sacristía, tocó el timbre, llamó a uno de los monjes, le dijo que allí estaba arrodillado, agradeciéndole al Buen Dios el asombro de un ruego hecho milagro, entregó mil pesos en su nombre, pidió unos cirios y regresó con ellos hasta donde el huaso que ya se cansaba de rezar padres nuestros y avemarías. Solo una vez que los encendió y rezó a su vez, uno que otro latinazgo --“Perdona, Señor, a éste Yo Pecador”--, abandonó al huaso victimado en forma tan pía y tan impía.

El Reporter N°13 Las Noticias Gráficas, 1945.-

¡PÓNGALE LENTES AL PERRO!



“Si el perro no usa lentes, la ágil mano de los ladrones entrará en su propiedad”.

VOY A DARLE UN CONSEJO por si usted tiene gallinas en su gallinero. Si quiere que no se las roben, si desea tener la plácida satisfacción de contemplar cada día cómo sus pesos se van engordando a través del asombro con que las ponedoras anuncian sus auténticos huevos de oro, póngale gafas ahumadas a su perro guardián. Importará poco que el travieso can pertenezca a las razas más famosas para lucir resueltos corajes en defensa de los bienes de su dueño. Si el perro no usa lentes, la ágil mano de los ladrones de gallinas se llevará las que deseé desde el ponedor.

LA RAZÓN ES MUY SIMPLE. El ladrón de gallinas realiza su aventurero oficio tan desnudo como el agua, en cueros, como Dios lo echó al mundo, solo para que después los papeles de vigía y cuidador estuviesen a cargo del demonio. Porque hay, ciertamente., algo de diabólico en esta técnica delincuente del ladrón de gallinas. El hombre debe disponer además de sus otras agallas, verdaderas reservas de valor, con el pulso educado para que no se le salte de miedo en la audacia. Lo que tiene que hacer no es para las bromas. Se trata de desnudarse y echarse entre los perros.

PARA LA INVESTIGACIÓN POLICIAL convertida en ciencia, es todavía un perfecto misterio explicar lo que sucede. Porque lo cierto es que ante este ladrón desnudo que avanza a través de la noche, a gatas, en cuatro patas, destacando la extraña condición de su piel de animal sin pelos, como un pálido reflejo para dividir la obscuridad, los perros, los más bravos y enemigos perros, no lo atacan. No lo muerden. Se limitan sólo a husmear su identidad, colocando una curiosa nariz en el mismo sitio donde los perros acostumbran a tomarse el olor de acres saludos en el mundo. Imagine, usted, entonces lector, los firmes nervios que debe poseer el ladrón para someterse sin chistar, sin torcer ceja ni arrugar frente, a la indiscreción de un Bull-Dog que se acerca a tomarle los olores.

CREO QUE ASÍ, DESNUDO, el perro toma al hombre por otro animal. Se extraña, se sugestiona, debe sentirse como paralogizado ante la embrujada presencia de esa extraña bestia sin pelos, dueña de un curioso olor a hombre, pero que no es sin embargo un ser humano, desde el mismo instante en que avanza a cuatro patas, lo mismo que si fuese un perro. ¿Es eso? Tal vez. Acaso. Es imposible entrar y asegurar nada, sin miedo a caer en los errores. Pero lo efectivo es que los perros no atacan al ladrón desnudo.

Y, ENTONCES, éste, sin apresurarse, con un saco cogido a la rastra de sus manos ávidas, avanza hacia el gallinero, donde realiza su impune cosecha de gallinas. Pero no se sobresalte, lector. Para este asombro de extrañas magias, hay un buen remedio. Póngale gafas al perro. Con lentes, el animal parece que viese las cosas al revés. O que descifrara con mayor y más rápida claridad el engaño que intentó pasarlo por el aro. Y entonces ataca a cualquiera que encuentre en su camino, ya este desnudo o demasiado bien vestido.

El Repórter N°13, 1944.-

Comenzó la "Guerra de Nervios" contra el Hampa: la Ofensiva se dio el sábado

101 COGOTEROS DETENIDOS EN UNA SOLA NOCHE, ALIVIAN A SANTIAGO



www.ricardozabala.blogspot.com

“LA CUMPARSITA...”.

Los sones del tango DIORO colocaron parejas de desmayados gestos sensuales sobre la pista del Rosedal. comenzaba la alegre anochecida del sábado entre los altos jarrones de vino y los besos furtivos. Un gentil caballero demostró una espalda con bisagras al doblarse en dos para invitar a una chiquilla:

—¿Bailamos este tango, señorita? Desde que la vi comprendí que usted era la dama de mis fruncimientos...

La muchacha sonrió halagada. Aceptó. Se entregó a las vueltas de la danza. Bailaba bien su pareja. Bordaba arabescos con la punta y el taco. Realizaba unas caídas más “canyengues” que el barrio de La Boca. Le preguntó interesada:

–¿Dónde aprendió a bailar tan bien?

El sonrió con varonil suficiencia:

–En Buenos Aires. Fui por un viaje de negocios...con qué ganas me la llevaría a usted.

Y ERA EL NEGRO CAFIOLO

Pero en esos precisos instantes, unas extrañas visitas llegaron a la quinta. Pasearon a través de las mesas sin sacarse los sombreros, las manos derechas sumidas en el misterio de los vestones. Un rumor estremeció a ciertos clientes:

–¡Los TIRAS! ¡Llegaron los TIRAS!

Era cierto. Se trataba de la ronda de Investigaciones. Del grupo de detectives partió, de repente, una exclamación:

–¡Mírenlo! ¡Si es el Negro Cafiolo!

El caballero que respondía tan distinguido apodo era el eximio bailarín que aprendió el tango en Buenos Aires. Lucía también otras condiciones: es COGOTERO, cuchillero, ladrón, asaltante, monrero, lanza, y otras altas castas del delito. Mostró un sorprendido rostro cuando apareció la policía. Y dijo:

–Si ahora NO TENGO NA. Ya estoy retorcido y limpio de las pistas.

Pero, “por siaca” se le puso manos arriba y se procedió a realizar con él un conspicuo y distinguido allanamiento. Así surgió un espantable estoque de 100 centímetros de acero. El “Negro Cafiolo” lo llevaba pegado junto a su pierna izquierda, entre el pantalón y el calzoncillo. Su PRENDA gritó indignada:

–¡Lo que le pasa a una! ¡Y yo que lo creía un caballero! Si ni se le notaba el sable que llevaba el sinvergüenza...

Resignado, con una agobiada cabeza gacha, el “sin vergüenza” fue conducido a los calabozos de Investigaciones. Allí lo aguardaba una alegre sorpresa:

–¡Qué hubo, niños!, fueron las palabras que pronunció al pasar las rejas.

Porque había 100 hampones detenidos esa noche. “El Negro Cafiolo” hacia el 101.

La cifra resume la labor de Investigaciones. Fue una de las etapas de la “Guerra de Nervios” declarada por el Prefecto, Tulio Aguilera, al hampa de Santiago. Todos los días y todas las noches se hará lo mismo.

UN GLORIOSO SABLE UTILIZADO EN LA CAMPAÑA DEL '79 SERVIA DE FUNESTA ARMA A PELIGROSO HAMPON MAPOCHINO

La argucia de los maleantes ha llegado a la adopción de ingeniosas armas para utilizarlas en sus continuos golpes. En las últimas de las enérgicas batidas realizadas por gente del Prefecto Aguilera en este último fin de semana, se encontraron en poder de numerosos hampones las más variadas formas de armamentos. Fueron 101 individuos. Entre ellos los había de todas las especialidades: cogoteros, monreros, pelusas, rateros, en fin, de toda la fauna delictual. Una de las armas encontradas en poder de uno de estos era una plana de esas que utilizan para alisar la pared de cemento, que se llaman comúnmente espátulas. Esta había sido aguzada de tal manera que fácilmente puede ser utilizada para despresar a un toro. Otro tenía una hoja de tijeras para cortar pasto. Larga y afilada como para liquidar a quien se atreva a oponer resistencia. Otro tenía una hoja de un glorioso sable que había sido utilizado en la campaña del '79 y que la familia lo guardaba como reliquia. El biznieto, muy hampón, lo había convertido en una arma segura para doblar a sus víctimas en despoblado en sus cogoteos nocturnos. Había en el arsenal de armamentos las más variadas herramientas de carpintería, convertidas en afiladas hojas. Un serrucho para cortar madera fina, había servido para atemorizar a no menos de 30 “giles” -como se les llama en la jerga delictiva- a las víctimas. Un destornillador, largo y aguzado, había servido para abrir las puertas de las más variadas chapas. gubias, en fin, de un cuanto hay en materia de herramientas transformadas en peligrosas armas

EL “BAILARIN PIRATA” BAILO A PUÑETES CUANDO PRESENTO PELEA A LA RONDA DE INVESTIGACIONES

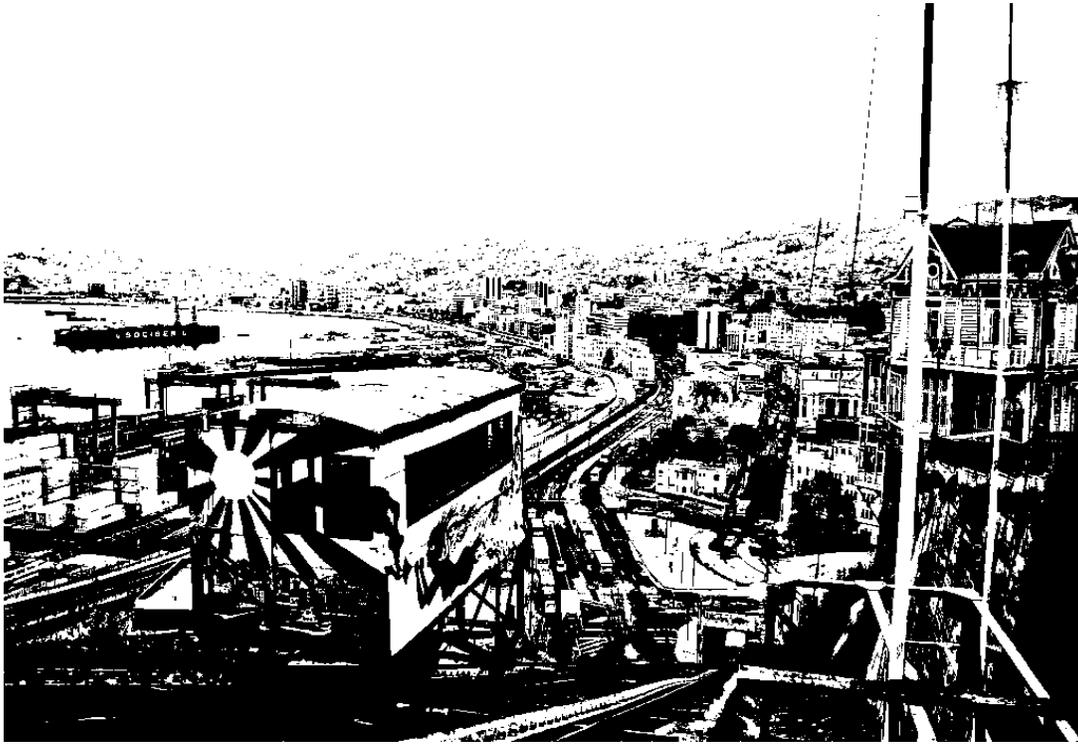
Fue el único “guapo” que se opuso a la batida policial. Todos los “bravos” del hampa fueron “mansos” durante la batida que Investigaciones inició el sábado y prolongó el domingo. Pero como toda regla tiene su excepción, la dio “El Bailarín Pirata”, el más “toruno” de todos los que operan por San Miguel abajo. “El Bailarín Pirata” presentó pelea, y de las bravas. Luchaba por su prestigio de guapo. Lo anunció a gritos, ante la asombrada muchedumbre de su barrio que presencié el combate:

–¡Yo soy el Bailarín Pirata! ¡Yo no tengo las manos empuñadas!. ¡Yo peleo!

Los detectives aceptaron su gentil invitación. “El Bailarín Pirata” bailó a puñetes. Cuando al fin fue dominado, fue necesario guiarlo de la mano al Cuartel de General Mackenna. No podía ver. Tenía tapados los dos ojos. Desaparecían bajo ciertos misteriosos hinchazones de un perfecto color obispo: morado.

El Repórter N°13, Las Noticias Gráficas, 1945.-

LOS BOLICHES Y LOS NOMBRES



Según el autor, "naturalmente, no es el único bar "Nunca se Supo" que existe en Chile. Hay versiones gemelas en cada pueblo. Pero todos exigen --lo mismo como suele ocurrir en la porteña-- el pulso firme y los ojos muy abiertos para defender el cuero. El que pestañea, pierde. Y hay bautizos más curiosos todavía en esta vehemente geografía bebestible del país..."

A Marcelino Marambio le pegaron con firmeza y con perrera en el bar "Nunca se Supo", de Valparaíso, en El Almendral. La verdad es que él no sabe todavía cómo el iracundo Don Armando Rosca se puso a beber con él, mano a mano, hasta que se armó la gresca en cuya Lotería de puñetes y de tajos, Marcelino sacó todos los números premiados. El boliche responde con airada exactitud al nombre que posee. Naturalmente, no es el único "Nunca se Supo" que existe en Chile. Hay versiones gemelas en cada pueblo. Todas exigen --lo mismo como suele ocurrir en la porteña-- el pulso firme y los ojos muy abiertos para defender el cuero. El que pestañea, pierde. Pero hay bautizos más curiosos todavía en esta vehemente geografía bebestible del país. La botillería que Alfredo Lieux, el director de radio, tiene en la bastante pecadora calle Eyzaguirre, luce un título preciso sobre las sedientas puertas: "El Cuerpo Malo". Donde comienza Tropezón, frente a la Punta de Diamante, se abre un bar ufano de llamarse "La Tranquilidad". Debe serlo ahora. Pero en mis tiempos sacaban de allí a los fulanos, con las piernas para adelante y anchos ríos rojos sobre el pecho o el vientre. No se molestaban siquiera en llamar a la Asistencia. Simplemente lanzaban los cuerpos a la calle. Y no por ello, la euforia de peligrosos escándalos nocturnos se detenía en el boliche. Seguía no más, dándole que suene, contraviniendo las tranquilas comodidades del apelativo.

Lo mismo ocurría en aquel otro bar extravagante que se montó en el Matadero, sobre Chiloé. Se llamaba “La Armonía”. Lo era durante cinco días de la semana. Pero las cosas cambiaban de sábado a domingo. Entonces La Armonía se desarmonizaba con puñetes y puñaladas al por mayor. La dotación de la Catorce Comisaría que vigila en el sector, ya se sabía de memoria la tarea. No había para qué preguntar nada. Sólo bastaba con que los robustos carabineros de turno se fuesen como en romería hasta el boliche. Nunca salieron solos. Siempre arreaban hasta el cuartel algún grupo tambaleante y agresivo, llevado codo a codo para aquietar los bríos en las manos pegadoras.

Largamente conocí estos sitios. En Hornillas abajo, cerca del Hipódromo, estaba “El Barril Encantado”. Su nombre poético contrastaba violentamente con la muerte que lo visitaba de continuo. La primera vez que estuve allí, un fulano se desangraba en el suelo dos mesas más allá de la mía. Nadie le hacía caso. La policía no llegaba todavía, si es que la habían llamado. Ante mi asombro adolescente, la zalagarda proseguía como si tal cosa.

Ví cosas parecidas en el “Sí, sí, mi Nena”; en el “Se va la Lancha”; en “El Cocodrilo” --de la Estación Central--; y en el “Como nos Cambia la Vida”, que esta en Pueblo Hundido. Pero la experiencia más extraña de todas me sucedió en otro “Nunca se Supo”, en Diez de Julio, por las cercanías de su Barrio Chino, casi tocándole los lomos de adobe a una famosa casa de remolienda conocida como “Las Siete Puertas”, porque las tenía. Fue allí donde debuté como reportero.

Fue el Negro Washington Alarcón, telefonista nocturno de la Prefectura General de Carabineros, quien me abrió el camino. Yo acababa de ingresar al oficio. Pero aun no hacía nada por mi cuenta. Cada vez que salía, iba bajo el timón de Luis Enrique Délano, que fue quien me enseñó a tranquear por las noticias. Pero esa noche, en el diario, yo recibí el llamado del Negro Alarcón:

--“Hay un boche así de grande en el “Nunca se Supo”, de Diez de Julio --me dijo--. Parece que mataron a uno. Usted es el primero que los sabe cabrito...”. Acudí con una vanidosa ambición en los ojos y en la voz, a consultar al Jefe de Informaciones, el Cabezón Muñoz. No estaba Délano. ¿Podría ir yo, y solo? El Cabezón asintió: “Vaya a ver qué pasa”. Y fui. Cuando llegué, lo hice junto a la Asistencia y los Carabineros. Se estaban llevando a la víctima, encharcada en sangre. Pero yo no podía soportar que se llevasen también a “Mi” noticia. Atropellé entonces a todos, para preguntarle al agonizante casi a gritos:

--¿Quién te mató? Dime...¿quién te mató...?

Con algo como una neblina que caía sobre sus ojos, velándose los, el hombre sonrió ante mi absurda conducta:

--¡Nunca se supo! --fue su respuesta.

Sherlock Holmes, en El Clarín de Santiago, 1960.-

TRES CRISTALES PARA MIRAR LA FANTASIA Y REALIDAD DEL DELITO



I. EN ESTE PARADERO ME BAJO

EL MUCHACHO tenía los ojos resueltos y duros, las manos pequeñas y crueles, la boca golosa, ancha, de gruesos labios sensuales. Era un pelusa moreno, insolente y pendenciero, tan alto como ancho, casi cuadrado, que venía de los Puentes del Mapocho, de las esquinas perdidas, de los barrios leprosos, con olor a miseria y a sudor, tieso de mechas y alto de cruz como él sólo, tostado en la pelea en plena edad de los juegos, enrolándose, niño aun, en la vorágine desesperada de los dos venenos gratos al corazón del hombre: el vino y las mujeres.

No levantaba ni así tanto del suelo cuando ya bebía acodado sobre el sucio mesón de los boliches del suburbio, con el empaque de un veterano en borracherías, o se gastaba los misteriosos pesos que obtenía a través de las noches aventureras de caramba y zamba, las más bravas de la fauna santiaguina, donde repartían, por igual entre las cuecas, besos y puñaladas. De allí sacó una amante. Una chiquilla como él, casi una niña, de grandes ojos asombrados y una ajada sonrisa viciosa. Se llamaba Berta, Berta la Coja. Cierta prolongada borrachera le puso los pies blandos, una niebla en las pupilas doradas y el tranco en zigzag. Con todo esto fue a parar bajo las ruedas de un tranvía. Para otra cualquiera habría significado el fin de su carrera de Ninfa alegre a pesar de ella. Pero Berta la Coja era de otra madera. De una sola hebra, como decía ella. y con su pata mala al aire, bailando sobre la muleta, surgía en las esquinas del escándalo, por San Diego y por San Pablo, como una extraña enloquecida al acecho del amor que pasa.

Formaban una curiosa y agresiva pareja. Ella adelante y él detrás. La sufrieron --es la verdadera expresión-- los alegres caballeros que caminan abrazándose a los faroles, con un vino pasional que los hace soñar con la aventura besadora que hasta entonces sólo conocieron en las novelas y en el cine. De improviso, a través de la noche, surgía la sonrisa roja de Berta, prometiéndoles y mostrándoles el verdadero Paraíso Terrenal. Jamás, sin embargo, llegaron a conocerlo. De ello se encargaban las manos de su hombre, derechas y hechas para el tajo. Las Comisarías se acostumbraron y cansaron con el contemplamiento de una larga caravana de despojados en plena calle, que llegaba en calzoncillos o sin ellos, a presentar su reclamo ante los soñolientos Oficiales de Guardia.

Hubo, después, otros golpes de mayor audacia y un par de cuerpos quedó en la calle, en la grotesca actitud en que los sorprendió la muerte, desangrándose por las anchas puñaladas. La sospecha policial cayó sobre el galán de Berta la Coja. Se sabía su afición por el trago y el comisario que se lo llevó codo a codo hacia el cuartel, se sobó las manos con anticipado júbilo. “Este va a ser fácil. Se va a ir solito de lengua...”. Y apostó su sueldo a que le arrancaba la confesión del crimen sin apelar a ningún método violento. Lo interrogó ceñido a una estrategia intelectual. Le ofreció cigarrillos, le prodigó palabras amables, sonrisas amigas, terminó tentándolo:

--“¿Te tomarías un tinto?”.

El pequeño hampón sonrió con una mueca feliz: “Con su amigo...”.

Las botellas comenzaron a desfilar. Una, dos, tres, hasta enterar la docena, sin que se alterase la charla, ni el hombre se decidiese a decir: “Yo fui...”.

El jefe policial ya tenía los ojos turbios, la lengua de trapo y una enconada rabia en el alma, cuando apeló a un último y supremo recurso: “¿Otra botella más?”. La respuesta lo despejó inmediatamente: “¿Sabe que más, mi Comisario? En este paradero me bajo. Doce botellas forman mi dosis. Con otra más me curo...”.

II. LA LOCA MARIÓN

LE DECIAN “La Loca Marión” y era una mujer alta, una hembra maciza y bravía como las de otra edad, una buena compañera para los tiempos de Doña Catalina, la de Erauzo, la Monja que fue Alférez. Tenía los ojos de brasa, los labios en perpetua oferta, una redonda y opulenta geografía, hecha de valles y montañas, le estallaba en el pecho feliz, y era dueña de la fiesta placentera de unas piernas como hacha, que le habrían dado envidia a Marlene Dietrich o a la Mistinguette, en los días ya lejanos, en los días irremediamente viejos, en que se enamoró y conquistó con ellos el cariño fugaz de Chevalier. También, junto a su ceja izquierda, como besando sus pupilas, burlando al tiempo y su marca en forma de pata de gallo, la “Loca” tenía una cicatriz.



www.infobae.com/google.cl

Con todo esto, las piernas, la perfecta, redonda y sensual del tórax jocundo, los labios besadores, la cicatriz para el misterio de las palabras más íntimas, la “Loca Marión” surgía a través de la antigua noche de Santiago, asomada a las esquinas y a su perenne escándalo, a veces vestida con pieles y largos trajes, y a veces también con harapos, sonriéndole al transeúnte y llevándose siempre, fatalmente siempre, como engarfiado en la tibia emoción de su sonrisa de vieja y sabia gozadora.

Eran sus amigos los poetas que tranqueaban en busca de la madrugada y de su pretexto para beber un trago más a unas cuantas palabras amables; los ladrones emboscados en todas las aceras, ciertos policías y algunos pijes con el orgullo de la primera llave para salir de noche. La “Loca Marión” les entregaba su afecto, a veces su dinero, y muy de raro en raro su verdadero amor. ¿Por qué? Cierta amanecer ella me lo dijo: “Por eso me dicen La Loca, pus tonto: Porque me voy con quien quiero...”

Era, nada más, que la simple verdad. Yo la vi una noche irse del brazo con un hermoso atorrante, un vagabundo destrozado por todos los caminos, una suerte de bello rey desarrapado, oloroso a vino y a mugre en toda su persona perfectamente divorciada del agua y del jabón, despreciando los billetes de un marinero inglés que asaltaba a Santiago, al abordaje, con el ímpetu sexual de los navegantes que pisan tierra firme después de una larga jornada pasada en el mar, para aprender desde el amor y las botellas, que el mundo es redondo y se mueve.

Esa misma cicatriz que le alumbraba el rostro, la conquistó la “Loca Marión” con su guapeza pasional que tenía la misma marca triunfal de una Quintrala sin fortuna. La logró en cierta airada noche en que la gorda y prepotente dueña del boliche remolador donde trabajaba bailando, sonriéndose, entregándose, quiso imponerle un cliente. El más adinerado. Pero ella ya había preferido al hampón astroso que vendía tortillas y huevos duros en la esquina de los Callejones. La desobediencia le injurió las mejillas con una línea de sangre. Pero así, herida, furiosa, desmelenada, bella como la guerra y el pecado, fue a buscar a quien era, en ese instante, mucho más que “su” simple hombre.

III ASI ERA “EL SUAVE”

TAMBIEN conocí a otro ladrón Cara de Frutilla... Si aquel parecía Obispo, éste le llegaba apenas y muy a los talones a un simple Sacristán. Era un hombrecillo menudo, de ojos hipócritas, humildes, siempre con miedo, de pecho enclenque, roto por una tos donde ya se anunciaba la tuberculosis, algo giboso. Toda su vida residía en sus manos. Eran duras, casi cuadradas, de largos dedos blancos, definitivamente crueles. Con ellas, una vez, dio de puñaladas a un mocosos que se le erigió como escollo en el camino de su huida. Pero esto, ya, es otra historia.



Imagen de las asntudf cucas, en www.urbatoiwm.cl

Le decían “El Suave” y no conozco, bajo mi palabra, otro apodo mejor puesto. Aquel hombrecillo de pupilas en perpetua zozobra producía una extraña impresión de asco. Recordaba a esa suerte de enconado peligro que se oculta en las cosas blandas. El gato también camina sobre algodones antes de dar el zarpazo.

Lo mismo hacia "El suave" cuando le era necesario abrirse sangrientas rutas hacia su libertad de constante perseguido. Cinco hombres tenía al espinazo, madrugados a la mala, sin darle tiempo al otro para defender el cuero. Bastaba ver su rostro para comprenderlo. "El Suave" mataba por miedo. Carecía de esa absoluta gentileza generosa que sólo es patrimonio de los auténticos guapos. Era el suyo el miedo de los cobardes, el miedo que impulsa a la fuga, el miedo que hace arrancar hacía atrás. No el miedo de los valientes que se lleva a los hombres por delante, atropellando todo. Su "gracia" era el robo en las iglesias. En la quietud de los templos, olorosos a incienso, "El Suave" parecía desaparecer, formar parte de las propias naves, incorporarse a los altares, mezclarse entre los Santos, confundirse con las figuras que rezan de hinojos en los altos vitreaux labrados a fuego. Nadie se fijaba en él. Era precisamente lo que le interesaba a "El suave". Impalpable, casi convertido en un fantasma familiar, se movía junto a las gordas alcancías de los templos. Parecía tener un radar especial para determinar, sólo mirándolas, cuál era la más repleta. Frente a ella, entonces, se detenía. No se molestaba en rezar, en ocultarse, en nada que no fuese su propio afán del robo. Elegía siempre los momentos en que elevan la hostia o los recodos más notables de la prédica que caía desde el púlpito sobre la humillada Grey.

Entonces actuaba. Lo hacía de una forma simple. Se limitaba a sumir en la rendija, de esas que se hacían con barbas de ballena para los románticos Corsets que iluminaron el 900 con las cinturas de avispa, bien untada con pez Castilla. Regresaba a sus manos con pesos y billetes y algún cheque. Sin una sonrisa en su rostro en sombras. "El Suave" iba en busca de otra alcancía. Sólo abandonaba el templo cuando las visitaba todas. Actuó con impune suerte feliz durante largos años. Pero una vez, para Semana Santa, en la Catedral, su audacia dio un tropezón y se cayó de bruces. Estremecida de misticismo, una verdadera muchedumbre se apretujó en la iglesia para escuchar el Sermón de las Tres Horas. En los ojos huidizos de "El Suave" brilló una luz de contenido júbilo. Ahora sí que sería fácil desvalijar las alcancías. Pero junto con sumergir sin ningún miedo a los infiernos su acostumbraba barba en la primera, una extraña voz sonó en la entrada:

--"¡Viva el Diablo...!". La pronunciaba un tambaleante poeta: Alberto Rojas Jiménez, que surgía del verdadero infierno de su dramática borrachera sin tregua y sin piedad. "¡Viva el diablo...!" La multitud se volvió como zamarreada por la presencia del Ángel Malo, sacudida por el hábito que venía de otros tiempos, llenos de herrumbre y de candor. Mil pares de ojos cayeron entonces sobre el ladrón, una absurda figura con una varilla llena de billetes en las manos. Entonces un nuevo grito pagano escandalizó a la vieja iglesia que fundara el otro don Pedro: "¡al Ladrón!"

ALGO BRILLO, entonces, en los dedos de "El Suave". La quisca. Con ella quiso abrirse camino hacia la calle y hubo un instante en que casi lo logró, dibujándose una ruta sangrienta por entre los recatados pechos femeninos y los oscuros trajes de los hombres. Pero sólo fue un relámpago. Una cohorte de furiosas beatas cayó sobre él. Demostraron que no les molestaban para nada los escapularios ni las largas polleras que velaban las piernas, para dar rasguñones y mordiscos. Porque así, mordiendo y rasguñando y mordido y rasguñado, entregaron a "El Suave" en manos de los robustos Carabineros de la Primera Comisaría. Y como el ladrón, a pesar de todo, era humorista, contestó, cuando el Oficial de Guardia le preguntó su nombre: "San Lázaro, señor..."

El Repórter N°13, Revista Delito, 1946.-

MATÓ DE CINCO MARTILLAZOS AL AMIGO QUE LO ENVENENÓ CON EL AMOR QUE NO MUESTRA EL ROSTRO



‘ Nada. Regresé. Vi el cadáver, decidí enterrarlo, hacer desaparecer ese terrible recuerdo de mi drama. Levanté las tablas del piso y lo sepulté...’.Foto del archivo histórico PDI

EN LA NOCHE DEL 3 DE NOVIEMBRE DE 1942, un oscuro drama nacido entre la amistad de un hombre y un muchacho, movilizó también extrañas fuerzas pasionales, en el interior de la residencia ubicada en la calle San Isidro 72. Murió el hombre. La disputa crecida entre los dos protagonistas limitó con el crimen. Cinco martillazos, destrozando el cráneo de su amigo, convirtieron al muchacho en asesino. Entonces lloró, gimoteó, se desesperó, besó las manos inertes de su víctima, en la tremenda soledad del escenario de su crimen, con la noche cerrada, levantándose a cada instante, preso en el tumultuoso temor de que alguien hubiese escuchado el drama. Luego fue pasando el tiempo. Los nervios crispados se ablandaron. Vino la calma. Una helada y siniestra serenidad. El muchacho arrastró el cadáver hasta la pieza de baño. Lo lavó. Al día siguiente, lo enterró bajo el piso del comedor. Y eso fue todo. Hasta dos semanas después el adolescente asesino llevó una vida normal. Comía y reposaba sobre el cadáver de su amigo. Sorpresivamente, el viernes 13 de noviembre, la Policía descubrió el crimen hasta en sus menores y más desconcertantes detalles. La víctima se llamaba Carlos Bahamondes Rebolledo.

Tenía 40 años. Era un ex funcionario de Prisiones y fue agente comisionista. Su asesino fue Hugo Santana Wilson. Confesó 21 años. Pero aparentaba solamente 19.

PENSABA CASARSE

HE AQUÍ sólo el esquema del crimen. En la madeja de sus detalles se hilan los perfiles de una verdadera novela del amor, que tiene miedo de decir su nombre. El crimen de San Isidro tiene su base emotiva, como el del músico Salvatierra, en hechos similares. El propio Hugo Santana dio la mejor explicación de la quemante verdad, cuando confesó ante los detectives de esta pesquisa relámpago: --Conocí a Carlos en Valparaíso, en la Plaza Victoria...me llevó a su casa. Fui su amigo...su amigo íntimo...me trajo a Santiago. Arrendó esta casa, que a su vez subarrendaba. Vivíamos juntos...me hizo pasar como "su" sobrino. Nadie, nunca, sospechó nada. Todo iba bien hasta que un día anuncié mis propósitos de cambiar de vida. Casarme, ser otro, en fin...de allí partió todo...Carlos comenzó a regañarme, y yo, a llegar continuamente atrasado...¡Dios mío! El drama que se nos venía encima...Oscuramente, yo presentía la fatalidad.



“Loco de espanto, lo golpeé, no recuerdo bien con qué. Debe haber sido con un martillo o algo así... Carlos rodó por el suelo. Me arrodillé a su lado. Le besé las manos. Le pedí perdón. ¡Pero todo era ya inútil! Ya estaba muerto...Como un autómatas, lo entré al baño. Lo eché en la tina y le lavé la cara. Lo volví a besar...lo llamaba en voz baja: ¡Carlos, Carlos! Luego me serené. Me cambié de ropas. Salí a vagar por las calles”.

EN LA NOCHE DEL 3

Y Hugo Santana, cae, deshecho en sollozos, en el sillón de la misma pieza que fue escenario de su tragedia. Hipa entrecortada y largamente. Rechaza el cordial de un cigarrillo. Una mano nerviosa y temblante alisa sus cabellos. Luego:

--El día 3, también llegué tarde. Carlos se enojó más que de costumbre...al día siguiente, era su santo...se acostó, retándome. Me echó en cara lo que él llamaba mi mala conducta...yo me hice el dormido...de pronto, lo tuve encima. Estaba furioso, enardecido, y tuve miedo...luchamos. Me cortó las manos. Entonces, loco de espanto, lo golpeé. Pegué una y otra vez. No recuerdo bien con qué. Debe haber sido con un martillo o algo así... Carlos rodó por el suelo. Me arrodillé a su lado. Le besé las manos. Le pedí perdón. ¡Pero todo era ya inútil! Ya estaba muerto...

LO ENTIERRA

El relato, espasmódico, nervioso, alucinante, sigue por el mismo camino. Escuchen:

--Como un autómata, lo entré al baño. Lo eché en la tina y le lavé la cara. Lo volví a besar...lo llamaba en voz baja: ¡Carlos, Carlos, Carlitos!...Luego me serené. Me cambié de ropas. Salí a vagar por las calles. Entré a rezar a la Iglesia San Francisco. Regresé. Estaba y estoy seguro de que yo no maté a Carlos. ¡Murió en la caída, señor, al rodar por el suelo y golpearse en la cabeza! Yo no lo maté. Juro que no lo maté...¡Tienen que creerme! ¡No lo maté!

Y un nuevo llanto corta el hilo de la confesión. Luego, más tarde, con un tono que le opaca la voz:

--¿Qué más, señor? Nada. Regresé. Vi el cadáver, decidí enterrarlo, hacer desaparecer ese terrible recuerdo de mi drama. Levanté las tablas del piso y lo sepulté. Antes de tapar el cuerpo, lo besé de nuevo. De rodillas le pedí perdón. Estoy seguro de que él ya me había perdonado. Nunca creí que me iban a detener. Eso es todo.

Y uno de los agentes del Inspector, Amable Daza, el timonel de esta pesquisa, tercia en la charla:

--Sí. Las cosas estaban bien hechas. Lo malo fue que la prolongada ausencia de Bahamondes llamó las sospechas. Santana decía que "su tío estaba en Villa Alemana". Alguien notificó a la Policía de lo extraño del caso. Investigamos. Supimos que Santana no era el "sobrino" de Bahamondes. En la tarde del viernes, lo detuvimos. El ya temía y esperaba nuestra visita. Nervioso, incoherente, terminó por confesarlo todo. Ha sido una buena pesquisa.

Nosotros miramos, mientras tanto, a Hugo Santana. Con la cabeza gacha ha escuchado el relato sintético de su crimen. Al terminar una lágrima rueda por sus mejillas y se detiene en las comisuras de sus labios como un sello doloroso y salobre. (*)

El Repórter N°13, Revista Delito, 1945.-

(*)Texto aparecido en el libro "Amores que Matan" de la escritora chilena Claudia Opazo: **Relatos de la Prensa Roja Chilena, Raúl Morales Álvarez, Maestro de la Crónica Policial: Malgusto Ediciones, 2011.-**

EL MOTIN DE LA “PENI” Y SU MENSAJE



“En la “Canasta Grande” y en la “Canasta Chica”, como los reos llaman en su jerga a la Penitencia y a la Cárcel, todo esta hecho para degradar y aplastar a los reclusos, prostituyéndolos mental y físicamente”.

CREO que una exigencia de premioso apuro se ofrece a la vista de Chile, después de este delirio enloquecido de los reos que se amotinaron en la Penitenciaría. Lo que se pone en cuarentena, me parece, no es el acto mismo de su rebelión descabellada, y sí, en cambio, la propia realidad sombría del presidio, no señalando únicamente a la del viejo penal de la avenida Pedro Montt, sino también a la plural expresión melliza que muestran todos los demás en el país. En este aspecto, el motín de la “Peni” (*) entrega un frenético mensaje, cuya exacta traducción más breve podría ser esta: **“NINGUNA CARCEL SIRVE”**. La cárcel no rehabilita al individuo que transgredió la ley. Lo pervierte todavía más, domesticándolo para el delito, y a veces coloca un avispero de odios en su corazón, hecho que sucede más que de raro en raro. La cárcel, entonces, no lleva el cometido para el que fue concebida, y de ello no son las nuestras un ejemplo aislado. El drama ocurre y agobia en todo el mundo. Si con ello, entonces, libro de alguna acusación presunta al maltratado Servicio de Prisiones del país, no por eso, sin embargo, voy a dejar de establecer un hecho tremendo. Tal vez en Chile el drama carcelario es más feroz que en otras partes.

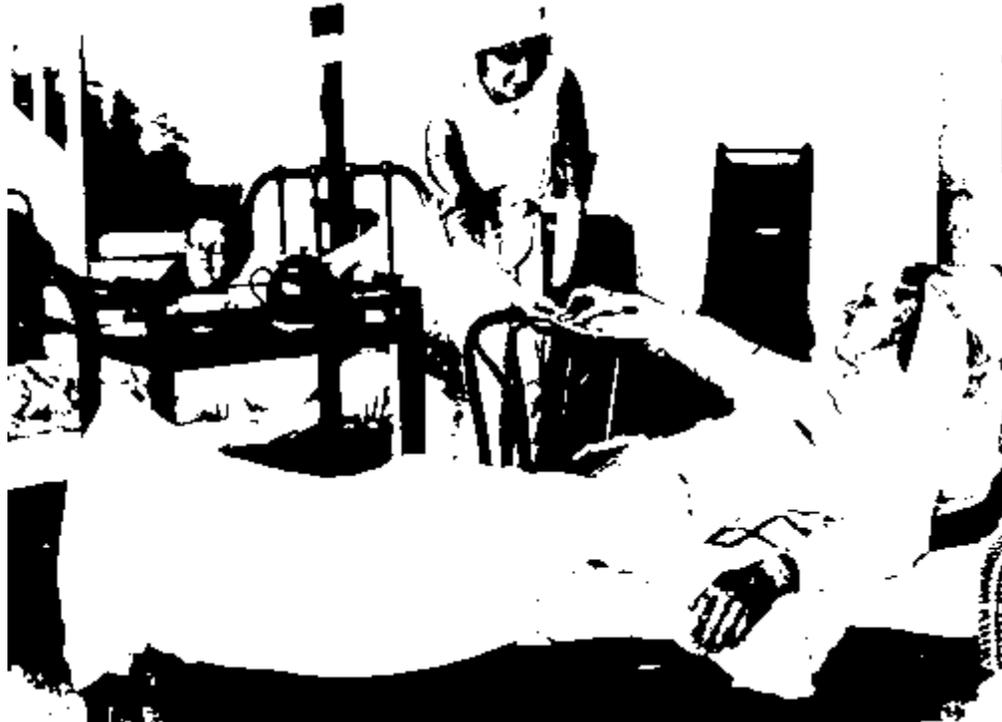
Lo ignoran o porfían, mejor dicho, por ignorarlo, quienes deberían haber ya solucionado el triste asunto por una razón muy simple, de índole mezquina, surgida del cruel egoísmo de la condición humana. **“NO HAN ESTADO NUNCA PRESOS”**. Las cárceles solo la conocen en las rápidas visitas oficiales, donde se la ve camuflada de limpia o de bonita o hasta de fragante, según los embelecos que disponga la imaginación de cada Alcaide. Pero es otra la verdad terrible, y yo domino su secreto. Durante seis meses transité por el Anexo Capuchinos, la Penitenciaría y la Cárcel Pública, cuando el gobierno de Jorge Alessandri me envió a presidio por mi reclamo de defender la soberanía y la dignidad de Chile en la frontera de Palena, injuriadas por la agresión militarista de la Argentina. Soy, pues, un buen testigo que declara en este como necesario proceso nacional al sistema carcelario, abierto a raíz del frustrado motín de los reos de la “Peni”.

MENOS en el Anexo, más en la Cárcel, y peor aún en la Penitenciaría, el preso pierde la noción de ser persona. En la “Canasta Grande” y en la “Canasta Chica”, como los reos llaman en su jerga a la Penitencia y a la Cárcel, todo está hecho para degradar y aplastar a los reclusos, prostituyéndolos mental y físicamente. No hay servicios higiénicos verdaderos, sino repugnantes “hoyos” colectivos, que obligan a quien se resigna a usarlos a mostrar sus presas al aire. Desde que lo hace, cae en la sórdida tela de araña que lo envuelve y no lo suelta. Ya no es persona. Se ha convertido en un animal, y entra, entonces, a formar parte de la jauría que habita en los jaulones. La promiscuidad lo hace actor o espectador de vicios o de crímenes. Nada asombra ya a su visión de bestia sometida a un espanto que es normal y cotidiano en el presidio. El infierno jadea allí con todos sus demonios. Yo he sentido su respiro. El Pabellón de Menores, que funcionaba o funciona (*) todavía de manera absurda en la Penitenciaría proveía de carne fresca al apetito sexual de los presos viejos. Presencié horribles remates de este tipo, con pugnas de postores en la puja bestial y lacerante, y algo parecido se me dio en la Cárcel, donde se encierra a la población penal a las 5 de la tarde, y el hacinamiento ocioso hasta de 8 individuos en cada celda, también determina que aparezca lo nefando.

Este solo botón para la muestra deshace la pretensión jurídica de que los presidios regeneran al preso, castigando su delito. Una terca realidad en ascenso, trepando por las estadísticas, revela todo lo contrario. Los que salen de la cárcel vuelven a ella, atrapados en una reincidencia habitual cuya estatura de alud -- por lo menos en mi época-- pasa del 60%. La cárcel, entonces, no sirve, tal como esta y funciona. Si estuviese en mi mano, yo eliminaría los presidios como “sitios de condena”, dejándolos únicamente convertidos en lugares de tránsito para los individuos sujetos a proceso. Los reos ya rematados por un fallo inapelable, deberían formar Colonias Penales. La larga piel de Chile tiene zonas de sobra para ello. Es lo que debería hacerse, de manera “demócrata y cristiana”. Cualquiera que sean sus culpas, los reos también pertenecen a la sociedad. Si en las cárceles actuales solo pertenecen a la ignominia será preciso, pues, rescatarlos de ella.

(*) Nota escrita en los años sesenta, en las columnas de El Clarín de Santiago.-

OPERACION SOBRE EL CORAZÓN



"El Alfiler" llegó a la Asistencia casi con el corazón afuera y el alma en los pies, que se le helaban. Los médicos le sacaron todavía más el corazón fuera del pecho, ¡y se lo zurcieron!".

MAGNOLIO Ortiz Villalobos, un mocoso de doce, fue operado "a corazón abierto", el pasado Martes, en el Hospital del Salvador. El asombro cirujano demoró tres horas y media en su duro camino hacia el éxito, con diez médicos como actores y testigos de una maravilla tan dramática como feliz. Fue mucho más humilde la operación al corazón que le hicieron a mi amigo atorrante, "El Alfiler", el ladrón que robaba "a peta pelá".

En aquel tiempo yo también andaba pisando desventuras y penurias, casi a medio morir y a medio filo, trabajando como peón picaresco en el camino que iba de Lagunillas hasta el límite, por San José de Maipo. Junto con otras cabezas desarrapadas y locas, "El Alfiler" figuraba en nuestra cuadrilla proletaria. Con él, y los demás de la campaña, manteníamos proyectado pasar a la Argentina, así no más, de contrabando, a ver qué diablos nos salía en los azares.

Pero no nos fuimos. Al "Alfiler" le gustaba arrastrar el poncho, hasta que se lo pisaban, y no siempre la suerte podía acompañarlo. Una noche, cuando nos estábamos remoliendo en Santiago el jornal de la semana, nos trajeron la noticia, la mala nueva. "El Alfiler" estaba en la Asistencia Pública, en la Casa Central de San Francisco. Le habían partido el corazón de una fiera puñalada. Pero aun no entregaba el equipo, para quedarse haciendo de finado. Pese a que la herida era la muerte, el diantre, seguía vivo y coleando. ¿Cómo? De camino hacia la Posta, nos fueron explicando los misterios:

-- "El Alfiler" llegó a la Asistencia casi con el corazón afuera y el alma en los pies, que se le helaban. Los médicos le sacaron todavía más el corazón fuera del pecho, ¡y se lo zurcieron! Dicen que lo hizo un tal doctor Donoso, Oscar Donoso Barthé, como lo llaman. Se lo zurció con unas manos que parecían volar sobre la sangre. ¡Qué cosas! Luego le pusieron otra vez el corazón en su sitio, lo vendaron y dejaron al "Alfiler" en un lecho, acostado como un chiquillo que ha hecho una maldad. Quiere verlos...".

NOSOTROS también. Con la necesidad de ver al amigo rescatado de la muerte, el tranco se nos fue apurando con veloz urgencia. Más rápido, todavía, porque era preciso andar más rápido. Y, por fin, la Posta. Por fin, la Sala Común. Los enfermos nos miraron con patéticas caras largas de adivinos. Había una llama sombría en los ojos del médico --el mismo doctor Oscar Donoso--, que en ese instante estiraba una sábana sobre el rostro truhanesco del ladrón que robaba a "pata pelá". "El Alfiler" acababa de morir.

--Le dijimos que no se moviera, que no hablara, que no hiciera nada --nos remachó el médico, mordiendo con rabia las palabras--. Que fuese como los tres monitos, ciego, sordo y mudo. ¡Pero no nos hizo caso! Sabía que la vida se le iría en la desobediencia, y nos desobedeció a pesar de todo. La culpa fue de nosotros mismos. Le trajimos como vecino a ese fulano que ustedes ven ahora, con la cara y el cuerpo que desaparecen bajo los vendajes. Viene hecho pedazos, saliendo de una gresca donde sacó todos los números premiados, y solo contemplándolo, una pregunta comenzó a porfiar en el rostro de "El Alfiler", pugnando por hacerse voz. Quería que el otro le confiase lo que le había sucedido. Cuando ya no pudo soportar más la tensión nerviosa de su curiosidad no satisfecha, se incorporó sobre un codo, hablándole al vecino: "¿Qué miéchica le pasó, ganchito...?" --. No pudo agregar una palabra más. Ni escuchó tampoco la respuesta. El esfuerzo del gesto y de la voz estallaron como una bomba atómica en su corazón. Y ahora sí que era la muerte. Las heridas se abrieron otra vez, con una desbordada violencia que empapó los algodones y las gasas, y "El Alfiler" cayó hacia atrás, precipitado en la alta profundidad de Dios, derrumbado en las almohadas".

Los dientes se le apretaban sobre una saliva casi roja, casi negra, casi amarilla, casi verde, donde la vida asomaba por última y definitiva vez. Así lo vimos para decirle adiós --¡Chao, Alfiler!-- sin que nos oyese.

Salimos silenciosos a la calle. Un violento deseo también de irnos hacia el infierno, nos fue guiando esa noche, como de la mano, en busca del desesperado demonio que reside en las botellas. No conversábamos. Solo bebíamos. En la madrugada, ya muy borrachos, se nos soltó de nuevo el habla:

--¿Nos tomamos otro trago por El Alfiler? ¡Era un gallo bueno!

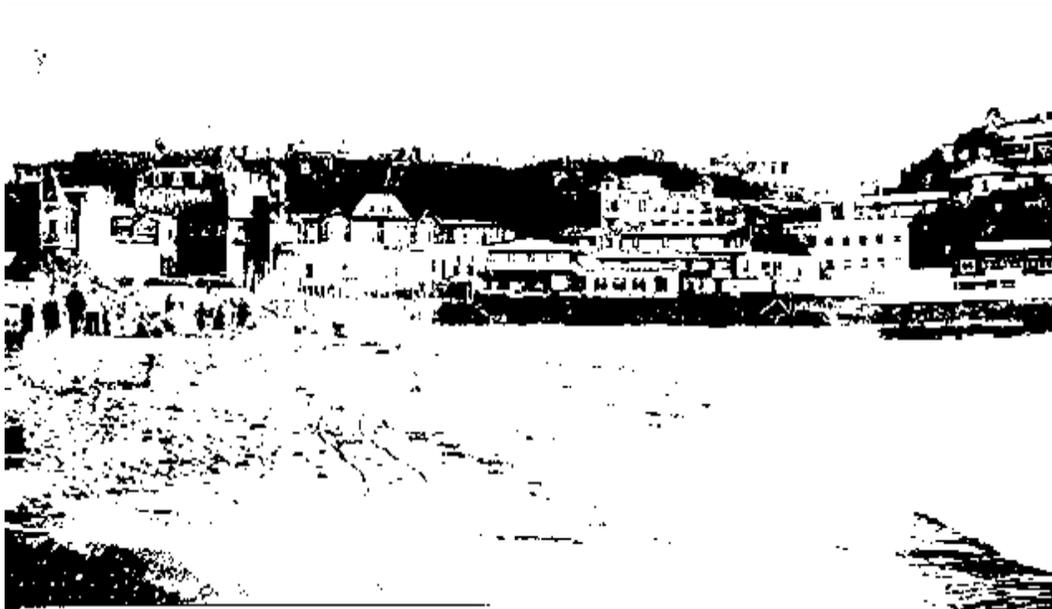
--Salú por el finao, gancho...!

--¡Salú, ganchito!

Y esa fue toda la oración fúnebre dicha en recuerdo y homenaje del ladrón que robaba "a pata pelá".

Sherlock Holmes, Clarín, 1961.-

MUERTE EN LA PLAYA



“Con el viento fuerte de la costa los chiquillos estaban encumbrando volantines y uno de éstos cayó de improviso junto al cuerpo, rozando con su gran pétalo de papel de seda los negros y largos cabellos pasionales de la muerta. El Carabinero Marcelino Jeria suspiró un instante, captando el detalle que unía en una misma sombra a la vida y a la muerte. Luego escribió: "Desconocida encontrada en Playa Grande, de cutis blanco, pelo negro, ojos verdes y una edad aparente de 22 a 25 años. El cadáver, que solo vestía una falda de lana presentan las siguientes lesiones que insinúan la posibilidad de un crimen..." “. En la imagen, recreación de Playa Grande de Cartagena.

EL CIELO parecía sostenerse en un vértice nuevo cuando la encontraron, ya instalada en la angustia, en Playa Grande, frente a los cañones. Desde ese cielo, pintado con un fuerte azul de Prusia, bajaba el alegre sol de Cartagena para lamer con su lengua dorada el cuerpo casi desnudo de la muchacha muerta, en su inmóvil presencia extendida en la arena, de bruces, con un rostro hundido en la yodada humedad salina. Eran las 8.25 de la mañana de un día sábado surgido en el calendario con aquella fecha 13 donde el pueblo fija las desdichas o la mala suerte. Pero nada, sin embargo, en el contorno, señalaba lo funesto o lo sombrío. En el viento fuerte de la costa ya los chiquillos estaban encumbrando volantines. Sujetos a sus delgados tallos de hilo curado a las nerviosas manos ágiles, aparecían como extrañas y violentas flores suspendidas, llenas de color y vida. Uno de estos volantines cayó de improviso junto al cuerpo, rozando con su gran pétalo de papel de seda los negros y largos cabellos pasionales de la muerta. El Carabinero Marcelino Jeria Velásquez suspiró un instante, captando el detalle que unía en una misma sombra a la vida y a la muerte. Luego se puso a escribir en su libreta de novedades las minucias de su amargo hallazgo: "Desconocida encontrada en Playa Grande, de cutis blanco, pelo negro, ojos verdes y una edad aparente de 22 a 25 años. El cadáver, que solo vestía una falda de lana, en colores estampados, negros, verdes y amarillos, presentan las siguientes lesiones que insinúan la posibilidad de un crimen...".



“Pero yo no veía tampoco nada. Nada que no fuese a la niña, acostada en la arena, tan muerta y tan llena de vida al mismo tiempo, con una rosa de sangre creciendo en el silencio de su bello rostro sensitivo. No dije nada. Pero sentí --y os lo confieso ahora--, que algo venía desde ella hacia mí, buscándome. Algo como un saludo. Algo como el propio corazón labial de la muerta, asomado a sus facciones. Eso era lo que me llamaba en ese instante, haciéndome también crujir el corazón...”

El parte del Carabinero Jeria se detiene en la característica policial de las lesiones de una manera más profunda que la rutinaria. El hecho se explica. Sucederes como éste no son los habituales del poblacho. Como en todas partes, en Cartagena también existe la violencia que define las torturas de la flaca condición humana. Pero aun esta misma violencia, por lo común, esta buenamente exilada de los dramas. La tragedia no es lo más corriente que se ofrece por la costa.

CRIMEN, entonces, precisa el comentario de la gente. A la niña de la playa la mataron. Por eso le destrozaron a golpes la cabeza, y hay huellas delatoras como de cuchillo o de cachazos de revolver en la gran herida que le cegó los ojos. Por lo mismo, también, sin ninguna duda, los motivos del crimen fueron pasionales o de índole amorosa. “¿O no opina usted lo mismo, señor periodista?”. No me parecía nada. En ese instante solo miraba las hermosas hechuras de la muerta, con sus pequeños pechos muy erguidos, la pollera trepada sobre los largos muslos puestos al aire, blancas colinas hechas para deslizar por ellas la ternura y no los odios, hablando el mismo lenguaje que todavía parecían pronunciar sus labios. La niña aun los mantenía pintados con vehemencia. Era la suya una entreabierta boca de amor que hacia imaginar los besos --no la muerte--, para crear de nuevo en ella las misteriosas palabras con que la vida organiza sus afectos.

--“¿No lo ve usted así, señor periodista? ¡Esta fulana no se tiró al agua para suicidarse! La asesinaron, en cambio, y por aquí cerca. Luego la arrastraron a la playa...”. Pero yo no veía tampoco nada. Nada que no fuese a la niña, acostada en la arena, tan muerta y tan llena de vida al mismo tiempo, con una rosa de sangre creciendo en el silencio de su bello rostro sensitivo. Por eso no dije nada. Pero sentí --y os lo confieso ahora--, que algo venía desde ella hacia mí, buscándome. Algo como un morse. Algo como un saludo. Algo como el propio corazón labial de la muerta, asomado a sus facciones. Eso era lo que me llamaba en ese instante, haciéndome también crujir el corazón.



“Mientras la voz de quienes hablan alborotan su cacareo, yo sigo viendo a la hermosa muerta, desnuda en la playa, dorada por un sol alegre, con el mar lamiendo su fino cuerpo inmóvil. No pienso, entonces, buscar ninguna brújula perdida para encontrar la huella de su drama. Determinar que se mató o la mataron carece de importancia ante la presencia muda de la muerta, acostada en la arena, con su perfil tremendo amordazado en sangre, tan terriblemente bella en pleno día como en una última o secreta noche de bodas, tocada por los estambres nupciales de lo trágico”.

ENIGMA PARA ACTORES

DESPUES SE SUPO que sí, que no, que se habían equivocado todos los profetas. La hermosa muerta aparecida en Cartagena, sobre la Playa Grande, no era la víctima de un crimen, como lo habían creído y defendido los fieles enamorados del enigma. Se trataba de fulana de tal, de Santiago, casada con zutano. Precipitada en la tragedia por alguna despiadada vorágine, de íntimas torturas, le había dejado al esposo una romántica carta de adiós, llena de afán y de tristeza, como las que antes escribían las mujeres. Luego había partido hacia la muerte, buscándola con ciega voluntad en el mar de los suicidas, en una costa donde nadie pudiera conocerla cuando las olas la devolviesen a la arena. El suyo, pues, era un drama muy antiguo, con actores precisos, moviéndose en la escena. He aquí, sin embargo, que la explicación no contentó a nadie en el poblacho. La gente sigue opinando en Cartagena que fue un crimen, y no otra cosa, lo que hubo en Playa Grande: --No, señor periodista --me dicen a cada instante los compadres--. Este es un caso de asesinato tan claro como el aire, al que pretenden vestir como suicidio. Pero el disfraz le queda mal. No se ajusta con ninguna de las piezas que le dan fisonomía y estatura al hecho.

si la muchacha se hubiese lanzado al mar para matarse, se le habría encontrado agua en el estómago. ¿No le parece? Pero no se le encontró. ¿No sabía usted? Y todavía hay más, mi querido amigo. ¿Por qué estaba tan desnuda? Lo único que llevaba la pobrecita era la pollera que estaba seca y no mojada. Nada más. Es decir, nada por debajo de la falda, y nada tampoco más arriba. Una suicida no piensa primero en desvestirse cuando se va a tirar al mar. Quienes se matan de esta forma no lo hacen como bañistas que quieren andar cómodos, sino con todas las ropas para caer más luego a pique. Pero supongamos de todos modos, que la suicida quiso ir al encuentro de la muerte tan desnuda como Marilyn Monroe: ¿por qué entonces no se sacó también la pollera? ¡Y no me vaya a salir usted diciendo que lo hizo por un repentino pudor de último instante! Debajo de la falda de la fulanita --como usted lo sabe-- no había nada que no fuese su hermosa carne. **¿Cómo le parece entonces que esta la cosa, estimado periodista?** Simplemente no me parecía. La voz de quienes me hablan se me hace misterioso susurro en su largo monólogo. Pero ya tengo muy educadas las orejas para poder escucharlos sin oírlos. Porque mientras ellos alborotan en su cacareo, aun cerrando los ojos, yo sigo viendo a la hermosa muerta, desnuda en la playa, dorada por un sol alegre, con el mar lamiendo su fino cuerpo inmóvil. Y ya no pienso, entonces, buscar ninguna brújula perdida para encontrar la huella de su drama. Determinar que se mató o la mataron carece de importancia ante la presencia muda de la muerta, acostada en la arena, con su perfil tremendo amordazado en sangre, tan terriblemente bella en pleno día como en una última o secreta noche de bodas, tocada por los estambres nupciales de lo trágico. Es lo único que veo o sigo viendo. A través de ello, doy vueltas y revueltas y a veces me extravió en el camino. Pero siempre llego a un mismo implacable conocimiento. Ya no besaré esa boca, tan proporcionada para ofrecer amores ni ninguna emoción hará sensible la firme escultura de ese cuerpo que ya no cambiará de posición sobre la tierra. Y eso es lo único que me interesa o que me importa. Por ello, acaso, volví la otra tarde donde la encontraron, madura de un misterio no descifrado todavía. Y allí estaba cuando la dulce voz sonó de improviso a mis espaldas: --**¿Fue, aquí, señor, verdad?** Me volví. Quien lo preguntaba era una muchacha tan extrañamente parecida a la otra, como una hermana gemela. La única diferencia estaba en sus cabellos. La muerta los tenía negros. Esta, rojos. Daban la impresión de una llamarada. Con el sol puesto en su caída, incendiando los cielos de la tarde púrpura, la muchacha del pelo colorado también parecía arder, lo mismo que el paisaje. Hasta su voz incluso en ese instante se me antojó como flamígera:

--**¿Fue aquí, señor?**

--**Aquí fue --le respondí--**, y la dejé en la playa, en abandono. Como veis, sigue muy en pie el enigma que apasiona a Cartagena.

(*) Texto escrito en El Clarín de Santiago, de los años cincuenta.

LA NOCHE EN QUE ME HICE VALIENTE



El matón es un fullero que matonea con ventajas tahúres en el juego. Se cuida muy celosamente de no correr ningún riesgo, cateando siempre la manera de cómo poder madrugar a su adversario. El guapo afronta todos los riesgos. Va a la pelea por el áspero gozo, casi, a medias o del todo bárbaro, pero decisivamente varonil, de la pelea misma

ESTE CASO del “Toto”, el matón baleado por su sobrino en sus propias canchas del barrio Matadero, configura un caso de fisonomía muy especial en el suceder popular criollo. Desde luego, el matón no es el guapo, aunque la gente se confunda más que muy a menudo con el diferente concepto de los dos terminachos. El matón es el ente de esquina y de cantina que matonea con todos los débiles que puede, haciendo siempre alarde de su fuerza física, con la daga al cinto y el bufoso pronto. El guapo, en cambio, es aquel que la guapea hasta con el Diablo, aunque sea menos fuerte que su rival, o no ande siquiera con un alfiler para defenderse. El matón es un fullero que matonea con ventajas tahúres en el juego. Se cuida muy celosamente de no correr ningún riesgo, cateando siempre la manera de cómo poder madrugar a su adversario. El guapo afronta todos los riesgos. Va a la pelea por el áspero gozo, casi, a medias o del todo bárbaro, pero decisivamente varonil, de la pelea misma. No retrocede, incluso, cuando sabe que lleva las de perder. Lucha de frente, como el “Buín”. El matón no desdeña pegar por la espalda. Siempre esta hablando de sí mismo y siempre arrastra el poncho ante los demás. El guapo no lo hace nunca. Pero acepta cualquier lance, una vez que lo metieron en el baile. El matón es un cobarde disfrazado de valiente. El guapo es el coraje mismo, alumbrando como una lámpara en dos pies.

CONOZCO muy bien esta diferencia absoluta de pelajes en lobos que sólo simulan pertenecer a una misma camada. Mi noche adolescente, y más larga de mi juventud, fueron dueñas de una iconoclasta vehemencia aventurera que me llevó a estas cosas. Una de esas noches, muy cabro todavía, fue cuando me hice valiente. Un famoso matón de aquellos años, al que llamaban el “Che Jorge” –¡vaya uno a saber por qué diablos a casi todos los matones les argentinizan el nombre!–, fue quien me hizo debutar en esta clase de duros azares, donde los hombres prueban quién es menos. Bebiendo un vino muy borracho, un trago que se mareaba en los vasos patéticos que se toman al amanecer, me encontraba esa madrugada en el boliche de “La Pata”, un fijón inverosímil que entonces se abría en Eyzaguirre, entre Arturo Prat y San Diego, en mucho contacto con el pecado y la violencia de la Plaza Almagro. Cuando ya llevaba mediada la botella, el “Ché Jorge” comenzó a torearne. Se apoyaba para hacerlo en su maligna de bravucón profesional. El mismo ya se había encargado de prodigarle a todos su historial sombrío de puñaladas y balazos. Se jactaba que tenía dos fulanos a la espalda. Como me veía aun muy niño, quería darse conmigo los enconados gozos de meterme cuco o hacerme arrancar. Pero no le di en el gusto. Lo cierto es que había cierta razón para que él me mostrase la sangre en el ojo. La culpa de todo la tenía mi propia cara de guagua. La mujer que acompañaba al “Che Jorge” se encandilaba cada vez que me miraba. Y yo también cuando la miraba a ella. Fue por eso, sin ninguna duda, que el matón me provocó, haciéndome arrastre, con todos los triunfos en la mano:

–Mocososo: si no tiene fierro, yo le presto...

¿Fue el trago? Acaso. El vino de “La Pata” era un veneno que soltaba los demonios. Pero de todos modos, escuchando al matón, se me encendió la sangre:

–Gracias –le contesté–. No lo necesito...

Y simultáneamente largué la zarpa sobre el mesón de “La Pata”, donde había una cuchilla chanchera, de este porte. Algo relumbró en mi puño, sobre el rostro del “Che Jorge”, mientras yo cargaba con el matón, haciéndolo retroceder hasta la calle en sombras. Allí el hombre se deshizo. Sólo le faltó pedirme excusas. Yo estaba muy fieramente dispuesto a tirarme un par de saltos, pese a mi completa ignorancia esgrimista o mosquetera. Pero el “Che Jorge” sólo me mostró la espalda de la fuga, y buenas noches.

Volví entonces al boliche, todavía sin soltar lo que llevaba entre mis dedos. La risa colectiva de los borrachos y borrachas estalló en ese mismo instante. Lo que yo tenía en la mano no era una cuchilla. En la precipitación de mi mucha rabia, había cogido el inofensivo y largo cucharón con que revolvían el caldo de patas de amanecida que le daba su nombre al negocio. Con eso, con una cuchara, derroté al matón.

–¡Cabrito, cabrito! –lagrimeó la pintarrajeada mujeruca del “Che”, pegada a mis solapas, envolviéndome en una honda de perfumes baratos. Yo dejé que lo hiciera. Después de todo, la cosa tenía sus agrados.

Sherlock Holmes, en el desaparecido matutino El Clarín de Santiago.-

OJITOS DE PENA, CARITA DE LUNA



“Carita de Luna gira en los enredos frenéticos del Rock y del Twist. Y bebe con sed nocturna, despacio en los boliches, rodeada por la codicia de los hombres...”. (Imagen www.elfonografo.mx)

NOS PARECIÓ que era así --Ojitos de Pena, Carita de Luna--, cuando la encontramos con mi mujer en las humildes barriadas de la costa, de Barrancas a Lollole, apretadas por la fuga paralela del mar y de los trenes. Desde entonces, la condición maternal de ella se puso a la siga de conquistar los afectos de la adolescente. Ojitos de Pena es muy chiquilla todavía, con una edad que va apenas, y con mucho apuro, por los dieciséis. Pero no es una niña. No se le pueden contar cuentos de hada. Ya ha recibido los necesarios mordiscones para aceptar que su destino es el de una rebelde con causa. Sabe perfectamente que los lobos siempre se comen a Caperucita Roja, cuando ésta se pierde por los bosques. Carita de Luna aprendió esta lección, cruelmente, porque a ella también se la comió el lobo.

A los años en que las mocosas aun juegan, la hizo madre-soltera ese amor clandestino que duerme en los hoteles para pasajeros que llegan solo con lo entaquillado. Después se le murió el triste crío, o acaso --no lo sé bien--, fue ella misma quien lo mató, como suelen hacerlo las pobres con sus hijos sin padre. Únicamente me consta esa como fría luz detenida que hay tal vez --desde ese instante-- en Ojitos de Pena. Con todo esto, la muchacha ha llegado con paso tan lógico como implacable a lo colérico. Carita de Luna gira en los enredos frenéticos del Rock y del Twist. Y bebe con sed nocturna, amaneciendo despacio en los boliches, rodeada por la codicia concuspiciente de los hombres. Naturalmente, en base a todo ello, goza de una fama tremenda desde San Antonio hasta Algarrobo. Dicen que se pone terrible cuando el vino la emborracha. La buena gente austera de estos lados asegura que entonces, con el trago en el cuerpo, Ojitos de Pena halla su gusto en ofrecer la más diabólica versión de Strip-Tease que pueda imaginarse.

Así estaban las cosas cuando mi mujer decidió convertirse en una extraña Hada Madrina de la hermosa pecadora juvenil.

Carita de Luna se le fue entregando como a tirones. Pero terminó en dársele por entero, haciéndole caso en todo, como sujeta en un curioso hechizo. Mi mujer llegó a pavonearse con su sortilegio:

--Es así --me dijo— como se salvan a estas pobrecitas. No se saca nada con apalearlas. La letra con sangre no entra. En cambio, como lo ves, con mi magnífica varilla de la virtud...

Con esa varilla hizo que la linda réproba viajase de continuo hasta nuestra cabaña del Atún, en Cartagena. Cada vez que lo hacía, Ojitos de Pena mostraba menos pintura en un rostro, donde las cansadas ojeras comenzaban a ceder al paso de la limpieza, sin afeites de la verdadera juventud. También se le dulcificó la voz y se le fue la agresividad de la conducta. Carita de Luna no hallaba tanto, ni vaciaba, tampoco, un rencor de sombrío y frustrado revanchismo en su conducta. Pero es muy cierto aquello de que el diablo asoma cuando menos se piensa. Un día, de repente, llegaron mis chiquillos con su bulla de costumbre.

OJITOS DE PENA SE QUEDÓ MIRANDO al más apuesto y gallardo de los cuatro --una astilla muy buenamoza de mí mismo—, como si el alma se le saliese del pecho. Entonces comenzaron sus problemas.

El guaina la hacia reír, la coronaba, la llenaba de embelecocos, la encandilaba, y más de una vez se la llevó a la playa, en plena noche, a una hora en que le gente no se baña. Cuando le señalé mis sospechas a mi mujer, me respondió con violenta furia. Según ella, yo era ‘un mal pensado’. El niño sólo la estaba ayudando a rescatar del fango a Carita de Luna. Pero de repente, tal como vino, sin previo aviso, el perla se fue y simultáneamente Ojitos de Pena también desapareció. Solo después de ello mi mujer aceptó cavilar sobre lo ocurrido.

Carita de Luna ha vuelto el otro día. Regresó en su antigua versión colérica, muy suelta de cuerpo y agresiva, con los ojos trasnochados, la pollera cortona y un par de insolentes andamios en el pecho, bajo el sweater. Pese a esta apariencia ofensiva, llevaba la procesión por dentro. La descargó en las misteriosas palabras que habló con mi mujer, y luego las dos se pusieron a llorar como desangrándose en las lágrimas. Ni siquiera alzaron la cabeza cuando pasé a su lado, recitando el viejo verso:
--Ojitos de Pena, Carita de Luna, lloraba la niña sin causa alguna...

Sherlock Holmes en El Clarín de Santiago.-

EL BANDIDO



CUANDO me dijeron que me iban a mostrar al forajido pensé en los duros bandoleros de otra época. Conocí al "Niño del Trebal", al "Ñato Eloy", al "Flaco Manuel". Había entre ellos uno que tenía nombre de novela, con pícaros de España. Se llamaba Joaquín Lumbreras, y era un truhán apuesto y muy rumboso, que cuatrecaba con aperos de patrón en la pinta y la montura, huaso muy entaquillado y manirroto, hecho para pelear varones y enamorar mujeres. De parecida extirpe era también "El Afuerino". Vi cuando lo fusilaron en el viejo patio Siberia de la Penitenciaría de Santiago. Había engordado en el encierro, lleno de quietos y obligados ocios, sin los bríos nerviosos de una vida permanentemente exigida por los acosos y la fuga, cuando estaba libre. Pero nada en él delataba todavía lo blando o lo adiposo. Dentro de su gordura, "El Afuerino" seguía siendo el hombrón recio, tostado en peligrosas gallardías. Había algo de agilidad animal en toda su persona cuando avanzó hacia el banquillo, sin ayuda ni hacer sonar el fierro de los grillos. Se sentó con la alta cabeza vendada, plantada con mucho orgullo entre los firmes lomos. Después del guaracazo que le quitó la vida, con tres balas en el corazón y una en el estómago, quedó con un curioso gesto de estupor tatuado en su rostro solemne y campesino.

Yo estaba convencido de que sería así --como estos peucos que he nombrado--, el bandolero que me iban a señalar en Cartagena. Durante todo el camino, por eso, desgrané una charla un poco farsantona, ofrecida de manera muy copiosa con mis viejos recuerdos de repórter policial. Creo que hasta hablé de Ciriaco Contreras y de Pancho Falcato, y de los otros que eran como una luz oscura y poderosa, un sombrío relámpago de audacia, correteando por los campos. De ahí mi asombro cuando me interrumpieron de improviso:

--Ahí esta el perla --precisaron--. Véalo bien. Este toro es muy distinto de los que usted ha conocido antes. Pero también es un torazo que carga con el diablo, cuando le dan las ganas...

ANTE mi estaba un chiquillo, exactamente un niño, un pelusa del pueblo, con flacuchentas patas de diuca, y una cara redonda, sonriente y mugrosa, donde destacaba el rebelde pelo de escobillón y los dientes de quiltro. El rostro sonreía:

--Tengo catorce --remachó--. Ya ando en los quince. ¿Usted no sabe que soy "El Huinca"?

Ahora lo sabía. El Huinca capitaneó la banda que desvalijaba casas en la costa. Solo mocosos de hechuras similares a las de su jefe integraban la partida. Pero cada golpe revelaba los mismos cuidados estratégicos con que un general prepara la batalla. Para borrar sus huellas y darle al robo los aires de otra cosa, incendiaron en San Sebastián el chalet que acaban de saquear. La voz del Huinca se hizo misteriosa cuando me confidenció los hechos:

--Después de todo --dijo--nos dimos nuestro gusto y yo pude llevarle mi engaño a la pior es ná. ¿Y qué me mira así, patrón? Aquí no hay ñatos solteros. Tamos todos casaos, como se pide...

Se habían "casado" todos. Hasta el menos de la patota, un cabro de apenas nueve años, tenía su prenda. Las amantes lucían la misma o parecida edad que sus galanes. Venían también de un idéntico derrumbe. El conventillo. La población callampa. El San Lunes con vino y sin pan. Los malos tratos. El hombre que apalea a la mujer y hace que se escondan los chiquillos. La cesantía familiar. La promiscuidad que aplasta con ese tremendo lecho de los pobres, la cama única para los padres y los hijos. Así había surgido "El Huinca". Extraído directamente de un espanto, capaz hasta de ufanarse de su drama:

--El severo (el juez) --,remachó, muy orondo--, no se la pudo conmigo. Me tuvo que dejar no más en libertad... usted verá después las cosas que hará este pecho.

No le conteste. Me sentí agobiado de repente. Cuando bajé a la Playa Chica, lo hice a trancos lentos, como si la tremenda angustia del pueblo me penase a la espalda.

Sherlock Holmes en El Clarín de Santiago 1957.-

Capítulo II

Helena Wilson; “Habla Neruda...”



En la imagen de 1937, de izquierda a derecha: el escritor y diplomático chileno, Luis Enrique Délano, la escultora Helena Wilson y un joven reportero, Raúl Morales Álvarez.

Dicen que detrás del imperio de un hombre siempre hay una mujer, leal, poderosa, imprescindible. Cuando Raúl Morales Álvarez conoció a la escultora Helena Wilson, él tenía 26 años, y el amor fue a primera vista. Tras cinco días de romance, se casaron. Mágico. Duraron más de 50 años juntos. No se concibe la obra y la leyenda de Morales Álvarez sin la presencia de Helena, La Huasa. Los dos tuvieron 4 hijos, muchos nietos y muchos biznietos que conocieron en vida. En este capítulo leeremos algunas de estas notas esenciales para comprender no solo la vida del autor y su tiempo, sino también las maravillosas circunstancias que unieron a los dos amantes, luego marido y mujer, hasta la muerte.



“El 17 de abril de 1937 hizo su entrevista más insólita. Conoció a la escultora Helena Wilson; la acosó con dos o tres preguntas sobre la forja en hierro; redactó un par de carillas; se enamoró de ella y ¡al quinto día se casaron! (“No pudo ser el cuarto porque era domingo”, me confesó en una tertulia de embriaguez y añoranzas”.-

Enrique Ramírez Capello, ex presidente del Colegio de Periodistas Chile

HABLA NERUDA: "EL ARTE DE MAÑANA SERÁ UN MAÑANA SERÁ UN QUEMANTE REPORTAJE HECHO A LA ACTUALIDAD"



En la fotografía, Amparo Mon, Delia del Carril, Pablo Neruda y Helena Wilson, entre otros.

¿Cómo empezar hablar de Pablo Neruda? (*) ¿Qué palabras será necesario buscar para presentarlo --o dibujarlo--, ante la curiosidad ávida que hoy camina tras su nombre? ¿Qué frases nuevas, como diamantes, podrían trazar el retrato de Neruda escritor, de Neruda poeta, de Neruda hombre sensible, simplemente hombre y nada más? Tal vez, ninguna. Ninguna, por lo menos, puede definir, enteramente, al Neruda antena, altoparlante, poder creador. Las más exactas, las más claras, ya las pronunció Hernán del Solar en esa ojeada en torno a los poetas nuestros que es su "Índice de la Poesía Chilena Contemporánea", y, en este caso, el periodista prefiere, con gusto, cederle la palabra.

PRELIMINAR

--"Desde un principio --dice del Solar-- le salen al encuentro los imitadores. La aparición de Crepusculario señala un tiempo en que se anda, se habla, se escribe a lo Neruda. En Chile y en no pocos rincones americanos, su influencia crece, avanza de manera incontenible, amarra los poetas y los lanza en el círculo que Neruda les diseña para que a voluntad suya bailen, griten, creen y destruyan mundos. Viene después el tono diferente: la Tentativa del Hombre Infinito, Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada, y, sobretodo, Residencia en la Tierra.

Es algo demasiado propio, íntimo conocimiento del Universo, exploración que se verifica en soledad profunda. El paso de los imitadores se enreda, entonces, y la danza se vuelve grotesca. Continua hasta hoy, y, seguramente, mañana no habrá terminado. Pero a Neruda no lo divierten ni le indignan los imitadores. Únicamente les deja entre las manos, como tamboriles inofensivos, uno que otro ritmo que para él es vehículo pasajero, una que otra palabra que ellos guardan y soban como a una moneda, y que él, si se le hace necesario, transfigura, transforma, detiene en su significación, o amplía con aullido de océano".

FRENTE Y PERFIL

Estamos en la casa de Neruda, Alberto Romero, Luis Enrique Délano, Isaías Cabezón, Diego Muñoz, Julio Barrenechea, Helena Wilson, Delia del Carril, Pedro Olmos, Amparo Mom, Acario Cotapos, y yo. A través de las ventanas, la noche cae, brumosa ya, y morada. La charla enreda humo de cigarrillos y descorcha botellas inagotables, llenas de un vino dulce y tibio que se ha mareado en el viaje y que tiene en las copas un sabor picante de cosas viejas. Dentro de un instante, iremos a la mesa. Neruda, de pie, conversa, fuma, bebe a grandes sorbos, juega como un niño con mariposas de papel, pajaritos que despliegan las alas desde un canuto de cartón, por donde el poeta sopla para echarlas a volar. Porque si Neruda nació en 1904 y tiene hoy 33 años, posee, también, el tesoro maravilloso de una edad de niño. Por allá anda el corazón del poeta y se encuentra allí tan a gusto que, sin duda, su mejor deseo de ciertas horas sería no tener que abandonarla nunca. Como ahora, por ejemplo, en que llega de la cocina Raúl González Tuñón, justo para detener ante sus ojos el vuelo frágil del pájaro de papel y llevarse en sus palabras la atención de todos:

--Vamos a comer, muchachos...

Vamos. Junto a mí, Acario Cotapos, el músico chileno que viene llegando de España, me dice:

--¿No sabes? Este quiere hacerse el chileno, y dice por ello comer. En su patria nos diría: vamos a morfar chochamus...

Delia del Carril, argentina como Raúl González Tuñón, y como Amparo Mom, suelta toda la amplitud fresca de su risa. Siguiéndola, hemos llegado a la mesa.



“En los eufóricos años de la juventud, en 1933, pero poseedor ya de los recursos técnicos para resolver con fluidez, sin vacilar en trasladar los rasgos del modelo que lo inspiraba, surge “Elena Wilson”, la muchacha hermosa de la Escuela de Bellas Artes, la compañera de veladas y conversaciones interminables. Es el mejor retrato del período anterior al viaje a Europa, con la cabellera enmarañada, labios sensuales y desafiante energía vital, que acentúan los rojos tenues en contraste con el verdoso del metal. **(Texto de Ricardo Bindis Fuller; Fotografía de Jaime O’Ryan, Homenaje a Samuel Román, Centenario de Empresas Phillip’s)**

NOTICIA DE ESPAÑA

Cierta mano misteriosa anda en una constante persecución del vino. Ella hace el milagro de que las copas estén siempre llenas, y que las nuevas amistades devengan en viejas. La palabra tú camina a saltos por sobre los manteles y entre los hombres y mujeres sentados frente a frente va echando sutiles nudos de una estrecha fraternidad. De las doce personas que estamos en la mesa del poeta, cinco vienen llegando de España. Necesariamente, a través de sus palabras, un convidado silencioso ha venido a sentarse junto a nosotros. Todos sentimos su presencia, cada uno junto a la suya. Es la noticia de la España en armas, matando y matándose entre los Pirineos

y el mar. Hay frente a nosotros un mapa de España que, de repente, gracias a la charla mezclada de los viajeros, parece haberse vuelto rojo. Enteramente rojo. Lo mismo que una enorme mancha de sangre. Inclínándose sobre la mesa, Neruda me dice:

--Los bombardeos, ¿sabes? y los miles de muertos, todo, todo ya estaba preparado. En las sierras, con un año de anticipación, habían fabricado trincheras, refugios, nidos de ametralladoras. Todo de cemento armado. Contra todo ello se lanzó de golpe, repentinamente, el pueblo español. Un pueblo que tú no conoces. ¿Sabes tú? Un pueblo tierno, mimoso, igual que un niño, o que una niña. Pero fuerte y seco por dentro, como de piedra. Tú no sabes. Tú no lo conoces. Por eso no han pasado. Por eso --afirma sus manos sobre la mesa-- no pasarán.

LOS NIÑOS NUEVOS

--Hormigueta, esto ...

Hormigueta se levanta y pasa lo que se le pide. Hormigueta es Delia del Carril, fuera de su casa, pintora y mujer inteligente. Dentro, simplemente, Hormigueta. Ella y el poeta adoran, sin duda, a los niños, y, entre todos los niños del mundo, a los niños de España. Delia está sentada junto a mí y Neruda al frente. Ambos, al mismo tiempo, comienzan hablarme de los penecas españoles. Me dicen que ahora, en las ciudades en ruinas, los niños pobres y los niños ricos juegan a asustarse, fingiéndose soldados. Uno apunta con un rifle de palo, otro dice que esta herido, otro que ha caído muerto por un avión. Los diálogos infantiles sirven para tomarle el pulso a la hora afiebrada que vive España.

--Mi pare tié una escopeta...

--Y er mío, un caballo, con él anda peliando...

--Er mío no ha guelto. Pero le mandaron a mi mare un reló e' plata...

Un reloj de plata que su padre ya no podrá mirar más. Un caballo que sin duda lo conducirá a la muerte. Una escopeta que un día de éstos, el menos pensado, no podrá disparar su dueño.

EL ARTE QUE VIENE

El tiempo ha lanzado vertiginosamente sus minutos. Dentro de poco, de una hora a lo más, va aclarar. Raúl González Tuñón hace una incursión a la cocina y regresa con auténticos mates argentinos. Bebiéndolos, conversamos las palabras finales de la despedida. Este clima de muerte que se echa sobre el mundo, divide a los hombres en sectores bien determinados.

Ya llegó la hora de decir a qué lado de la barricada se va a estar mañana. Neruda dice:

--Yo no soy comunista. Ni socialista. Ni nada. Soy, simplemente, escritor. Escritor libre, que ama la libertad con sencillez. Amo al pueblo. Pertenezco a él porque de él vengo. Por ello soy antifascista. Mi adhesión al pueblo no peca de ortodoxia ni de sometimiento. No creo, tampoco, en la necesidad de llegar a crear afiches, de que el arte se convierta en carteles de propaganda de determinada tendencia política. Pero sí que la labor del escritor, del pintor, del artista en general, será mañana, ya es desde hoy, una labor de información para el pueblo, y al servicio del pueblo.

--Las esculturas, los cuadros, las novelas, las poesías, ¿serán entonces, reportajes candentes de actualidad?

--Exactamente.

Me voy. En la calle, atravesando la mañana violenta de esta Primavera, siento la extraña impresión de que alguien me acompaña. ¿Quién? El elemento nuevo, la verdad nueva que reside en las palabras y en el corazón de Neruda.

(*) Nota de Revista Ercilla, Abril de 1937, archivada posteriormente en Revista Mapocho, Investigación de Alfonso M. Escudero en "Fuentes para el Conocimiento de Neruda (3/1964) en Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.-

HELENA WILSON, LA MÁS BOHEMIA DE LAS ESCULTORAS CHILENAS



Helena Wilson y Raúl Morales Álvarez, en abril de 1937.

CASI SIN DARME CUENTA MIS pasos me han conducido hasta el taller de Helena Wilson, muchacha escultora, en el mismo local donde funciona Topaze, en calle Moneda, entre Teatinos y Amunátegui. Allá la encuentro. Veo por partes primero una violenta cabellera roja, "peinada a dedo", rebelde y desordenada como su propia vida.

Luego un rostro de trazos firmes a lo Katherine Hepburn, una boca pequeña y fuerte y unas manos de muchacho --de mocoso que quiere ser hombre--, y que ahora se mueven ágiles modelando un perfil más o menos 'aquilino' en la arcilla que se entrega fácil. Todo esto envuelto en un overol azul...".

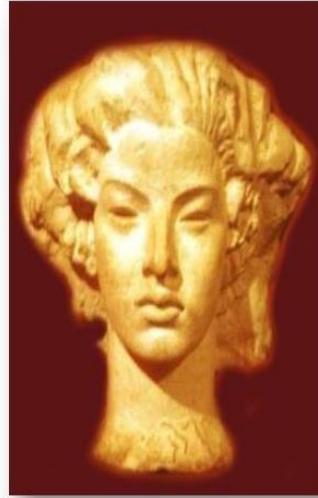
Mirada así, a la distancia, en el espejo de una información periodística, Helena Wilson y su personalidad pueden parecer desteñidas, comunes, iguales a muchas en el mundo. Pero he aquí que esta muchacha, artista por sobre todas las cosas. Hace un montón de años se veía a Helena Wilson a los quince años trabajando en la Escuela de Bellas Artes cuando aun no le decía 'chao' a los calcetines, pero que hoy representa en Chile, dentro de la nueva generación intelectual, el tipo exacto, mal conocido del público, de la mujer que un día arrojó por la borda el fardo de todos los prejuicios, y sola, apoyada únicamente en su talento y en su indomable espíritu, comenzó a pelearle a la vida...".

Ahora ha abandonado el trabajo. Sentada frente a mí fuma como una pirata de Salgari. Un cigarrillo en la colilla agonizante del otro. Como por arte de magia han aparecido unas botellas de cerveza...y conversamos sobre "el concepto revolucionario del arte...".



“Sentada frente a mí fuma como una pirata de Salgari. Un cigarrillo en la colilla agonizante del otro. Como por arte de magia han aparecido unas botellas de cerveza...y conversamos sobre "el concepto revolucionario del arte..."”.

“Tengo del arte un concepto revolucionario. En ello tal vez influyó mi posición ante la vida. Pero lo cierto es que el arte, en todas sus manifestaciones, debe representar el aspecto actual de la vida. Con todas sus miserias, grandezas y pasiones. Pintar un señor de pie junto a un arbolito verde y bajo un cielo azul no es nada. Una máquina fotográfica lo hace igual. O mejor. Lo que uno debe tratar es de enfocarlo todo. Si es un cuadro o un grupo escultórico sobre personajes del pueblo debe estar allí el hambre, los chiquillos desnutridos y todo lo demás. Y esto no es ser comunista. No”.



“Cuando digo arte revolucionario me refiero a que nosotros --los jóvenes-- debemos ir en contra de los sistemas viejos que convirtieron la pintura, la escultura la literatura, en la cosa muerta, opaca, sin realidad, del ochentismo. Por eso creo que el artista, como artista desde luego, no debe estar sujeto a ninguna idea política, pues al estarlo, fatalmente, deberá anular su propia personalidad y sujetarla al aspecto subjetivo de determinado grupo, caudillo o partido”.

“El arte de hoy, el arte de este nuevo renacimiento intelectual, es un arte de información para el pueblo. Las manifestaciones artísticas de esta nueva época son en el fondo expresiones informativas --periodismo de líneas y color-- que atrapan toda la realidad del momento para hacerla llegar hasta los sentimientos del pueblo y de la gente que tiene una superior condición social. Creo que por eso hoy Diego Rivera y Orozco tienen tan gran influencia en la juventud. México abre rumbos dentro del arte Indoamericano...”.

Me voy. En la calle pienso largo sobre esta muchacha, la más pintoresca y la más bohemia de todas --también la más curiosa y la más inquieta--, inteligente como ella sola y desordenada igual. Ha ganado pequeñas fortunas que se fueron rápidamente. El signo pesos, entonces, carece de significado para ella. Puede ser que en eso, como en todas las manifestaciones de la vida bohemia, haya algo de pose o un afán de "epatar" al buen burgés. Como los chalecos rojos bordados de verde de Balzac. Pero estas son cosas que pasan rápidamente. El día menos pensado Helena va dar una gran sorpresa. "Quiero ir al Perú y hacer cosas grandes", dice. Seguramente lo hará.-

El Repórter N°13 (Raúl Morales Álvarez) Revista Ercilla, 17 Abril 1937.-

EXTRAÑA AVENTURA DE JUAN PEREZ



Antonio Acevedo Hernandez, en su juventud.

CADA VEZ QUE UNO se pone a buscar algo donde respire verdaderamente Chile en lo mucho que han escrito los chilenos con su carne y su sangre, su mar de violenta espuma, su piedra mineral y su madera, y su campo donde se alimentan las esperanzas del humilde despojado de la tierra, se encuentra en el camino con la obra y la epopeya humana de Antonio Acevedo Hernández. No hay otras que se comparen con las de este escritor del pueblo. Acevedo vino de abajo. Conoció directamente, a través del más duro tacto dactilar, las miserias del pobre, obligado a sufrir más perrerías que las que soporta la suela de la ojota. Por eso, porque salió de lo más obscuro de lo obscuro, es tan fuerte y poderosa la luz que alumbra su creación intelectual.

Para comprenderlo es preciso saber que nació en Angol de los Confines para un 8 de marzo, setenta y seis años hacia atrás (*), cuando la ciudad era todavía como el potrero urbano sujeto bajo la férula feudalista de los Moller y los Smitmans. Su padre era nada más que el "maestro" Juan, un obrero, y su madre --esa dulce María Hernández cuyo recuerdo ni siquiera pudo domiciliarse en una foto--, solo una mujer prematuramente envejecida, siempre inclinada sobre la costura --cosiendo para otros--, y sobre la artesa de lavar, lavando también la mugre ajena. Antonio no tuvo juguetes en su niñez. Ni fue a la escuela. A la edad de las matrículas ya se había recibido de hombre. Ya era un "maestro", como su padre. Aprendió a leer en su banco carpintero, silabeando la vida, mientras iba trabajando el noble corazón vegetal de las maderas. Por eso hay todavía como un áspero olor a virutas en sus manos. Es lo que explica que su obra permanezca erguida, sin apoyarse en artificios literarios, como el mejor y más alto andamio que sujeta la escritura nacional de Chile.

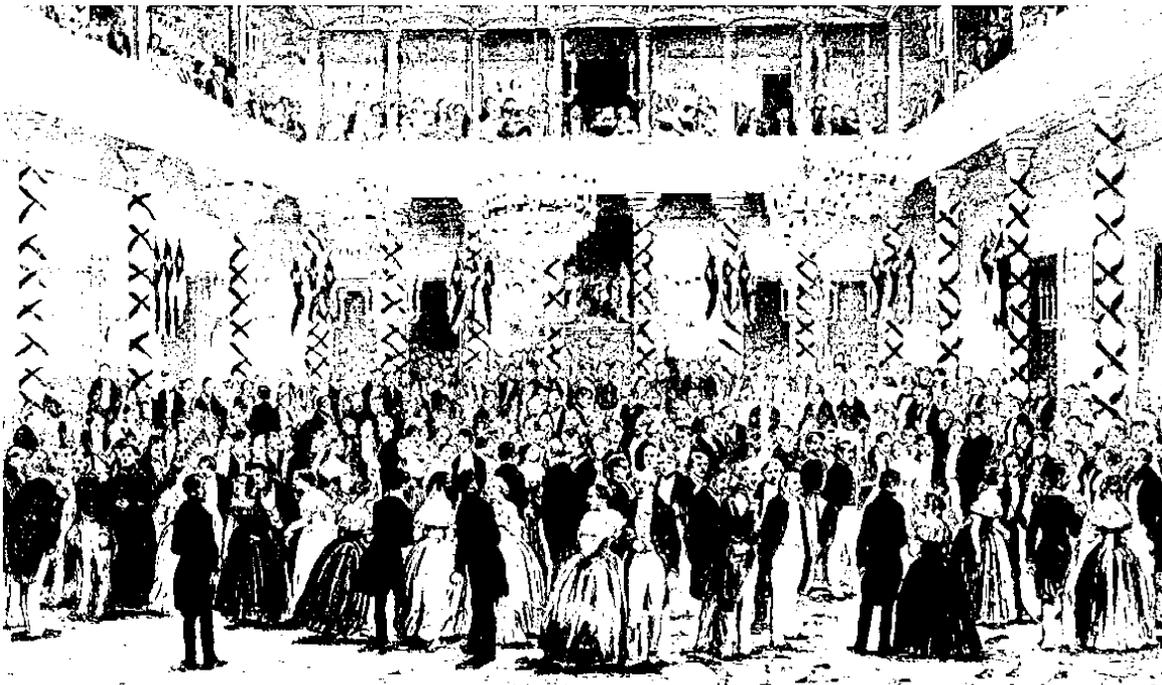
TENIA SOLO 19 AÑOS mal cumplidos cuando escenificó su primera obra teatral --"El Rancho"--, y la solemnidad burguesa comenzó a mirar con creciente asombro al carpintero que conquistaba su jerarquía de escritor. Después vinieron "El Inquilino", "La Canción Rota", "El Vino Triste", "Chañarcillo" y los otros nombres que jalonan su larga andanza de novelista, dramaturgo, folklórico y periodista. Durante años, el "maestro" Acevedo exprimió su propio sudor en lo que ha escrito, convirtiendo la sangre en espíritu, lo mismo que Cristo. De ahí que nos haya dolido tanto la extraña aventura que lo hizo vivir como Juan Pérez la torpeza policial, enviándolo desde la Comisaría hasta la Cárcel. El corazón se me empenachó de rabia, cuando lo supe, en Cartagena. Me acostumbre a querer al "maestro" Acevedo desde que lo conocí, en ese pintoresco boliche del "Hércules", por Bandera, donde el Ratón Agudo --que se llamaba Fuentes--, había fundado un cenáculo en torno a Neruda, al chupe de guatitas que saboreaba Roco del Campo y al ingenioso vino que bebía Alberto Rojas Jiménez. Allí chispeaban los ojos de Mariano Latorre, escandalizaba la risa de bucólicos sochantres de Alberto Ried y Julio Ortiz de Zárate, y yo me quedaba contemplando a la Huasa (**), como un cordero que pide los deguellos. Fue allí donde me presentaron a Acevedo Hernández, la tarde en que acababa de recibir un premio. Cinco mil pesos habían llenado sus bolsillos, vaciándolos de inmediato. Camino hacia su casa, pensando en la traducción de agrados que tendrían los billetes, vio en las vitrinas de la Casa Germain un jarrón de transparente porcelana china. La etiqueta lo ufanaba como a un Ming de la Tercera Dinastía. Valía cinco mil pesos. El "maestro" Acevedo lo cambió por su fortuna. Pero la breve joya china tenía los destinos de la mala suerte. Un tropezón de su nuevo dueño dio con ella en el suelo, hecha pedazos. Así se fueron los cinco mil pesos. Eran los más gordos, de hace treinta años, que valían cien veces más que los de hoy.

Pero el "maestro" Acevedo se reía, alegre como un niño con zapatos nuevos, al contar lo sucedido. Mil toneladas de seguridad le sostenían entonces los sonrientes ánimos. En cambio, ahora, pobre, viejo, enfermo, la extraña aventura policial de un tal Juan Pérez picotea ferozmente su presencia heroica que no se merecía este maltrato tan dolosamente estúpido.

(*) Texto escrito, hacia 1960, en El Clarín de Santiago.

(**) El autor se refiere a Helena Wilson, que luego se convierte en Elena Wilson, sin H, según la obra del artista Samuel Román, y finalmente en La Huasa, por seudónimo periodístico de Morales Álvarez.

CON TIEMPO DE VALS



“Misiá Delia era presidenta del Club de Señoras, creado por ella --en tiempo de Vals— junto con Adela Edwards de Salas, la primera Regidora de Chile; a todas les gustaba el auténtico té de Ceylán, acompañado de dulces chilenos, como ya no se hacen. Así saboreaban mejor la epopeya, protagonizando increíbles hazañas. Una le ocurrió en su casa de Viña, cuando llegó Ladislao Errázuriz Lazcano, mendigándole asilo. La policía política lo perseguía; pero Misiá Delia fue su ángel de salvación y lo disfrazó con su fachoso sombrero, su velo y uno de sus trajes arrogantes: todo era delicioso en esos días, el tiempo de Vals que conmovió a Chile y ya no volverá...”.

CREO QUE LAS SEÑORAS mujeres de mi antaño eran tal vez más encantadoras que las del presente. Todavía veo, por ejemplo, a Misiá Delia Matte, con sus ojos de sultana, su cuerpo de robusta néyade o nereida, y su gran sombrero donde a veces anidaban pájaros enteros, del que pendía el velo semimoruno que le lunareaba el rostro.

Misiá Delia era presidenta fundadora del Club de Señoras, creado por ella --en tiempo de Vals— junto con Adela Edwards de Salas, que fue la primera en lucir como Regidora de Chile; Elvira Santa Cruz Ossa, que firmaba como Roxanne; Inés Echeverría de Larraín, que lo hacía como Iris; y María Valdés de la Jara, que ofrecía su propio nombre al pie de la escritura, tal como también lo hacían doña Amanda Labarca y Misiá Isaura Dinator de Guzmán, ambas representando el ala izquierda del movimiento femenino del Club de Señoras.

A todas les gustaba el auténtico té de Ceylán, acompañado de dulces chilenos, como ya no se hacen. Así saboreaban mejor la odisea y epopeya donde enrolaba de continuo Misiá Delia Matte, protagonizando increíbles hazañas verdaderas. Una de las suyas, para dar el botón como la muestra, fue la que le ocurrió en su casa de Viña, cuando llegó hasta ella Ladislao Errázuriz Lazcano, mendigándole protección y asilo.

La policía política lo perseguía, con un precio sobre su cabeza casi agarrada a los talones. Pero Misiá Delia fue el ángel de su salvación. Le bastó disfrazar a Ladislao Errázuriz con su fachoso sombrero, su velo pasional y uno de sus trajes arrogantes. Así, con el rostro pintado y maquillado, obligándose a dar pasos cortos con los estrechos botines de doña Delia, Ladislao Errázuriz salió a la calle, estremeciéndose un poco cuando lo enfrentó un conocido personero policial: ‘‘Buenas tardes, señora Matte’’, saludó el detective, cediéndole el paso.

Todo era delicioso en esos días. Domingo Santa Cruz acababa de fundar un grupo de cultura musical con el nombre de Sociedad Bach. Entre sus muchos miembros figuraba una francesita de París, nacida en Santiago, Marta Petit Marfán, que conoció allí a quien sería luego su novio y después su esposo, el arquitecto Jorge Hunneus Lavín.

Entonces, según afirmaban en el Club de Señoras y en la Sociedad Bach, cuando nació la hija del matrimonio y lagrimeó de inmediato como lo hacen todas las guaguas del mundo, Marta Petit de Huneeus no olvidó ni siquiera en ese instante de su dichosa maternidad la devoción musical que le imponía su maestro, Domingo Santa Cruz, y exclamó en razón de ello: ‘‘¡Por Dios, qué lindo tono de voz tiene para llorar mi niña’’! **Ese fue el tiempo de Vals que nos conmovió en Chile y ya no volverá.**

LA HUASA, Ultimas Noticias, 1981.-

CAUTIVERIO FELIZ



A la izquierda, Raúl Morales Álvarez y Helena Wilson, en 1938. Y luego en 1964, respectivamente.-

ME CASÉ EL 12 DE ABRIL DE 1937. Hoy cumplí, entonces, cuarenta y un años de romance conyugal con Sherlock Holmes. Amanecerá, pues, con el aniversario puesto para la necesaria alegría del acontecimiento. La cosa hay que celebrarla, tal como se pide y a la antigua, juntando a los deudos y a las deudas sin miedo a la hecatombe.

Mañana siempre será otro día y yo vivo en este *feliz cautiverio del presente* sin preocuparme por lo que vendrá después. Para afrontar los temporales y los sismos tengo al admirable Sherlock Holmes, con su capacidad inverosímil para el trabajo, siempre apto para sacarme de cualquier atolladero, sin enredarse en el abecedario de las letras que amenazan protestarse. Ya lo sabéis, por eso. Que venga a Cartagena, al restaurante de Tino, donde almuerzo diariamente, todo aquel que quiera saludarme.

Le tendré un poco de esto y de lo otro, con un buen vaso de vino y el corazón abierto de par en par para mi fiesta.

Todo será mejor, todavía, naturalmente, si los que vienen me traen también un engaño, haciéndose los lesos, según como sea el cariño que tenga cada cual. Creo que merezco de sobra los presuntos regalos. No ha sido un juego, en absoluto, este tránsito matrimonial que ahora empenacha con tanto orgullo los 41 años que he logrado.

Posee bastantes riesgos la aventura de casarse con un pirata como yo lo hice. Cuando le eché el lazo, el bandido era arrogante y buenmozn, demasiado picado de la araña para una niña de las monjas --como lo fui yo--, con una fama endemoniada de farrista y mujeriego que no presagiaba nada bueno en su mucha ventolera. Pero ahí tenéis que el perla sigue con su prenda, afirmado a una querencia que nadie creyó que duraría. En cambio, a contrapelo, *todos los matrimonios conocidos de mi tiempo se fueron desperdigando después por el camino*, con divorcios y rupturas o impúdicos arreglos, de esos que permiten a tres o a cuatro donde solo deben caber dos para morder la manzana. Si el nuestro es una excepción dichosa, yo soy, pues, una auténtica heroína.

Es en esta condición que acepto los posibles halagos y embelecocos que hoy me entreguen.

Me los he ganado bien. No fue empresa fácil --ni lo es aún--, librar a Sherlock Holmes de las arpías y las brujas, las malignas salamandras que me lo han tentado siempre. Con lágrimas y risas, ya lo sabéis, esta lucha tiene la misma edad que mi largo romance. ¡Cuarenta y un años! Junto a ellos yo entiendo ahora la satisfacción dionisiaca de mi victoria en cautiverio, con una marca nacional y hasta mundial. Nuestro noviazgo duró solo cinco días. Al sexto ya éramos marido y mujer. Y es por eso que hoy voy a encender mi fiesta en Cartagena.

La Huasa, Diario Las Últimas Noticias. Abril 1978.-

Capítulo III

‘La Muerte del Maldito’



Alberto Rojas Jimenez, en www.urbatoriwm.com

Mucho se ha hablado --y se hablará— de los poetas malditos de Chile y el mundo. En propias palabras de Raúl Morales Álvarez, los poetas malditos chilenos, ‘heroicos’ e ‘incluso heroicos de sí mismos’ (*), tenían una ‘maldición que les venía del vino que los emborrachaba’ causando molestia y desprecio en la sociedad; sin embargo, siempre ‘van gozar de una completa vida eterna’ de acuerdo a sus creaciones, sus obras, pese a estos reproches. En sus textos --y en sus propios recuerdos—él mismo confiesa conocer de cerca a este tipo de intelectuales, poetas, artistas, dirigentes, profesores, reporteros, escritores... Surgen así algunos nombres destacados. Domingo Gómez. Alberto Rojas Jiménez. Julio Ortiz de Zárate. Pablo Neruda. Mariano Latorre. Alberto Ried. Antonio Roco del Campo. Carlos Canut de Bon. Miguel Fernández Solar. Antonio Acevedo Hernández. Tito Mundt. Pablo de Rokha...Juan Godoy. Así, él mismo contaría sus anécdotas...

(*) Entrevista Reportaje de El Mercurio a Raúl Morales Álvarez, xxxxx, www.dibam.cl

ADIÓS A UNA AMIGA



“En su cuna encajonada de mimbres, sobre una camisa vieja manchada por su sudor y por su sangre, Pussy Cat me miró largamente, mientras el veterinario lo decía. No voy a olvidar nunca su mirada”

CREO QUE EL TÍTULO DE ESTAS LÍNEAS esta muy equivocado. ¿No dije amiga? ¿Nada más que amiga? Ella era eso y algo más. Os voy a decir como se llamaba: **Pussy Cat**. Y como se vestía: siempre de blanco y negro, como en una manda, pero muy alegre, muy coqueta, siempre buscando los modos de cómo mostrar mejor eso que llaman el churro. Fue precisamente por ello que vino la muerte y se la llevó. Pussy Cat era una gata. Es decir, la gata. Mi gata. Una de las cinco niñas, como mi mujer les dice a los cinco animales, entre quiltras y cuchas, que enloquecen a mi casa, como ya, estoy seguro, lo tengo largamente dicho en más de alguna otra *Pista* que haya antecedido a ésta. Lo subrayo, porque lo que voy escribiendo es funeral. De responso. Solo ahora le hallé toda la razón del mundo a lo que mi querido amigo Domingo Gómez, escribió una vez en los muros de la cárcel de Santiago: “*La juventud, amor, lo que se quiere / Habrá de irse con nosotros, ¡Miserere...!*”. A estos versos finales de un poema, Gómez Rojas les agregó otros acentos póstumos: “*Y hasta acaso la muerte, que nos hiere / También tendrá su muerte, ¡Miserere...!*”.

Yo ya estoy --vosotros lo sabéis muy bien— definitivamente viejo. Pero si tengo una plural abundancia de nieve en los cabellos, y de arrugas en el rostro, aun me resta cierta gallardía del corazón que me custodia las espaldas rectas, la palabra rápida y las manos prontas, para afrontar con las unas y las otras cualquier lance ‘‘como si siguiese joven’’. Dentro de este material, a través de esta ‘juventud’, a lo largo de este amor, allí donde esta lo que se quiere, habitaba Pussy Cat. Ella lo sabía. Lo supo desde que llegó a mi casa, muy guagua todavía y fue adoptada de inmediato por mis perras, por mi mujer y por mí mismo. Una de estas perras, la Huasita II --porque la Huasita I tiene dos pies y ladra, amén de la costumbre conyugal de victimarme--, se convirtió en la rectora de los pasos que Pussy Cat podría ir dando por la tierra. Fue ella quien le enseñó a portarse como una señorita. Ella quien le presentó a sus primeros gatos, necesarios para el romance y los pololeos. ‘‘La Niña’’ --como la llama mi mujer— salió su mejor alumna.

Lució, acaso, demasiado en esta perfección. Cuando por el agosto llovido y tiritón llegaron los gatos haciéndole la rueda, ella fue incapaz de pronunciar la palabra no, porque se trataba, desde luego, de una gata. De esta impune manera, también un poco por mi culpa y la benevolente complicidad de mi mujer, se casó antes de tiempo. Tuvo su descuido. La maternidad que le hinchó el vientre nos alarmó, en un principio, lo mismo que a los padres cuando ven que a sus hijos se les acorta el vestido sin mayor razón. Pero fuimos comprensivos. Si algo había, que lo tuviere. Fue nuestro error. Nos lo dijo el veterinario cuando la guatita de Pussy Cat era como una vejiga, un blay inflado de repente, y ella nos miraba, exigiéndonos, llamar al médico. Cuando vino nos dio también su sentencia y me admiraron sus palabras tan iguales a la nuestras: ‘‘Esta niña --dijo-- se enredó antes de la época. Debería ser todavía soltera muy entera. De todos modos vamos ayudarla...’’. Lo hicimos con inyecciones de hipoficina, como si fuese una mujer. Fueron inútiles. El parto no paría. No salían los gatos. El doctor meneó la cabeza. Nos dijo: ‘‘Vendré mañana hacerle una cesárea. Tiene cinco hijos. Pero más de alguno ya esta muerto...’’.

En su cuna encajonada de mimbres, sobre una camisa vieja manchada por su sudor y por su sangre, Pussy Cat me miró largamente, mientras el veterinario lo decía. No voy a olvidar nunca su mirada. Esa misma noche, rechazando la leche y su plato de pana, la gata se murió. Lo hizo de perfil sobre el camastro. Así, también, sin variar su posición, la sacamos con mis cabros. Esta enterrada en el huerto, junto a los duraznos, al lado de un naranjo. Donde ella conoció al peludo embrujo que la asesinó después. Puse un cúmulo de piedras encima, y en el medio su nombre sobre dos palos cruzados. ¡Pobre Pussy Cat! Le agradaba subirse a mis piernas después que comía, para roncar y adormitarme mientras ella se dormía. Es lo que echo de menos, ahora que ya no la tengo.

Sherlock Holmes, en ‘Antología de Redactores Nacionales’, (Próspero, Roger Soto Marín),1965.

¿FUE MEJOR CUALQUIER TIEMPO PASADO?



‘El corazón se llena de muertos, nombrando a los que ya se fueron hacia el cosmos: Julio Ortiz de Zárata, Teofilo Cid, Reinaldo Lomboy, Isaías Cabezón, Armando Lira, Orlando Oyarzún, Antonio Roco, Alberto Rojas Jiménez, Tomas Lago, Samuel Letelier Maturana, el ciego Monestier, Alberto Ried, Gerardo Seguel, Rubén Azócar, Mariano Latorre, Felix Carbone, Luis Araya Bustos, Ángel Cruchaga, Jacobo Danke, el ciego Latorre, Rosamel del Valle, y Neruda y los de Rokha y tantos otros. De esa granada gente solo quedan hoy unos pocos: Israel Roa, Hernán Cañas, Gonzalo Drago, Ernesto Eslava, Luis Enrique Délano, Francisco Coloanne, Samuel Román, Diego Muñoz, Juvencio Valle, Andres Sabella, Manuel Astica y yo’.

CADA VEZ que me encontraba con Manuel Astica Fuentes teníamos la bucanera costumbre de saludarnos con los veinte cañonazos de ordenanza, a diez botellas por banda, para saludar también a los amigos. Era en otros días, naturalmente. Los tiempos han cambiado y ya no somos los mismos del año veinte. Ahora nos entran las balas, haciendo doler los viejos huesos que pesan como el diablo. Pero aun podemos evocar la juventud, el amor, lo que se quiso, todo aquello que se fue y no vino, al filo de un gran poema menor de Manuel Astica:

**Para arreglar esta mesa que cojea,
esta mesa en que como y en que bebo,
en que escribo y en que leo;
esta mesa que se le safó una pata,
y donde a veces, ya atardecido,
tiendo rústica carpeta**

**para algun juego de brisca rematada
con amigos y compañeros de mi barrio,
que entre sota y rey, caballo y reina,
entre bastos, entre oros y entre espadas,
levantamos como triunfos
nuestras copas colmadas de amistad.**

LA ANTIGUA BOHEMIA

Es lo que explica que la nostalgia se nos venga encima, transida de recuerdos. Entonces amábamos fieramente la noche, tal como lo decía más de alguno de nosotros:

**Me quitaré sin pena la mañana,
el mediodía y el atardecer,
pero jamás me quitaré la noche
porque me queda bien.**

La noche nos quedaba bien a todos. La comenzábamos a corazón abierto en el boliche que llamábamos "El Alemán de Esmeralda", un club germano de canto sobre la acera sur de Esmeralda al llegar a 21 demayo, donde era dable darse una hecatombe digestiva solo por tres pesos, incluidos el vino y la propina. Luego pasábamos al frente, al "Casa Club", bajo cuyo alero volvíamos a darnos un atracón bebestible y gastronómico sin gastar un peso. Sus dueños nunca nos cobraron nada, pagándose con la charla extravagante de los poetas, artistas y escritores que fuimos su clientela preferida. Le dimos el apodo de "Los Almirantes" por lo rangoso, con la hambrienta y sedienta marinería que éramos nosotros. De su nutritiva hospitalidad admirable nos íbamos luego al "Hercules" de Bandera, entre San Pablo y General Mackenna, famoso por los platos de guatitas que ofrecía apenas por un par de chauchas. Allí nos aguardaban el 'Ratón Agudo' -- que era fotógrafo y se apellidaba Fuentes--, siempre escoltado por los poetas Alberto Rojas Jiménez y Antonio Roco del Campo, estableciendo una suerte de rutina que solo se alteró cuando Pablo Neruda regresó a Chile con España en el Corazón.

EL ALEMÁN DE SAN PABLO

Este mucho tránsito nos obligaba a trasnochar despacio. Ya estaba amaneciendo, con un sol muy tímido, colocando sus primeras pilchas rosadas sobre la ciudad, que aun no despertaba, cuando acudíamos al antro mentado como "El Alemán de San Pablo", entre Bandera y Morande, donde acechaba el peligro, un riesgo personalizado por el propio patrón del negocio. Era un retirado marinero teutón que había navegado con los últimos veleros de la Carrera del Salitre antes de anclar en San Pablo como bolichero. Tenía las manos de adoquín, los brazos tatuados en los poderosos bíceps que se mostraban al aire todo el año, y un maligno genio iracundo en contra nuestra. El alemán de San Pablo aullaba su fobia apenas nos veía, a la par que lanzaba su manopla armada con un clavo sobre el mostrador del bar. El prodigio ocurría entonces. El clavo se hundía en la madera que parecía de dura teca o luma como bajo un titánico martillo, mientras nosotros

desfilábamos con los ojos gachos y el forzado navegante nos recitaba su consabida monserga: "¡Mucho cuidado conmigo, señores poetas, artistas y escritores! ¡Mucho cuidado!".

Las cosas cambiaron, sin embargo, cuando Diego Muñoz y Orlando Oyarzún Garcés se pusieron de acuerdo para sorprender al alemán en su tranco de superhombre. Uno de ellos le detuvo la mano en el aire y el otro le arrebató el clavo para hundirlo en el mesón sin ningún inconveniente. La madera no era de luma ni de teca, sino de balsa ecuatoriana, blanda como algodón. Esa noche, desde luego, cenamos como los antiguos héroes, príncipes o bandidos, exigiendo un vino excelente, el mejor de los mejores, aceptando sin remordimientos que el alemán lo regalase todo, envuelto en un sudor verde y amarillo, a cambio de no revelar nunca su fermentado secreto.

LOS SOBREVIVIENTES

El corazón se llena de muertos, nombrando a los que ya se fueron hacia el cosmos. Allí estaban Julio Ortiz de Zárate, Teofilo Cid, Reinaldo Lomboy, Isaías Cabezón, Armando Lira, Orlando Oyarzún, Antonio Roco, Alberto Rojas Jiménez, Tomas Lago, Samuel Letelier Maturana, el ciego Monestier, Alberto Ried, Gerardo Seguel, Rubén Azócar, Mariano Latorre, Felix Carbone, Luis Araya Bustos, Ángel Cruchaga, Jacobo Danke, el ciego Latorre, Rosamel del Valle, y Neruda y los de Rokha y tantos otros. De esa granada gente solo quedan hoy unos pocos: Israel Roa, Hernán Cañas, Gonzalo Drago, Ernesto Eslava, Luis Enrique Délano, Francisco Coloanne, Samuel Román, Diego Muñoz, Juvencio Valle, Andres Sabella, Manuel Astica y yo.

Somos como los fatigados sobrevivientes de una plural odisea y epopeya. Por eso me he puesto a la vera de esta mesa que cojea de Manuel Astica, un poco estremecido, tal vez para convencerme que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Raúl Morales Álvarez, en Revista Mundo del Domingo: Últimas Noticias, 1983.-



Imagen del Cerro Santa Lucía en los años cincuenta.-

“Se abrió también la noche de repente, la descubrí y era una rosa oscura entre un día amarillo y otro día; pero para el que llega del Sur, de las regiones naturales, con fuego y ventisquero, era la noche en la ciudad un barco, una vaga bodega de navío; se abrían puertas y desde la sombra la luz nos escupía; bailaban hembra y hombre con zapatos negros como ataúdes que brillaban y se adherían uno a una como las ventosas del mar, entre el tabaco, el agrio vino, las conversaciones, las carcajadas verdes del borracho; alguna vez una mujer cayéndose en su pálido abismo, un rostro impuro que me comunicaba ojos y boca; y allí senté mi adolescencia ardiendo entre botellas rojas que estallaban a veces derramando sus rubíes, constelando fantásticas espadas, conversaciones de la audacia inútil; allí mis compañeros Rojas Giménez extraviado en su delicadeza, marino de papel, estrictamente loco, elevando el humo en una copa y en otra copa su ternura errante, hasta que así se fue de tumbo en tumbo, como si el vino se lo hubiera llevado a una comarca más lejana! Oh hermano frágil, tantas cosas gané contigo, tanto perdí en tu destrozado corazón, como en un cofre roto, sin saber que te irías con tu boca elegante, sin saber que debías también morir, tú que tenías que dar lecciones a la Primavera!”.

(Locos Amigos, Memorial de Isla Negra, Pablo Neruda, 1964)

EL POETA QUE VIENE VOLANDO



Alberto Rojas Jiménez en los años '30.-

¿QUÉ DÍA VA HOY POR EL CALENDARIO? El 25 de mayo, naturalmente. Es la fecha nacional de Argentina. He aquí, sin embargo, que no voy a ocuparme para nada del país vecino. Me preocupa más un suceder distinto, tatuándome el corazón desde más cerca. El 25 de mayo de 1934 murió en Santiago el poeta Alberto Rojas Jiménez, asesinado por una pulmonía fulminante. Ese fue, al menos, el diagnóstico de los médicos que lo atendieron en la Posta Central de la Asistencia Pública. El 25 de mayo del 34, separado del presente por 59 años de distancia, llovió de modo torrencial en nuestro Santiago de todos los extremos.

El cuerpo de Rojas Jiménez fue recogido en el Parque Forestal, ya en estado agónico, sin chaqueta, sin abrigo y sin sombrero, esto es, sin nada para precaverse de la terrible lluvia que terminó por matarlo casi con cariño, empapándolo primero, para luego hacerlo dormir en su húmedo regazo, botado en un recodo cercano al Bellas Artes, sin que el poeta siquiera pudiese despertar. Alberto Rojas Jiménez transitó en su último sueño hacia la muerte, sin darse cuenta exacta de lo que le ocurría. No por ello dejan de asquearme quienes lo mataron.

El cuerpo de Rojas Jiménez, cubierto de sombríos moretones, era un testimonio elocuente del dramático sucedido. El poeta había acudido a un boliche de la Plazuela del Corregidor, donde bebió con áspera sed desesperada el famoso vino caliente, ofrecido como la más predilecta de las especialidades de la casa. Dos o tres jarros después, tal vez cuatro, acaso cinco o los que fuesen -que en el pedir no hay engaño-, con su corazón animado por la tracción alcohólica que corría por las venas, Rojas Jiménez se echó la mano a los bolsillos para pagar su consumo, hallándolos vacíos. Entonces llamó a los mozos y sonrió ante ellos, explicándoles el caso. “No tengo plata -dijo-. *Ando fallo al as de oro* y el dinero se me fue en otros sitios y otras cosas. Como abomino de los perros muertos, vendré a pagar lo que debo mañana, o más bien pasado mañana, cualquier día. Puedo hacerles un vale, mientras tanto, y hasta un soneto si lo quieren. ¿Qué les parece la cosa?”.

Recibió una feroz respuesta a sus buenas intenciones. Los garzones lo golpearon en patota, despojándolo del abrigo, la chaqueta y el sombrero, dejándolo exánime ante la mirada indiferente de la clientela habitual del expendio, bebedores que cataban con sabia lentitud sus distintos venenos preferidos y mujeres complacientes que se creían cada cual la imagen de Mimí Pinsón, la gabacha que sabía sacar la canción de las botellas en el París de otros tiempos.

--“No se preocupen, señoras y señores --les habían dicho los garzones--. Tengan la bondad. Ya estamos por terminar el necesario castigo”.

Lo terminaron afuera, en el Parque Forestal, donde Alberto Rojas se durmió en la muerte. Así perdimos al poeta que había despilfarrado su genio en Chile y el extranjero, en París de Francia, en Madrid de España y en tantas otras partes. Por allá andaba Pablo Neruda cuando ocurrió el crimen. Neruda escribió entonces su hermosa elegía a la memoria de su amigo: **“Entre plumas que asustan, entre noches/ entre magnolias, entre telegramas, /entre el viento del Sur y el Oeste marino,/ vienes volando”**.

Ya nadie o casi nadie se acuerda del poeta. Pero a mí me duele todavía su nostalgia.

Raúl Morales Álvarez, en Las Últimas Noticias, 1993.-

EL HERMANO DE LA SANTA



PARECE estar en sus tramos finales el proceso de beatificación de Sor Teresa de Los Andes, colocándola en olor de santidad, a la espera de ser canonizada como una nueva presencia seráfica por la Iglesia Católica. Sor Teresa de Los Andes fue el nombre religioso que adoptó Juanita Fernández Solar, cuando vistió el hábito de las Carmelitas Descalzas, el 7 de mayo de 1919, a los 18 años de su vida, para morir el 12 de abril de 1920. Los prodigios que hizo en este breve tránsito monástico, como los que sigue haciendo su ánima sin pena, la acreditan como Santa en la fe de los humildes, sin aguardar la decisión del Vaticano.

La familia de Sor Teresa fue feudataria de la Hacienda Chacabuco, en cuyo seno se libró la batalla de su nombre por la libertad de Chile, considerada desde entonces como uno de los mejores predios rurales del país, un vellocino agropecuario que los Fernández Solar vendieron en un millón de pesos, bastante harapientos a los ojos del presente.

En el alborotado vagabundaje bohemio de la juventud, hace más de medio siglo, conocí al poeta Miguel Fernández Solar cuando ya no le quedaba ni siquiera una miserable hilacha de su parte en el millón. Yo fui su yunta adolescente en los azares de una existencia inverosímil, medida por lo imprevisto o picaresco en toda circunstancia.

Por 40 centavos diarios éramos resignados clientes del "Fornos", un sombrío hostel de la segunda cuadra de la calle San Diego, donde también había otros cófrades de hechuras parecidas a las nuestras: el escultor Carlos Canut de Bon y los poetas Antonio Roco del Campo y Alberto Rojas Jiménez. La cabeza rectora de este grupo era Miguel Fernández Solar, a quien llamábamos el poeta Miguelón por su prestancia.



Barrio Mapocho – Mercado Central entre 1920 – 1925.-

El poeta Miguelón, aun sin un peso en el bolsillo, siempre parecía un príncipe por la facha y las maneras. Con ella nos libraba de cualquier apuro con increíble estilo.

Recuerdo, por ejemplo, la vez que lo acompañé a la agencia "La Bola de Oro", donde el pueblo acudía a empeñar sus pobres pilchas. Allí hizo cola el poeta Miguelón, sin llevar nada en sus manos, como lo hacían los demás. Pero cuando le llegó el turno encaró al agenciero con voz impresionante y modales versallescos:

--Señor --le dijo textualmente--. Solo tengo mi palabra que empeñarle. Es la palabra de un caballero y algo valdrá, después de todo.

El agenciero, español, miró al poeta Miguelón con ojos dactilares. Sonrió de improviso y se volvió de inmediato hacia el escribiente que garabateaba las respectivas boletas de empeño, otro peninsular que acaso era su pariente:

--¡Palabra de un hidalgo! --le ordenó. Apúntalo así en el papel y hazlo por 15 pesos.

Quince pesos relumbraban como el diablo hace 50 años.

Como lo veis, pues, el Hermano de la Santa también era capaz de hacer milagros.

Sherlock Holmes, (Raúl Morales Álvarez) Las Últimas Noticias, Agosto de 1978.-

ANTONIO ROCO, POETA MALDITO



La Alameda de Santiago, en los años treinta.-

EN MI LEJANA JUVENTUD --hace ya tanto tiempo--, todavía los poetas solían sufrir de hambres recientes o atrasadas en la mayor parte de sus horas diurnas o nocturnas, aceptando una penuria que no ocurre ahora. El poeta Antonio Roco del Campo, cada vez que lo mordía el incómodo flagelo, acostumbraba consolarse con una suerte de alucinado o despavorido suplicio de Tántalo, contemplando las succulentas vitrinas de los boliches digestivos donde se mostraban pavos y pollos asados, cabritos al horno, lechones de chanco o de cordero, congrios y corvinas de este porte, con un triunfo de erizos repletos de elocuentes lenguas para hablarle al apetito mejor que Boccacio. En eso estaba el poeta, en la esquina de Bandera y Alameda, mirando las sabrosas delicias que ofrecía el restorán "Zumhreim", la noche que lo encontró nuestro grupo formado por pintores y escritores.

--¡Hombre! --le dijo entonces Julio Ortiz de Zárate--. ¿Qué diablos haces aquí, Roco?

--Tengo hambre --respondió el poeta.

--Bueno --subrayó sobre la marcha Mariano Latorre, mientras sus ojos azules chispeaban como luciérnagas en lo oscuro--, nosotros te saciaremos el hambre porque vamos a comer y te invitamos.

--No puedo entrar --se dolió Roco del Campo--. El dueño del negocio, Humberto Capomazi, me tiene en condición de interdicto. Sucede que la semana pasada me fui con un pollo en el bolsillo, y aun no lo he pagado.

--Esto se soluciona fácilmente --precisó el maestro Armando Lira--. Con Isaías Cabezón y Julio Ortiz te vamos dar otra figura y otro genio, cambiándote por completo. Ya lo verás tú.

Lo vimos todos. Con un corcho quemado le pintaron a Roco arrogantes patillas a lo austríaco, un agresivo bigote prusiano, tipo Guillermo II de Alemania, y una pera imperial, como la de Napoleón III. El abrigo de Alberto Ried y mi sombrero hicieron lo demás, y ya no era Roco sino otro ente inverosímil, como de quimera, el que entró con nosotros al boliche donde ocupamos una mesa y se nos unió de inmediato, como Dios manda, sin ningún inconveniente, mientras el poeta saboreaba su disfraz a la par que los platazos. En eso estaba, como lo estábamos todos, cuando apareció un mozo sorpresivo con dos botellas del mejor vino en su bandeja.

--Señor Antonio Roco del Campo --le expresó al poeta, inclinándose ante él como si tuviese bisagras en la espalda--. Don Humberto Capomazi le envía estas botellas de regalo, felicitándolo por su camoufflage. Don Humberto dice que es de veras una obra de arte.

Eran otros tiempos, y aun se permitían estas cosas que tal vez no resultarían en los de hoy. Las recuerdo ahora movido por el imperio de un fantasma. El poeta me esta penando mucho al filo del presente. Roco se me aparece con su facha de obispo picaresco desprendido del Siglo de Oro español para extraviarse en Chile, en la centuria veinte, y entonces el ánima del poeta y yo nos reímos como dos demonios.

EL POETA TALQUINO Antonio Roco del Campo llegó a Santiago aceptando penurias de inexorable rango económico, duelos y quebrantos --diciéndolo en cervantino--, que le negaban hasta un lecho verdadero donde estirar los cansados huesos. El poeta encaraba estos azares con firme entereza, como si fuesen riesgos consultados de antemano en su contrato con la vida. No tenía preocupaciones mayores ni menores por las exigencias nutritivas de su buen diente, que para estos menesteres estaban los amigos que lo aguardaban en todos los boliches apenas comenzaba a caer lo oscuro. Pero la noche se iba, y se iban también los amigos, arreados por el nuevo día que asomaba, y Roco se quedaba solo, penando como un fantasma sombrío, en la madrugada gris. ¿Qué hacer ahora? ¿Dónde poder dormir? Era la incógnita que afligía a Roco. La solucionó de manera feliz cuando entró a la sala de prensas de "El Diario Ilustrado". La rotativa ya había dejado de gemir y trepidar en su cotidiano parto de noticias y no había, pues, moros en la costa que lo incomodasen. De esta manera, sin que nadie se lo impidiese, Roco se acomodaba en un hueco propicio, tapándose luego con papel de diario para abrigarse y dormir sin cuidados hasta entrada la tarde. Desde entonces, naturalmente, vino en todo amanecer a dormir bajo las prensas de "El diario Ilustrado". El poeta llamaba a su hazaña "periodismo puro".

GENIO Y FIGURA

Era gordo, poseía el aire extraviado de un fraile pícaro del Renacimiento, un buen cofrade de Maese Pietro Aretino, y tenía la cultura de un obispo con talento de sobra para lucir mejor que los diamantes en cualquier imprenta. A Pablo Neruda le encantaba compartir con Roco la charla, el vino y las delicias digestivas de una buena mesa, siempre con manteles largos. "Cuéntame cosas, Roco", lo urgía Neruda con su profunda voz nasal, y Roco se las contaba para su deleite. Neruda sabía que Antonio Roco era un poeta como él, y hasta capaz de sobrepasarlo a veces en la exaltación lírica de los motivos del amor. Pero Roco del Campo era un poeta maldito, de bohemia maldita, jamás halagada por el éxito que siempre escoltó a Neruda en todo lo que hacía y deshacía.

Es lo que explica que Roco nunca publicase su obra poética, de veras valiosa en más de una medida. Cada vez que Neruda lo incitaba a las confidencias --"cuéntame cosas, Roco"--, yo miraba por eso hacia el traje que vestía el maldito. Sus ropas estaban perenemente sucias de aceite y a mí me agradaba encontrar en ellas una nueva mancha. Si la hallaba --y lo cierto es que siempre la ubicaba--, no habría problemas de mayor ni de menor cuantía en la vida del poeta. Cada mancha nos hablaba mejor que Bocaccio, diciéndome qué laya de admirable previsión para el mañana mantenía Roco sin hambre y con respiro.

EL CONVIDADO DE PIEDRA

Roco tenía un talento inimitable para lograr que lo aceptasen como un perenne convidado de piedra en los ágapes constantes de las innumerables entidades gremialistas de su tiempo: la Sociedad de Peluqueros La Unión, el Sindicato de Enfierradores en Resistencia, la Dávila Baeza, los Zapateros Anarquistas de la I.W.W., el Gremio de Matarifes El Esfuerzo, y todas las otras agrupaciones obreras, no proletarias, que enteraban la copiosa nómina, todos con la sabrosa costumbre de reunirse una vez a la semana en torno a mesas nutritivas y mejor regadas. Allí siempre estaba Roco, al acecho de su habitual saqueo. Lo realizaba con la zarpa veloz para agarrar lo que fuese, sin remilgos, presas de pavo, muslos de pollo, trozos de asado de vaca o de cordero, y hasta los restos que quedaban en los platos ajenos. Los insondables bolsillos del poeta lo recibían todo. De ahí que las manchas que lucía en su traje fuesen como una auténtica geografía de su dura economía. Lo cierto es que Roco se obligaba a ellas para subsistir.

Puedo ofrecer un testimonio personal sobre el asunto. Tuve más de cien comensales en la fiesta del bautizo de mis chiquillos mayores, con la ceremonia del óleo y crisma a cargo del primer Cardenal del pueblo, Monseñor José María Caro. Una hecatombe rabelesiana, para Gargantúa y Pantagruel, nos citó luego al abordaje de las mesas, cada cual desnudando sus dientes voraces. En esa estábamos, cuando el dibujante Luis Araya Bustos, me susurró al oído que Roco se estaba echando cosas misteriosas a sus bolsillos. "¿No serán los cubiertos, que son de plata?", me insinuó Araya.

Pero yo, que conocía sin errores la verdad humana del poeta, le rechacé la especie. Para establecer la verdad, sin sospechas, llamé a Roco: --¡Hombre! --le dije--. ¿Qué tal lo estás pasando?

Una sonrisa eclesiástica bañó el rostro del poeta, más que nunca parecida a un fraile tunantón del Siglo de Oro:

--Ya he cosechado bastante pavo --respondió Roco, mostrándonos una pechuga goteante de grasa que extrajo de sus ropas--, y ahora voy en busca del cordero, del pescado y de los patos.

Y como lo dijo lo hizo. Fue en procura de las chuletas de cordero, del pescado frito y del pato asado, y yo me sentí feliz por su filibustería. Siquiera por más de una semana el poeta no tendría preocupaciones gastronómicas con lo que se llevaba.

Raúl Morales Álvarez, en Revista Mundo del Domingo, Junio 1983 :-

LA SANGRE Y LA ESPERANZA



Visionario. Nicomedes Guzmán, autor de "La Sangre y la Esperanza"

Es esta --para mí, al menos-- la mejor de las obras de Nicomedes Guzmán, como bastante difícil de precisar en una producción, como la suya, donde todo lo que ha escrito tiene una jerarquía inmejorable. "Los Hombres Oscuros", "La Luz Viene del Mar", "El Pan Bajo la Bota" son tres botones que sirven como muestra ejecutiva para demostrarlo. Sin embargo, aun contada sobre un tema parecido --el drama con sombras y con luces de la vida proletaria--, la "Sangre y la Esperanza" es otra cosa y es distinta. Es más Nicomedes Guzmán y es también más pueblo. Si a lo largo de toda su obra el autor ha ido mostrando y creando la verdadera novela chilena, en su ámbito social--popular más profundo, "La Sangre y la Esperanza" hace sentir en su propia entraña al pueblo, tal como en realidad es, de una manera como no lo ha logrado, hasta el momento, ningún otro escritor en nuestro medio.

“El Roto”, la gran novela de Joaquín Edwards Bello, ha sido siempre saludada por nuestra grave --y hasta impúdica-- crítica literaria como el libro clásico del tema. Sin ninguna duda, "El Roto" es magnífico. Pero no es el roto verdadero, el roto de Chile, ese que habita en "La Sangre y la Esperanza" del pueblo, captado de tan buena y excepcional manera por Nicomedes Guzmán. El Esmeraldo de Joaquín Edwards Bello --y no pretendo, en absoluto, poner en desmedro su novela--, es rufianesco, sin actitud social, alguna, aun sin explicar el porqué de su rufianería, como suele no serlo el rebelde con causa parido por la miseria en el conventillo o la población callampa. Nicomedes Guzmán, en cambio, le ha dado una fina y a la vez una recta estatura psicológica al personaje central de su novela. Enrique Quilodrán, hijo de un maquinista y de una lavandera, se domicilia en el libro de frente y de perfil, engarfiando una vida y un mensaje, cuya firmeza va más allá del mero realismo a la ligera, de pasada, con simples brochazos, con que otros han pretendido realizar en Chile una creación más bien frustrada, que exactamente parecida. Todos revolotearon en torno a la dramática llama que buscaron y fue hallada. Pero ninguno se acercó al centro mismo del fuerte resplandor.

Tenían miedo de quemarse. Nicomedes Guzmán, en cambio, está allí, ardiendo, de la misma manera como arden también la sangre y la esperanza del pueblo.

UNO VE mejor estas cosas en la sexta edición de la novela, acabada de lanzar por ZIG-ZAG. El libro de Nicomedes Guzmán no es un simple escaparate de la trágica miseria popular chilena. El autor va más lejos, cala más profundo, identifica una nueva emoción humana con el drama sombrío que relata. Es decir, interpreta la miseria, la analiza, la desmenuza y saca a todo aire las causas que lo motivan. El escritor cumple, de esta manera, el mandato necesariamente socialista de un intelectual honesto.

Su obra se sumerge en el corazón del pueblo. Pero no para "bajar al pueblo" sino para subirlo. Esto no quiere decir, mucho menos, que solo un escritor de izquierda --socialista o comunista-- puede ser honesto en su escritura. Pero sí expresa que un escritor liberal, provocador, radical o demócratacristiano que ambiciona esta misma honestidad, tiene que forzosamente "subir al pueblo", de una laya similar a Guzmán en el libro que comento y recomiendo. El gran yerro cometido por "El Roto" de Edwards Bello es, precisamente, no haber sabido sostener en sus páginas el tumultuoso pulso popular de la esperanza.

Su roto es plebeyo, no realmente "el roto". Dicho de otro modo, Edwards Bello "no sube al pueblo". Su Esmeraldo se abellaca. En diametral contraste, en "La Sangre y la Esperanza" de Nicomedes Guzmán, ocurre lo esencialmente distinto. Hay aquí un propósito humano y social de perenne vivencia. De ello surge ese como poderoso embrujo que produce su lectura. El libro ya es viejo. Fue escrito hace muchos años. Pero en esta sexta edición que lo renueva, es dable hallar mucho de lo que ahora explica el actual suceder del pueblo, en marcha hacia el poder. Es el mensaje fundamental del libro vestido con un tono de bella exactitud poética, sin alardes políticos de ninguna clase, "con la vida sujeta solamente a las manos y al corazón". No de otro modo se escriben los libros precursores, como éste.

Pickwick (Raúl Morales Álvarez) El Clarín de Stgo, 1965.-



La Alameda de las Delicias hacia los años veinte. Fuente: Memoria Chilena.

“En mis páginas vividas, siempre guardo un gran recuerdo, mi emoción no las olvida, pasa el tiempo, y más recuerdos. Tres amigos siempre fuimos, en aquella juventud. No había trío más mentado, que pudo haber caminado, por esas calles del Sur...”.

(Tango Antiguo)

TRIUNFO DEL POETA ASESINADO



REIVINDICACION NACIONAL DE PABLO DE ROKHA

ME LLEGÓ UNA CARTA, cuyo contenido quiero entregar también a los lectores por una necesidad de justicia ética y estética. La firman el arquitecto Fernan Meza, el médico Carlos Soto Rengifo, el abogado y ex Contralor, Humberto Newes, el diputado Mario Palestro, el senador Jaime Barros y la abogada Raquel Waismann. Voy, pues, a reproducir cada uno de sus acápites, leyéndolos juntos, usted y yo, mi querido amigo. De esta manera, estoy seguro que usted participará, lo mismo que nosotros, afirmado en eso tan difícil que se llama la decencia, en la reivindicación nacional de Pablo de Rokha, el poeta heroico y egregio, perseguido pero no acorralado ni vencido, calumniado pero no negado. La carta lo reclama al filo de su propia epopeya:

--“Mientras la crítica universal --dice--, desde hace largos años, señala a nuestro inmenso poeta Pablo de Rokha entre los más poderosos creadores literarios de la lengua castellana, un ultrajante silencio, al que no son ajenos la intriga y el resentimiento de los pequeños cenáculos que administran la notoriedad en el arte, se esfuerza por cercar al gran escritor y privarlo de las vías de difusión de su obra, la opinión pública ha visto una vez más con renovado asombro que el Premio Nacional de Literatura le es negado, en los mismos instantes en que un selecto grupo de traductores prepara en París la edición francesa de su poesía y cuando ha aparecido, ya en idioma chino, su último libro, “China Roja”, todo lo cual ratifica el interés mundial por una obra que Hayes, en Estados Unidos, y de Luigi en Chile, entre tantos otros, ubicaron entre las expresiones máximas de la literatura de nuestra época (...) y que ya ‘a los 71 años de edad, con

toda una vida de heroísmo y de belleza expresada en 38 libros, continúa trabajando el insigne creador en el severo recogimiento de su carácter, tan ajenos a pompas e histrionismo”.

La carta hace valer las palabras que el senador, Alejandro Chelen Rojas, pronunció el 18 de mayo de 1962, en el viejo hemicycle de los Padres Conscriptos. A tres años de distancia, yo las reproduzco ahora con el tono y la emoción de una ecuación tremenda:

“De las páginas de sus libros, traspasadas de calor humano y de hondo sentido social, surge el viviente, dinámico e inquietante espíritu de grandeza de la época. Sus libros llevan el sello inconfundible de las grandes creaciones artísticas, propias del genio”.

“Gran poeta del pueblo, al servicio del pueblo, los enemigos del pueblo lo persiguieron implacablemente, lo aislaron, lo sabotearon, lo silenciaron. Lo postergaron una y otra vez. Sin embargo, este escritor sin editor, que debe publicar sus obras y venderlas él mismo, recorriendo los caminos de la Patria con su viril ancianidad a costas, sigue siendo, no obstante estar viejo y enfermo, una de las más altas expresiones poéticas de nuestro tiempo”.

La carta que me dirigen los amigos pone el pie precisamente en esto. La ancianidad de Pablo de Rokha relampaguea y es terrible, ruborizando a Chile.

De ello surge la exigencia inabdicable de hacerle justicia, de una bendita vez, ahora que todavía vive. Por eso la carta nos anuncia “la próxima edición de su nuevo libro --“Mundo a Mundo”--, que contiene el impacto centelleante de Europa y Asia”, realidad que “constituye un acontecimiento cultural eminente, cualquiera que fuesen las reservas o reparos que en el plano ideológico pudiera suscitar a través del vasto ámbito de sus lectores, lo que es inevitable en un libro que no oculta su acertada y poderosa intención polémica, sugerida en los mismos grandes títulos que componen la obra: “Paris, Flor y Esplendor de la Europa Capitalista”; “Moscú: A la Sombra Heroica de Lénin”; “Pekin, como el Corazón Rojo del Oriente Innumerable”, en el último de los cuales resplandece toda la grandeza de la República Popular China”.

“Las consideraciones anteriores --subrayan los firmantes de la carta--, explican que hayamos juzgado nuestro deber, los amigos y admiradores de Pablo de Rokha, constituir un Comité patrocinador de la edición, de modo de relevarlo de preocupaciones económicas, que una

obligación de gratitud nos hace asumir para con el dueño de su estilo propio que aporta a la literatura continental el realismo popular constructivo y la épica social americana, desde “Los Gemidos” de 1922”.

La carta invita, por eso, “a tomar una suscripción de adhesión que haga posible la aparición de “Mundo a Mundo”, entre julio y junio del presente año. Su precio, que es de 100 escudos, supera, por cierto, el valor material que normalmente se acuerda a un volumen literario. Pero el propósito que se persigue es disponer de un financiamiento que permita juntar a la edición extraordinaria y preparar una popular que por una suma modesta lleve a los más vastos sectores la obra del más grande poeta de Chile”.

Ya lo sabe usted, pues, lector amigo mío. Cada ejemplar destinado a los suscriptores ira profusamente ilustrado y empastado en gran formato numerado y dedicado por Pablo de Rokha. Los cheques que se envíen deben ser cruzados, girados a la orden de Fernán Meza, enviados por correo certificado a casilla 33678, Santiago. Solo se trata, entonces, de dar cien miserables escudos. Usted tendrá

el honor y la alegría de poder darlos. La reivindicación nacional del poeta vale mucho más, y usted estará incorporado a la grandeza de la obra.

EL GRAN JESUCRISTO DE PABLO DE ROKHA

NO TENGO DESNUDO el sueño. Nadie, tampoco, puede encerrar mi insomnio en una cárcel. Siempre esta al alcance de mi mano, aun desde la celda donde habito preso, ese aire de multitud, de pueblo y de país que enamora al hombre libre con la gran temperatura de una visión violenta y necesaria. Creo que fue un tal Jesús, hijo del carpintero y de la lavandera, el primero que mostró estas cosas por el mundo, doliéndole la injusticia que aplastaba a los humildes, haciéndola sentir dentro de sí, egregia y virilmente, lo mismo que si fuese una lenta espina clavada en su costado. Jesús fue un revolucionario iconoclasta, el primer gran rebelde conocido, acaso el único, hasta ahora, que bebió directamente de los labios de Dios su prédica social.

Es lo que explica --y ya lo he dicho en otras Pistas—, la perennizada presencia popular de Cristo. Pese a todos los errores cometidos por la iglesia, yerros nacidos de su natural condición humana, venciendo aun la larga postura eclesiástica que la alineó junto a los poderosos, haciéndola distribuir las llamas del infierno solo entre los pobres, son las manos del pueblo las que siguen recogiendo el Cuerpo y el Espíritu de Cristo. Ocurre, entonces, con lo sucedido, un admirable y auténtico milagro. El aliento de Jesús continúa vigorizando la lucha de clases, la reivindicación social de los humildes, “subiendo al pueblo”, al rango superior que le pertenece en la conducción de la sociedad contemporánea. Una vez que se advierten estos hechos, ya nadie puede renunciar al Camino, la Verdad, la Vida, tan claramente señalados por Jesús en su heroico y alto tránsito de líder popular, poeta y político de la justa rebelión de las masas. Por eso es allendista el pueblo católico de Chile. Por eso la voz de los escritores al servicio del pueblo saluda en Jesús un símbolo de lucha, mellizo de la mejor esperanza que viene para Chile el 4 de septiembre. Por eso me leí, como para tocar a Jesús con mis dedos, las “Leyendas del Cristo Negro”, que escribió Mahfud Massis. Pero también, por eso, quedé con más hambre de Jesús aún. Algo me faltaba para tener al Nazareno junto a mí, preso como yo en la cárcel, y se lo dije, entonces, a mi mujer:

--Búscame en San Diego al “Jesucristo” de Pablo de Rokha. Solo allí está el Jesús popular y universal, gigantesco, tal como lo fue y lo es, fuera del templo y en la calle, hombre del pueblo, con sombra y drama sobre el suelo.

Ella revolvió las librerías del viejo San Diego. En veinte mil pesos le vendieron el gran poema que Pablo de Rokha publicó en 1930. Ilustrado por Carlos Hermosilla Álvarez, editado por Antares, el libro destaca todavía en su tapa posterior el precio de antaño: siete pesos. Los tiempos han cambiado. Pero la posesión de la joya que me trajo valía muy de veras la pena de pagarla tan cara. No conozco nada comparable --y no lo hay-, a este Jesucristo que pronuncia su nombre de varón y deja su corazón respirando, más allá de la muerte, en el libro magnífico de Pablo de Rokha. Solo por haberlo hecho, por ser su padre genital y poderoso, debieran darle el Premio Nacional de Literatura que hasta hoy le ha sido escamoteado tan impudicamente. Cristo está aquí, con ojos, con manos, con piel, con olor y con sudor, como un hombre verdadero.

Jesús sale del poema y golpea en el pecho del pueblo, y el pueblo le responde, como lo quiere Jesucristo, poniéndose en camino hacia su liberación total. Jesús está allí, ‘enarbolando un canto con pájaros patéticos, solitario entre cien árboles’, llegando con el pueblo ‘a la más alta altura’, hablándole:

‘‘Bienaventurados los espíritus disminuidos e infinitos, porque son dueños del Reino de los Cielos; bienaventurados los mansos, porque ellos poseen y les posee la tierra; bienaventurados los desventurados y llorosos por la desgracia, porque han de merecer una consolación grande; bienaventurados los hambrientos y sedientos de justicia, porque serán hartados; bienaventurados los humanitarios, los misericordiosos, los iluminados del prójimo, porque en tales reside la misericordia; bienaventurados los puros y limpios de corazón, porque su corazón ve a Dios;

bienaventurados los pacíficos y pacificadores, porque los llamados Hijos de Dios serán por los pueblos del mundo... ¡Ay! de los satisfechos, ¡Ay! de los desvergonzados que escupen su hartura sobre el hombre pobre...’’.

He leído y releído estas palabras. En el gran poema de clase de Pablo de Rokha, en 1930, ya estalla ‘‘la aurora de Jesucristo y sus obreros’’. Si la veremos alumbrar para el 4 de septiembre, es preciso, entonces, descubrirse ante quien se anticipó treinta y cuatro años en dejarla señalada.

TRIUNFO DEL POETA ASESINADO

De laya intencional, he demorado hasta hoy mi necesidad de escribir sobre Pablo de Rokha. Me obligó a ello una razón de motivo simple y poderosa entraña, exigiendo mi silencio con irrenunciable imperio. No quise sumarme al apurado coro hipócrita de los que solo lo saludaron y reconocieron su genio una vez que estuvo muerto, asesinado por más de uno de los que vi junto a su ataúd de acero, buena hechura funeral para su propio acero humano, su desgarrado ‘‘Acero de Invierno’’, ya detenido por lo trágico. Así lo dije en un urgido foro del Canal 13, la misma noche del drama. ‘‘El suicidio de Pablo de Rokha es un claro caso de asesinato’’. El poeta fue asesinado por quienes lo persiguieron, lo mordieron, lo calumniaron y lo vilipendiaron durante toda su vida, aplastando en ella sus hocicos de perro con hambre de empequeñecer su grandeza, sin lograr derrotarlo, doblegarlo ni jamás negarle la llama revolucionaria de su poesía, más alta que todas las demás.

Únicamente pudieron mezquinarle lo pecunario, evitarles las imprentas editoras y el crédito acomodaticio y halagueño de los malevosos críticos de salón y pose feminoide, pero no la publicación de sus libros con destino eterno. El poeta ‘‘los parió’’ --que no hay otro término más justo para explicar su hazaña—, con sangre, con angustia, a dentelladas, dando puñetazos, y de esta manera varonil y egregia también los dio a la venta, en una gesta personal, golpeando de puerta en puerta, sobre la larga mensura nacional de Chile, viajando a pie, a caballo, en auto, en tren, en avión o a dedo, de la guisa que fuese, sin sentirse disminuido, cuando le tocó hacerlo en los carros de tercera clase, junto a los rotos nómadas y épicos como él mismo.

Esta existencia dura, manufacturada y organizada por sus asesinos lo hizo con crueles machetazos, sin comparación en nuestro clima literario. Cuando murió su hija Carmelita tuvo que trasladar el cadáver en un tranvía desde el hospital hasta la casa. No había dinero para más. Cuando murió su hijo Tomás llevó el pequeño ataúd al hombro hasta el cementerio, como lo hacen los humildes y los rotos malditos, en los tremendos entierros de los pobres.

De estas materias de fuego y de ceniza fue surgiendo su poesía "parida con dolor", entre dolores, extraída de lo trágico universal del hombre, sin ofrecer un corazón arregladito ni a la moda, para uso de señoritos o señoritas cursis, ni una perfumada esencia de peluquería en su escritura. La poesía genital de Pablo de Rokha trajo siempre a cuestras el drama y la esperanza de su pueblo y de los pueblos del mundo, mostrada con olor y con sudor humanos. Es la única poesía con testículos conocida hasta este instante, la poesía de la revolución permanente, iniciada por un hombre y para el hombre en "Los Gemidos" que aullaron en los años veinte, y proseguida luego sin los alivios de ninguna tregua, comparada por algunos con un volcán, tal como él mismo lo dijo, "sólo para quitarle el cuerpo al fuego". La creación titánica de Pablo de Rokha fue salida de su medialuna y la tragedia total del mundo, pronunciada por ello con un limpio y necesario tono de alud o de huracán. Así cumplió el poeta su destino, combatido y escarnecido, pero no vencido, relampagueando con su poesía hasta el momento de su asesinato en el pantano de nuestra zoocracia donde alborotaba como un huaso de a caballo.

Le dieron el Premio Nacional únicamente cuando ya estaba viejo, y había muerto la dulce Winnett, su Luisita, y él bramaba en su definitiva soledad a la sombra del sepulcro de la esposa. Después vino una harapienta pensión de gracia, delgada de pesos miserables, que no le hurtaban duelo ni quebrantos para fin de mes. Su larga hazaña arrastraba compromisos y el poeta era un hombre con la hombría de pagar sus deudas, fuese como fuese, aun haciéndolo de laya feroz, con un tiro de su carne.

Seguían calumniándolo y hasta ninguneándolo, sin embargo, todos quienes negaron el pundonor de su conducta. Eran los asesinos, ya como husmeando la anticipación de un terrible instante. Sin su hijo Carlos, sin su hijo Pablo, los dos llevados por una muerte en profundidad de drama, el poeta --Macho Anciano--, recibió estremeciéndose estos golpes finales, aceptándose acaso en abandono como un zapato viejo botado en el camino, comprendiendo más que nunca que "era la multitud y estaba solo". Así, de esta laya, tal como lo digo, vio caer sobre él la exigencia bancaria de doce millones porquerientos que no podía encarar con la dignidad que era su costumbre. Pablo de Rokha se mató por eso, no por un cáncer ni una desdicha psiquiátrica como se ha insinuado de manera tan soez, muriendo como un héroe, tal como vivió, cancelando una deuda con su muerte.

Entonces, sólo expreso la verdad cuando afirmo que fue asesinado, imponiendo el deber colectivo de transformar su suicidio en una acusación inabdicable. El viejo héroe rugiente ha ganado de todos modos su mucha batalla. Ahora, todos coinciden en señalar su obra en la cima poética universal de Chile.

Es su triunfo.

Pero yo me sigo viendo con su ausencia como perro en despoblado, brutal y despiadadamente herido por un puño de dos golpes, un arma de dos filos, un fuego de dos llamas, de doble mordedura para clavar su angustia. El poeta era mi amigo.

Nos gustaba vagabundear, comer y beber juntos, para emborracharnos y pelear más de una vez, como lo hacen los hombres verdaderos. Confío en que todo esto nos ocurra de nuevo, cuando a mí también me llamen y entregue el apero y nos encontremos en la nebulosa del Cosmos donde hoy habita, tal como lo espero y lo deseo ahora, puesto a la orilla de su muerte y su victoria.

Raúl Morales Álvarez, en "La Pista de la Noticia". Notas Publicadas en el Diario Clarín De Santiago, entre Noviembre de 1963 y Diciembre de 1968.-

LA MUERTE DEL MALDITO



Frontis de la Universidad de Chile en los primeros años del Siglo XX

NO ESTABA EN SANTIAGO cuando murió Juan Godoy. No asistí, pues, a su velatorio ni a sus funerales. De todos modos, sin embargo, quiero expresar sobre este egregio escritor desaparecido algo que tal vez nadie ha dicho todavía.

Creo que Juan Godoy era un escritor “maldito”.

La maldición le venía del vino endiablado que bebía, convirtiéndolo muy de veras en un demonio-angélico, del que escapaban las buenas gentes malas y hasta peores, las mujeres y los hombres con sus vidas ajustadas al reloj de lo correcto, siempre preocupadas de las conveniencias y del qué dirán. No faltaban en esta como baja marea humana --presumida a contramano de muy alta--, los propios compañeros de su doble oficio, profesores y escritores. Todos se apuraron siempre en coincidir en un mismo juicio de hipócrita cobardía cuando se les preguntaba su opinión sobre Godoy, tal como a mí lo dijeron en más de una ocasión:

--¡Qué inteligente es Juan' ¡Y con que maestría escribe ... ! Es una lástima que se haya perdido por las borracheras. El pobre toma tanto.

La insidia clavaba su aguijón maligno en las últimas frases con sabor alcohólico. Me parece que eso fue lo que maldijo a Juan Godoy. Entonces, de esta necia manera que delato con sus pelos y lanas, le quitaron su cátedra inimitable en el Instituto Nacional y se resignó a ser rector en otra, de menor rango y jerarquía técnica, mientras los premios literarios pasaban a su lado, como si no notasen siquiera su presencia, consagrando a veces, y no de raro en raro, a los consabidos figurones como los pavos reales de la vieja fábula.



Imagen de Juan Godoy, gracias al sitio de cultura nacional Memoria Chilena.-

Lo maldito le negó una jubilación honesta, arrinconándolo un poco en el olvido, sin que nadie se interesase jamás en determinar cuál era la causa que llevaba a Juan Godoy a la bebida, sumiéndolo en los delirios de una ebriedad aceptada sin tapujos, con mucho de heroísmo en el frenesí de su derrumbe. La única persona que quiso hacerlo, descubriendo el íntimo secreto del maldito, fue la dulce “Conejita”, su esposa de amor, no su mujer canonizada por el matrimonio religioso y la ceremonia civil, porque ella también se apartó de Juan Godoy cuando lo vio Maldito.

Pero no la “Conejita”. La Coneja venía de Chiloé, trayendo como si fuese un viento la poderosa poesía de las islas australes y sólo a su lado, entonces, Juan Godoy dejaba lo maldito y aparecía el mago que escribió “Cifra Solitaria”, “Sangre de Murciélagos” y “El Impedido”. Estos tres libros, reunidos con el primero de los suyos -- “Angurrientos”--, autorizaban de sobra a Juan Godoy para que recibiese el Premio Nacional de Literatura. Pero no lo obtuvo. No le dieron, tampoco, ningún Premio Municipal, de mayor ni de menor cuantía. Jamás su nombre figuró en las listas ni en el propósito de los galardones. Esa es, pues, después de todo, la áspera suerte que espera a los malditos.

Así vivió Juan Godoy, y así murió, como quería hacerlo, en brazos de su “Conejita”, dejándole el orgullo de su obra. Al filo de ella, a la vista de todos, Juan Godoy se revela como el más excelente escritor de su generación, el mejor de los mejores, sin ninguna duda, en el manejo del idioma y del estilo, el hechizo verbal donde Juan Godoy continúa existiendo, en el goce de una completa vida eterna.

Raúl Morales Álvarez, Últimas Noticias, Enero de 1981.-

LOS GRANDES OLVIDADOS



‘Creo que el estudio de costumbres de Daniel Barros Grez --‘La Chingana’--, es como un espejo inimitable que devuelve la imagen de la vida chilena de otro tiempo’.

ME DUELE LA AUSENCIA de bastantes escritores nacionales en el programa cultural --‘Historias de Mi Tierra’-- dinamizado por el Canal 7 con encomiable afán. No pretendo en absoluto, desde luego, menospreciar a los creadores que fueron elegidos para la acción televisiva. Me parece que todos salen mercedores de este galardón, sin hacerles reparo a ninguno. Pero ello no quita, sin embargo, que la nómina se vea lisiada en más de una medida.

Allí, después de todo, falta más de alguno de los buenos exponentes de nuestra narrativa, tal vez expresados en conjunto como lo mejor de lo mejor, y voy a señalar solo a tres para dar la muestra consabida y demostrarlo. No se ha tomado en cuenta para nada a Daniel Barros Grez, a Arturo Givovich ni a Antonio Acevedo Hernández.



‘El admirable cuento de Arturo Givovich, ‘El Valdiviano’, confirma que los autores chilenos y sus obras sean algo lamentablemente ignorados por la más copiosa mayoría de chilenos’, según el autor.

Creo que el estudio de costumbres de Daniel Barros Grez --‘La Chingana’--, es como un espejo inimitable que devuelve la imagen de la vida chilena de otro tiempo. Lo es de la misma manera el admirable cuento de Arturo Givovich, ‘El Valdiviano’, aun aceptando que los autores y sus obras sean algo lamentablemente ignorados por la más copiosa mayoría de chilenos.

Por eso yo los llamo los grandes olvidados junto a Antonio Acevedo Hernández, pero estableciendo todavía a este último en un distinto rango aparte.

Digo entonces que las veinticuatro obras de Acevedo Hernández, publicadas en un tránsito de 36 años, de 1917 a 1953, lo precisan como el escritor que acaso caló con mayor hondura en la emotiva entraña popular del país y de su gente, esto es, expresándolo con leal honestidad, en las ‘Historias de Mi Tierra’”. No debería, pues, habersele omitido de ellas. Yo no me conformo al menos con su exilio, injusto por donde se le juzgue.

Sherlock Holmes (Raúl Morales Álvarez) en Las Últimas Noticias, 1981.-

LA TRAGICA NOVIA DEL POETA EBRIO



“La esposa frustrada escapó de su drama, refugiándose en la magia romántica de un circo nómada, bajo cuya carpa errante conoce al verdadero amor, el amor de piel a piel que le brinda un arrogante atleta de las pistas viajeras”.

NO HE LEIDO AUN la novela de Virginia Vidal, fachosa ganadora del Premio de Literatura, María Luisa Bombal, correspondiente a 1989. En cambio, como soy muy viejo, puedo asegurar que conocí con respiración y sueño a los personajes claves que habitan en el libro, presentados en un reciente comentario de “Las Últimas Noticias” como un novio atormentado, y una esposa frustrada que escapa de su drama, refugiándose en la magia romántica de un circo nómada, bajo cuya carpa errante conoce al verdadero amor, el amor de piel a piel que le brinda un arrogante atleta de las pistas viajeras, donde hace también de clown o de payaso.



Voy a decir, entonces, quienes fueron realmente el novio torturado y la esposa que fue virgen después del matrimonio, flagelada de terrible modo por la castidad conyugal que rechazaba su ardiente juventud.

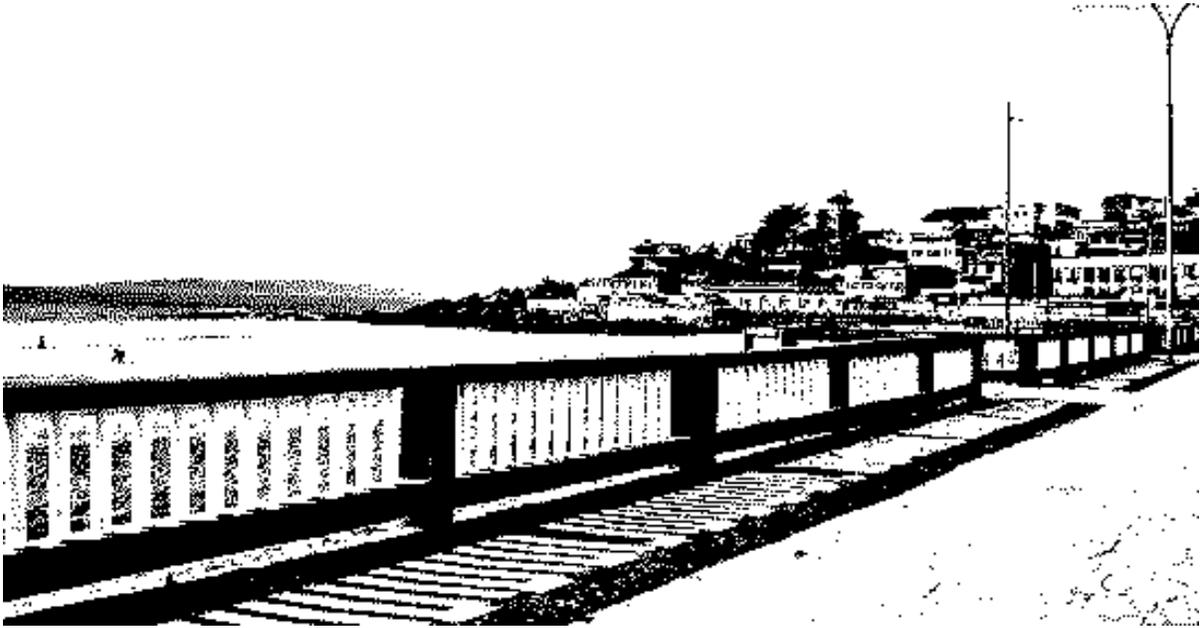
Ese novio sombrío, sometido a la tiranía de una perenne borrachera, fue el poeta Pedro Antonio Gonzalez. Su niña de amor era Ema Rosa Contador Sotta. Se casaron el 13 de octubre de 1896, cuando ella balbuceaba apenas sus 14 años y era, pues, una chiquilla de calcetines cortos, todavía en la edad de las muñecas, de los cuentos azules y el Pimpín Serafín. El poeta, en cambio, lucía 33 años pasados de la raya. ¿Cómo fue posible este romance, de veras inaudito, entre un hombre maduro y una mocosuela? La respuesta es cruel. "Porque la madre de la novia fue primero la amante del poeta". Margarita Sotta tuvo una residencial en los linderos finales de la calle Huérfanos, como ayuda de su viudez, y aceptó en ella como pensionista a Pedro Antonio Gonzalez. De esta manera, sin asombros, los unió una pasión de gran temperatura cuando ya Margarita entraba a una larga agonía como cancerosa. En la hora de su muerte, en presencia de su hija, le arrancó al poeta una promesa muy a tono con la época. "Cásate con mi niña --le dijo--. Júrame que te casarás con Ema".

Por eso se casaron, acaso realmente enamorados. Pero el fantasma de la madre les penó desde el mismo instante de su compromiso matrimonial, ante la Ley, y lo demás lo hizo el demonio que habita en las botellas, negándoles la luna de miel y sumiendo al poeta en el delirio de una borrachera desesperada. La embriaguez le duró hasta el 3 de octubre de 1903, cuando murió. Ema ya había dejado de ser su esposa. **Era ahora "la muchacha del circo", aquella que por una moneda le daba al público, vestida de lentejuelas, "un poco de humilde belleza, /un poco de tibia emoción"**. Fue allí donde un héroe circense, el famoso Tony Maturana, formó con ella una pareja de amor y de atracción profesional solo rota cuando la muerte se llevó a Ema. En 1928, bebiendo un vino amargo donde naufragaban los recuerdos, el propio Maturana me confió los detalles de su trágico romance con la novia del poeta.

Raúl Morales Álvarez, en Las Últimas Noticias, 1989.-

CAPITULO IV

COSAS DE MI COSTA



La presencia del mar, siempre el mar, Padre de las Cosas, y sobre todo el Balneario Popular del Valle Central de Chile --que es Cartagena—también provocó en Raúl Morales Álvarez una voraz y genial estampida de notas literarias, y periodísticas. Aquí algunos ejemplos.

Año Nuevo, Vida Nueva



“Parecía que solo en el hospital hubiesen degollado a las flores y a los pájaros. Desde muy cerca llegaban los rumores de la ciudad en fiesta. Pero aquí estaban sólo los murmullos de la miseria humana, cuando muere en las dolencias de la carne; entonces añoré el mar, la ventana azul del mar, el mar verde, negro y genital que había dejado en Cartagena, lleno de vida, con su alfabeto de robustas olas movidas por el viento. De manera muy curiosa, esta visión del mar comenzó a curarme mejor que los remedios. Ya me sentía otro, aun antes de poder entenderlo”.

AÑO CHE, 1963 amaneció en su nuevo calendario de año debutante. Desde mucho antes, algo impreciso, vago, sin ninguna forma, pero muy firme, sin embargo, dentro de cada uno de nosotros se puso a morir en el hospital José Joaquín Aguirre. ¿Qué era? Yo os puedo decir ahora que no se trataba del llanto, exactamente, pese a los muchos que lloraban, sin rubores en mostrar sus lágrimas. Ni era, tampoco, ese temor a morir --con una muerte total, ordenada en espantos— que se ciñe a la desolación de los enfermos cuando todo es ruido, risa y alboroto en cada sitio, menos en ese donde ellos domicilian sus angustias.

Me parece, por eso, que lo que moría en ese instante --con un año que venía y otro que se iba— era más bien un poco el amor enamorado de la vida.

Botados en los lechos, como cadáveres capaces de pensar, de moverse o de comer, todavía la aventura del amor nos circulaba por la sangre, animándonos la mano para acariciar fantasmas y la palabra para conversar a solas, en desventura, con nosotros mismos. Yo pensé, por ejemplo, en mi mujer, en los

chiquillos, en mis padres, en los amigos, y hasta en la irreverencia conyugal de los amores y amoríos con que voy inaugurando nuevos brotes en el árbol siempre verde.

¿Qué sería de esa buenamoza Negra de San Antonio, por Barrancas, la última en provocarle celos a mi esposa? ¿Y qué estaría haciendo ella misma en este mismo fugaz momento que pasaba? Les había dicho a todos que no viniesen, que me dejaran solo, que no quería ver a nadie. Pero ahí me teníais de nuevo encendiendo a todo fuego mis hogueras, con una ansiedad de amor puesta en el cuerpo, buscando ternuras y tálamos, sin hallar nada más que mi tremenda soledad de enfermo, destrozado por un fatal conocimiento.

Recién ahora sabía que desde mí hasta el amor que necesitaba para el año nuevo había una distancia hecha de total desdicha. Puede parecer absurdo lo que os digo. Pero aquel que no lo comprenda bien, o solo a medias, debe venir al hospital y preguntar por mi alma. Estoy seguro de que algo de ella murió anoche, definitivamente, mientras venía el año nuevo.

TODO CAMBIÓ en la noche misma, aun más cruelmente. Parecía que solo en el hospital hubiesen degollado a las flores y a los pájaros. Desde muy cerca, y a la vez muy lejos, llegaban los rumores de la ciudad en fiesta. Pero aquí estaban únicamente los murmullos que tiene la miseria humana, cuando esta muerde en las dolencias de la carne. Los enfermos se quejaban, con un goce casi feroz al hacerlo, y oyéndolos, sentí también, por primera vez, ese olor a hospital --el olor de la desesperación y la impotencia— saliendo desde cada pieza para colarse en la mía como un maligno duende, cuya presencia era invisible y tangible al mismo tiempo.

Entonces añoré el mar, la ventana azul del mar, el mar verde, negro y genital que había dejado en Cartagena, lleno de vida, con su alfabeto de robustas olas movidas por el viento. De manera muy curiosa, en ese mismo instante, abrazada a mi martirio, esta visión del mar comenzó a curarme mejor que todos los remedios. Ya me sentía otro, aun antes de poder entenderlo. Me lo dije, por eso, sonriéndome en las sombras, con el rostro hundido en las almohadas:

--Año nuevo, vida nueva.

Voy ahora al encuentro de esa vida, arriero de una extraña luz, baqueano de un camino donde no puedo equivocarme ... No se había, pues, equivocado el doctor Soto Rengifo cuando me lo profetizó:

--Vas a salir del hospital como un recién nacido...

Así será, sin ninguna duda.

Escritos de los años sesenta, en El Clarin de Santiago.-

Visita a la Vieja Dama



‘La Vieja Dama vive en Cartagena, su reinado estuvo en el París intelectual y bohemio de la buena época, donde conoció a ese príncipe que embrujó su vida y el destino con un verdadero amor, como la del poeta chileno Francisco Contreras, muerto en París de Francia en 1933’.

Playa Chica de Cartagena en www.thisischile.com

EN LA CERCANA VECINDAD DE CARTAGENA, por El Turco --que es más el desparramado caserío de una hacienda que un poblacho--, reside la vieja dama. Su tránsito humano cumplirá 68 años --que no son pocos—para el 6 de julio, estableciendo una edad que también puede contarse por las alegres arrugas de su rostro. La vieja dama, en cambio, tiene las manos mágicamente bellas y juveniles todavía, y algo muy pariente sucede con sus ojos. Los luce grises, llenos de chispas doradas y verdes. Junto a ellos, alargándose junto a las sienes, el tiempo puso su marca implacable, en forma de patas de gallo, donde habita el temido fantasma que más les pena a las mujeres. Pero no a la vieja dama.



‘En Cartagena, por El Turco, reside la Vieja Dama. Cumplirá 68 años, que cuentan las alegres arrugas de su rostro. Pero La Vieja Dama, en cambio, tiene las manos mágicamente bellas y juveniles todavía; sus ojos, que luce grises, llenos de chispas doradas y verdes, brillan en la gran temperatura de otros días, cuando la gente decía que ella era una niña con el Destino de ser Reina.’. (recreación en google.cl)

En sus ojos aun brilla la gran temperatura de otros días, cuando la gente decía que ella era una niña con el destino de ser reina. No anduvo en absoluto muy descaminado el vaticinio. La vieja dama fue una reina verdadera. Su reinado estuvo en el París intelectual y bohemio de la buena época, antes de la Primera Guerra Grande, cuando aún no se descuidaba, como sucede ahora, la suprema elegancia del gesto y la conducta.

Fue allí donde conoció también a ese como otro príncipe que le embrujó la ida y el destino con un verdadero y preferido amor, nunca puesto por ella en los olvidos. La vieja dama se llama Marie André Jeanne Alphonse. Es la viuda del poeta chileno Francisco Contreras, muerto en París de Francia por el mes de mayo, un día 5, en 1933.

La vieja dama habita en Chile desde ese año, formando ya treinta los de su buena permanencia entre nosotros. Fotografías del poeta abundan por todos los rincones de su casa campesina. Cada vez que coge algunas, la vieja dama lo hace con una cuidada delicadeza. En la actitud, como si aún pudiera acariciar el querido rostro ausente: “Soy una francesa que ahora tiene su Patria en Chile”, dice: “Voy a morir aquí, en esta tierra, la tierra de Francisco, que ya es también la mía”.

BASTA ENTONCES el simple conjuro del nombre del poeta para que el sortilegio quede establecido. Ya hay un estribo para que el recuerdo vaya afirmando su movedizo pie. “¿Dónde conoció la vieja dama a Francisco Contreras? ¿Cómo se hilvanó el romance que los unió después como marido y mujer? ¿Y cómo era el esposo en su genio y su figura?”.

La vieja dama se rió con la nerviosa alegría de una nieta en su rostro de abuela:

--“¡Oh! --precisa--. Menos averigua Dios y perdona. Fue en 1913, antes de la guerra, en aquel viejo café de París, la ‘Closierie de Lilas’, en Montparnarse. Yo era entonces una pintora adolescente, de 18 años. Como todos los artistas, acudía a la ‘Closierie’ aferrada por algo como un imán sutil que atraía y no soltaba. Era interesante, muy de veras, la gente que compartía el vino, la ambición y el sueño en nuestras mesas. Era allí donde tenía su peña Paul le Fort. Allí donde conocí a Miguel de Unamuno, a Papini, a Rachilde, a Remy de Gourmont, y a un revolucionario italiano, demasiado pálido, con el mentón muy voluntarioso, que se llamaba Benito Mussolini. ¡Y a tantos otros, ya famosos, o que después llegaron a la fama, como esos dos rusos de extraños y de distintos rostros, pero con una misma brasa ardiente alumbrando en su mirada! Uno era Vladimir Ilich, Lenin. El otro, León Trostky”.

“Fue allí donde, cierta tarde, Rubén Darío y Rufino Blanco Fombona llegaron a nuestra mesa con Francisco Contreras. Todavía recuerdo cómo me impresionaron sus grandes ojos, sus hermosas manos, su poblado bigote varonil. Era muy elegante. Usaba siempre un bastón, con redonda empuñadura de plata, que aún conservo entre sus cosas. Así lo conocí. Yo tenía entonces, ya lo he dicho, 18 años. Francisco, justamente el doble. Así, también, de esta manera, comenzó nuestro romance. Tuvimos un largo pololeo. Duró diez años. Nos casamos el 3 de julio de 1933, en París. Por aquí debo tener mi Libreta de Matrimonio... ¡‘viola, monsieur!’”.

Los ojos sonríen. Pero la mano tiembla cuando alarga el precioso documento. Allí se custodia su dicha y su martirio. En una hoja esta la fecha de sus nupcias. En otra, la de su viudez. Cuando las dos asoman, la vieja dama parece envejecer aún más en un instante.

Texto escrito por Raúl Morales Álvarez, en el Atún de Cartagena, hacia 1962.-

VIENEN LOS ESPIRITUS



‘En Cartagena, donde reside ahora, Jeannette de Joseph --y su amiga, Margot de Proeschle— aceptaron su destino estupefacto, el de conversar con los Muertos: con Manuel Rodríguez --el Guerrillero ‘que de todas partes viene’--, y con el Capitán Nuño, el marino que anunció el sismo de 1906 en Valparaíso’. Imagen de “La Iglesia Maldita” en www.urbatorivm.blogspot.com

TODO ESTA TRAZADO A ESCUADRA, sombra y terciopelo en el permanente misterio que rodea la peripecia humana de vivir y de morir. ¿Pero se muere, realmente, una vez que el ser ya no cambia de posición sobre la tierra? Hay una plural entrega de asombros dando la respuesta. Los espíritus de quienes ya se fueron descienden a veces por la escala nebulosa del cosmos donde habitan, para visitar a los que aún están en tránsito por el amor o el odio. El caso de Jaime Galté, por ejemplo, puede servir para sacar la pauta y la medida de estas cosas. Galté es abogado. Funcionario de la Contraloría General de la Republica. He aquí, sin embargo, que en algunas ocasiones cierta como Lanza de Longino se le clava en el costado. Es cuando lo habita el espíritu de un médico famoso, el alma o el ánimo de un sabio, separado de este fugaz presente por una absoluta y total distancia de tiempo y de espacio. El médico murió hace muchos años. Y era europeo. Pero cuando viene hasta Galté por la cifra de lo que es inexplicable, pero cierto, el abogado de la Contraloría se convierte en ese médico. Diagnostica. Receta. Cura a los enfermos. Y hasta firma como firmaba el muerto, con su propia letra.

Yo también he sentido tañer esta campana. En la casa de Aníbal Mena Larraín, en la quieta calle Corvalán Melgarejo, que se abre por Alameda arriba, Jeannette de Joseph despoblaba el tiempo cada vez que ‘veía’ al abuelo de los Mena Larraín. Hacía muchos años que la muerte se lo había llevado.

Jamás lo conoció Jeannette. Pero de todos modos lo veía. El abuelo se le aparecía, vestido con la esclavina romántica que se usaba en otra época, tocado por el solemne sombrero que acostumbró a llevar. Fue de esta manera de dardo, relámpago y de piedra, como Jeannette comenzó a mostrar --y a comprender, aceptando el timón de un misterio estupefacto-- el exclusivo sortilegio de un destino. Su destino. El de Jeannette es el de conversar con los espíritus, como en un nuevo apocalipsis hecho para distribuir bondades y no espantos.

Soy un buen testigo de estos sucesos. La he visto prodigarse en esta como gracia inmensa que no tiene solución posible. En Cartagena, donde reside ahora, Jeannette de Joseph y su amiga, Margot de Proeschle --nuera del profesor que le enseñó matemáticas a todo Chile—han conversado con Manuel Rodríguez --el Guerrillero “que de todas partes viene”--, con el Capitán Nuño --el marino que anunció el sismo en 1906 en Valparaíso-- , con el padre de la Ivonne Montero, con más de algún suicida caído en charco y barro, pero que regresó de esta laya de la muerte para descifrar ante los suyos el enigma ensangrentado de su gesto.

“Maitre” Pierre --el famoso médico francés-- es uno de los amigos preferidos de Jeannette en esta cita de ella con el Cosmos. Obsequioso, lleno de tacto, muy gentilhomme, “maitre” Pierre siempre tiene algo que ofrecer para aliviar a los demás. Yéndose, incluso, más cerca de cualquier recuerdo, Jeannette llamó la otra noche al espíritu de un aviador desaparecido --el “cabro” Salamanca Parada--, caído en Concepción. Le preguntaron por la suerte del LAN que voló hacia el drama. Su respuesta precisa, dada una semana antes, ha coincidido perfectamente con la verdad que solo se sabe ahora... pero Salamanca tenía todavía otro mensaje que entregar. --“Díganle a la Chela, mi mujer --dijo--, que la felicito por decidir cambiarse”. En ese mismo instante --cosa que solo se notició después-- su viuda había resuelto dejar Concepción para domiciliarse en Santiago.

¿Qué fuerte luz, entonces, arde en estas lámparas que Jeannette enciende en Cartagena? Traspasado de vacilaciones y de dudas, siempre con el hambre de negarlo todo, yo quise hablar a través de ella con mi padre. No creía aun en nada. Pero cuando la mano de Jeannette firmó de la misma manera como lo hacía el viejo Comandante --“Padre Mío, Capitán de Navío, ¿Dónde estás?”-- sentí la emoción azul de estar de nuevo escuchando su voz, viendo su presencia, recibiendo un ejemplo del que más de una vez he abdicado tontamente, de acuerdo a mi débil condición humana.

Desde entonces habita en mí algo como un delirio, algo como el estremecimiento de quien --viviendo-- ha podido, sin embargo, tocar las cenizas de su propia muerte.

Simbad el Marino, en Revista Zig Zag, 1959.-

EL CRISTO POBRE



“El estómago patronal de los de Arriba –Pipiolo o Pelucón--, no acude a postrarse ante el torrante Cristo Pobre. Pero el pueblo sí, y lo sabe de tal modo hecho a su imagen y semejanza que lo hace participar en un Olimpo menos austero y más humano, donde Dios, la Virgen y los Santos, bailan cuecas, tocan la guitarra y se mandan al cuerpo los necesarios tragos del estribo. El Cristo de los ricos abunda en inciensos y en coros gregorianos; pero únicamente para el Cristo Pobre cantan los ‘puetas’ populares”. (Fotografía del Cristo Popular de Chile en www.identidadyfuturo.cl)

SEGÚN ALDOUS HUXLEY, Dios es una hipótesis innecesaria en los actuales días. Pero esta interpretación filosófica del misterio que más porfiadamente atrapa y sostiene a la familia humana no gana todavía al sencillo corazón de los humildes. El planteamiento de Huxley es una desafiante artesanía de exclusivo uso intelectual, alejada por esta misma credencial, algo pedantesca, de la comprensión del pueblo. Propenso y fiel a su propia oniromancia, donde acumula el desborde esperanzado y pasional de sus muchos sueños, el pueblo continúa creyendo en la existencia del Buen Dios. En más de una medida, sin embargo, el Dios del Pueblo no tiene nada que ver con el que reverencian los elegidos y los poderosos. No es un Dios-Gerente, un Dios-Policía, ni un Dios Apatronado. Anticipándose a Huxley, pero de manera más clara que el inglés, el chileno Juan Guillermo Guerra --el famoso “Patán Guerra”--, protestaba en sus inimitables clases en la Escuela de Derecho de la U. que “Dios no había creado al hombre a su imagen y su semejanza. Era el hombre, en cambio, quien había creado a Dios, dándole su imagen, volcándolo en su semejanza”. El Dios del pueblo parece confirmar lo defendido por el ateísmo fulgurante del “Patán Guerra”. Tan a su imagen y semejanza lo han creado los humildes, que su Dios, a veces, también anda hasta a tambembe pelado, lo mismo que ellos, sufriendo perrerías y miserias. Es lo que explica, entre otras cosas, el arraigo capital y poderoso que tiene en el pueblo el culto del Cristo Rey.

ESTE CRISTO no es el Cristo de los ricos. Por eso, como carece de ropas en su total desnudez de pobre, no desdeña tampoco, el ritmo aventurero de una andanza a lo callampa. Suele, por ejemplo, no tener iglesias con techos y paredes. Sus misas se celebran en cualquier parte, a todo aire, con altares donde el Cáliz que custodia a la Hostia es lo único que vale. Es el Cristo de las ‘malas pécoras’ y de los ‘rotos malditos’ que pisan la vida con una desamparada ojota.

El estómago patronal de los de arriba --pipiolo, pelucón y hasta ‘radicaliento’ ahora--, no acude a postrarse ante el torrante Cristo Pobre. Pero el pueblo sí. Lo sabe de tal modo hecho a su imagen y semejanza que lo hace participar sin ningún empacho en la sandunga, en un Olimpo menos austero y más humano, donde también Dios, la Virgen y los Santos, bailan cuecas, tocan la guitarra o se mandan al cuerpo los necesarios tragos del estribo. El Cristo de los ricos abunda en inciensos y en los coros gregorianos; pero únicamente para el Cristo Pobre cantan los ‘puetas’ populares:

**Dio el Primer Son la Vihuela
Tocando la Sanjuniana
Cuando Viene Santa Ana
Bailándose una Cueca
Entonces Santa Fidela
Preparó el Ponche en Damajuana**

La reverencia verbal de los cantores hace rasguitar la guitarra a la Virgen del Carmelo, para que Santa Rebeca baile con San Jeremías, mientras Dios Padre duerme su siesta celestial, algo puestón. Es decir, el pueblo ha trasladado una perfecta imitación de la vida hasta lo religioso, aceptando en su rebelde fatalismo que el verdadero infierno sea éste, donde esta penando en vida, con el Cristo Pobre. La propia voz del pueblo establece que el Cristo Pobre va con la guatita al aire y el tambembe al viento. Huxley se ve así derrotado en la fe de los humildes, leal a un Dios creado con el mismo material de su desdicha.

Sherlock Holmes (Raúl Morales Álvarez) en Google/Urbatorivm.-

ADIÓS AL ANGELITO



Religiosidad Popular en Cartagena. En la imagen, La Virgen de los Suspiros, entre Playa Chica y Playa Grande de Cartagena. A la izquierda, retrato de la muerte de un angelito, rescatado por www.memoriachilena.cl.

LA MUJERUCA QUE VIENE hacernos el aseo apareció el otro día con la angustia asomada a su rostro, hosco y feo de ser acostumbrado a todas las desdichas. Pero no lloraba. Tal vez ni siquiera el alivio de una lágrima le estaba permitido en su azar de desventuras. Su llanto surgía, sin embargo, verdaderamente y aun sin necesidad de lagrimeos, en su voz áspera y profunda, sin ninguna duda un poco licoreada en ese instante. Nos habló con un acento que parecía hundido en las penurias, torciendo y retorciendo las puntas del delantal entre las nerviosas manos. Se le había muerto el angelito --nos dijo--, y la causa estuvo constituida por los muchos empachos que sufrió para Pascua y Año Nuevo, donde le dieron de todo, hasta ponche y empanadas, hasta que se le fue reventar la hiel al pobrecito. Eso, entonces, había asesinado al niño. Era la suerte de los pobres. De doce hijos que había echado al mundo, sólo le quedaban cuatro sobrevivientes a la madre, prematuramente envejecida, que ya estaba esperando otro para luego. Tocándose la deformidad del vientre con sus dedos crispados y torpes, nos lo decía ahora ruborizándose un poco con el atisbo de una lejana juventud, chispeando en sus pupilas, como una luz oscura:

--Me lo paso en eso no más, sacando críos de a uno por año, porque el hombre no me deja tranquila, yo le doy en el gusto, y una no puede regalarse el lujo de los ricos, que solo se contentan con un hijo, evitando todos los demás. Usted ya sabe, patroncita, lo que me pasa. En doce años de matrimonio también me nacieron doce chiquillos sin ninguna marraqueta bajo el brazo. Dios me ha llevado a ocho, dejándome a cuatro diablos a los que ya no les entran balas en el cuerpo. Esos no se me morirán como los otros. Pero yo no venía solamente a esto, patroncita. ¡El angelito era tan bonito! Y si usted y su esposo quisieran acompañarnos al velorio...

FUIMOS. NOS HABÍAN DICHO que la casa estaba en tal parte de Cartagena. Pero eso donde llegamos no era una casa. Tenía una quinchita de coligue por un lado, y los otros tres muros se formaban con una extraña mezcla de tablas, gangochos y tarros parafineros, con un techo afirmado con piedras por encima, para que no se lo llevase el viento. Una sola pieza, también con una sola cama --un tremendo lecho para seis, para que se amasen los padres y naciesen y muriesen los chiquillos--, fue todo lo demás que vi, y sentí, entonces, que el corazón se me volvía furiosamente sombrío de improviso, lleno de enconada rabia por una sociedad que acepta que esto suceda todavía en Chile (*). Allí estaba el angelito, muy compuesto, vestido de blanco, sentado como un muñeco en una silla de paja, lleno de cintas y colgajos. Parecía un Niño-Dios con su cara y sus labios morados, rodeado por un cerco hosco y silencioso de amigos, parientes y comadres. Circulaban de mano en mano los vasos de ‘glorio’, y apenas se bebió uno ante mi asombro, no llevándole el apunte a la débil austeridad de mis protestas, como si ya estuviese algo puestón, el truhan de Sherlock Holmes rompió a cantar con la picaresca voz de bajo que posee:

--Que glorioso el Angelito que esta sentado en alto. Téngalo bien sujetito, ¡no vaya a dar el salto...!

Entonces se sonrieron los rostros adustos y enemigos, y comprendí, viéndolos, que eso era precisamente lo que querían todos. Traer las irreverentes alegrías de la vida a la vera de las mismas solemnidades de la muerte. Por eso se contaron chistes y se dijeron tallas, sin olvidarse del trago ni del comistrajo. De esta manera pasamos la noche. Al alba, cuando clareaba por un sol muy tímido y la madrugada comenzó a bajar a saltos hacia el mar, pusieron al angelito en un ataúd de pino bruto, sin labrar, pintado de blanco a la carrera, y se emprendió la andanza al cementerio, un poco a tropezones, haciendo aros a lo largo del camino, llevando la pequeña urna al hombro. Sherlock Holmes insistió en ser uno de los portadores que se turnaban para ello. Sobre sus anchas espaldas, el ataúd se veía muy enano. Pero más de una vez me pareció que se doblegaba bajo la leve carga, como si lo aplastase algún invisible peso inexorable. Era, me parece, la angustia de este entierro de los pobres la que se echaba al hombro. Yo también la sentí, haciéndome pedazos, en el Adiós dado al Angelito.

La Huasa (Raúl Morales Álvarez), Cartagena, 1961.-

(*) La frase describe el pensamiento social y la ideología del autor, en cuanto a la permanente contradicción político-filosófica (como vaivén existencial, posiblemente, o reflejo de su ‘débil condición humana’, en sus propias palabras) en la búsqueda permanente de una certeza válida de encontrar respecto a qué mejor sistema de gobierno serviría para desarrollar las condiciones materiales y espirituales de los pobladores chilenos, a quienes, debido a su ferviente nacionalismo, consideraba como ‘sus heroicos y verdaderos hermanos, sangre de mi sangre’, a pesar de su niñez y tránsito humano en sectores de élite. Socialista en su juventud, su investigación sobre Historia Contemporánea en su fiel máquina de escribir lo convertirían finalmente en un cronista liberal, tras la renovación ideológica de los años ochenta.

Réquiem y De Profundis Para un Marinero



“A medio camino entre Cartagena y San Antonio, el viejo Rolando Petersen extraía esta curiosa miel exquisita, hecha de Cochayuyos...”. Recreación en www.pichiulemu.cl

I VOLVAMOS AL MAR, PADRE DE LAS COSAS

¿CREE USTED POSIBLE obtener miel del cochayuyo? En su parcela de mar, bautizada de modo elocuente como “Agua Salada”, a medio camino entre Cartagena y San Antonio, el viejo Rolando Petersen extraía esta curiosa miel exquisita, cuyo secreto él no se lo confió a nadie. De la misma manera, misterioso como un alquimista del medioevo, actuando en pleno siglo xx, ofrecía un té de luche, un bajativo de algas que no nombraba y la maravilla de un platazo donde se confundían los sabores que el más antiguo y venerable Padre de las Cosas --el mar— guarda en la maravilla de su húmedo dominio salado, de un gusto diferente uno de otro, para el goce digestivo sólo de aquellos que hayan sido fieles devotos de su culto gastronómico. Petersen era uno de ellos, tal vez el único que podía mostrar Chile en esos días, hace más de medio siglo. Después el demonio de la politiquería metió su maligna cola en el asunto y todo se fue a misma miéctica. Le quitaron a Petersen su parcela marina, afirmando que no tenía derecho alguno a beneficiarse con la explotación de un litoral al que había llegado de intruso, sin la venia del Estado, ni pedirle permiso a nadie.

De esta simple manera, de la noche a la mañana, murió “Agua Salada”, tal como murió luego el propio Petersen, dolido de nada que no fuese su cruel desengaño. Todavía, sin embargo, debe haber en la Costa de Cartagena, hacia el sur, gente que lo recuerde. Los veteranos pescadores que habitaron en su zona de cavernas fueron sus amigos predilectos. Petersen, desde luego, aparecía ante ellos nimbado de asombros, como si fuese un mago capaz de sacar prodigios de su sombrero. Eso fue para mí, al menos, el viejo Petersen.

Un poco de soslayo, en la distancia, me sonrío entonces la nostalgia de las algas orientales que conocí en Japón. Setenta clases de algas diferentes aparecen en el consumo habitual del habitante japonés. Una sabia mezcla de algas rojas con algas pardas da nacimiento a la sabrosa maravilla que allá conocen con el nombre de “Kombú”, que no es cualquier cosa a la que se pueda mirar en menos. Sólo con el “Kombú” es dable preparar un ágape al gusto de occidente, esto es, pertrechado de entrada, sopa y un guiso final asado o estofado, más el postre y los correspondientes aperitivos y bajativos para la satisfacción de comer bien, con la guatita llena y el corazón contento. Siempre he creído que en la magia gastronómica del “Kombú” figuran el luche y el cochayuyo en la primera línea de fuego. Por otra parte: ¿por qué los japoneses extraen del mar setenta tipos distintos de algas nutritivas? ¿Por qué los chilenos nos contentamos sólo con tres apenas, el luche, el cochayuyo y el ulte, que es una especie de cochayuyo juvenil? Nadie ha contestado todavía la pregunta. Acaso el viejo Petersen ya estaba en la pista de la respuesta exacta.

Pienso en ello leyendo el libro de un científico de excepción, Sergio Teitelboin, autor de “Chile y la Soberanía del Mar”. Allí se demuestra que *“de una hectárea de tierra, en el mejor de los casos y después de un largo ciclo, se obtienen hasta cuatro toneladas de granos. De una hectárea de mar, en cambio, se pueden cosechar hasta 100 toneladas de plancton. Toda la población del mundo podría ser alimentada con la explotación de hectáreas marinas, 70 veces inferior a la superficie de Chile continental”*.

II PRODIGIO MARINO

EN LOS DIAS DE VERANO SANGUINARIO, ardiendo con el sol rojo en su calor inmóvil, me agrada irme a reposar a la sombra de las más frescas praderas al alcance del anhelo humano.

Son los Campos del Mar, los vastos potreros sumergidos, donde también llega el sol, ya sin causarles agobios ni molestias a nadie. El viejo cara e’gallo sólo hunde en el mar su dorado sexo innumerable para fecundar la vegetación que crepita bajo el agua, con una presencia plural de algas unicelulares, las “diatemas”, microscópicas en sus genios y figuras.

Así se forma lo que se llama “fitoplancton”, en el pedantesco lenguaje científico, una palabreja que viene del griego y significa “plantación errante”, y eso es la admirable pradera submarina, cuya producción anual de alimentos se calcula en **¡mil cuatrocientas toneladas de elementos nutritivos por kilómetros cuadrado!**

Ninguna explotación agrícola terrestre puede comparar su fertilidad con la ofrecida por los potreros sumergidos.

El hecho establece una verdad desconcertante, precisando que **todavía no sabemos trabajar al mar**. Sólo le hemos enviado pescadores a través de los milenios, señalando que recién ha comenzado la búsqueda petrolera. Pero aun no comprendemos que lo que hace más falta es la creación de un **“campesinado del mar”**, capacitado para domar y tener al servicio de la familia humana las reservas vitales del prodigio submarino. Es necesario saber para entender bien y sin errores lo que señalo, que en nada más que un litro cúbico de agua salada hay ocho mil millones de diatomas y mil trescientos huevos de peces, presencias vivas capaces de convertirse en alimentos, y el ejemplo puede ofrecerse aun de manera más elocuente. En 200 kilómetros cuadrados de pradera sumergida, una mensura que se encuentra hasta decir de sobra en el hondor de cualquier caleta y bahía de Chile, abultan hasta 160 millones de huevos de peces y 117 millones de larvas de mariscos. No es, pues, una vana quimera el decir que asegura que el mar litoral de Chile --solo el que se pega a su costa, no su mar territorial ni patrimonial--, podría alimentar sin problemas a toda la humanidad.

El mar es nuestra **“gran nodriza”**, según el gráfico decir coincidente de dos famosos investigadores oceánicos: Cousteau y Maury. Es, pues, el anfitrión benévolo de todos los fenómenos vitales que se precisan bajo el agua. Pero allí los seres no están diseminados al azar. Leyes rigurosas los apartan, los multiplican o los eliminan. El mar sólo es uniforme para el corto ojo terrestre. Lo cierto, sin embargo, es que está compuesto por países mucho más diversos de los que conocemos sobre el suelo. Ese será el ámbito de trabajo del futuro campesinado del mar.

No quisiera morirme sin ver explotar las vastas praderas sumergidas de la misma manera que un labrantío agropecuario, cultivando las especies vegetales y apacentando y domesticando los peces y mariscos tal como si fuesen rebaños. Entonces, cuando ello ocurra, ya no le penará al mundo el fantasma del hambre que hoy ronda de modo tan cruel y tan tenaz.

III LAS ALGAS MÁGICAS

¿SABE USTED qué diablos es la “algología”? Se trata, desde luego, del perfecto conocimiento de las algas, esto es, de una ciencia exacta que todavía no tiene suerte en Chile. Los algólogos chilenos pueden contarse con los dedos de la mano, sin asombros, cosa que explica --en un nivel más humilde--, que los que viven en nuestro medio de la recolección de algas pertenezcan siempre al más castigado pobrerío, resignados a que su labor se parezca en más de una medida a la faena de los que hurgan en los basurales tras la búsqueda de un cachivabache para el cachureo. Hay que tener cuidado, sin embargo, con el símil. Al medio de la mugre, entre los desperdicios, suele encontrarse alguna maravilla intacta. Es lo que sucede de precioso modo más constante con las algas, esas que miramos muy en menos cuando las extraen del vasto basural del mar. Los chilenos, en razón de ello, solo consumen el luche, el cochayuyo y el ulte --y únicamente en los hogares con magros presupuestos económicos--, a la par que recién no más han comenzado la explotación industrial del agar-agar con ambición exportadora. En estas cuatro algas, en definitiva, se para todo lo que sabemos del asunto de modo general.

Pero las algas expresan una cifra bastante mayor, desde luego. Setenta especies diferentes se ofrecen de manera cotidiana en los mercados de Hawai, las Filipinas, China y el Japón, señalando este último como

el país que mejor sabe prepararlas con verdadera jerarquía gastronómica. Los japoneses pueden servir un banquete completo en base solo de algas, con entrada de algas, sopa de algas, guiso de algas, postre de algas, y hasta té de algas, con su correspondiente bajativo hecho también de algas. Las setenta distintas especies dan de sobra para que se produzca el admirable vellocino nutritivo que detallo.

Yo estaba en Buenos Aires, en 1955, cuando me invitaron a una cena a bordo del "Tokio Maru", con algas en todos los platos, tal como acabo de establecerlo en mi nostalgia. "Esta es la alga Amanori" -decían los amigos japoneses-. "Esta otra es la Tengusa, aquella se llama Zunori, y denominamos Asakuanori a la que viene ahora". Estos nombres parecían interminables, casi todos terminados en "nori". De improviso, al final de ágape, ofrecieron un nuevo asombro de algas. Dijeron que era el "Kombú", y lo sirvieron primero con la fisonomía de un exquisito té verde y luego como "miel de kombú".

Yo todavía creo que ese "kombu" es nuestro cochayuyo. Pero aun eso es lo de menos. Lo importante son las setenta diferentes familias de algas. Si las hay en el mar de Japón --el Pacífico asiático--, también debe haberlas en el Mar de Chile, que es el Pacífico igualmente.

IV MIEL DE COCHAYUYO

¿QUIÉN SE ACUERDA ahora de Rolando Petersen? Era un tenaz enamorado del mar, fiel a sus ancestros nórdicos, noruegos y daneses, de donde salieron los vikingos. Se resignó, por eso, a un puesto sedentario y burocrático solo mientras cumplía su tiempo para jubilar. Apenas lo logró, ya enteramente libre para satisfacer su pasión como lo quisiese, Petersen fue hacia el mar para trabajar su admirable maravilla innumerable, cierto de que la vastedad oceánica es tal vez la que de mejor manera le entrega al hombre la mucha dimensión de lo posible.

Eso era lo que ambicionaba Rolando Petersen. Persiguiendo sus anhelos, buscando por aquí y por allá, detuvo finalmente su tienda nómada en un recodo de la costa entre San Antonio y Cartagena, junto al lugarejo denominado Pelancura. Allí tuvo su soñada parcela de mar. La bautizó, naturalmente, con un nombre parco y adecuado. La llamó "Agua Salada".

Petersen se dio entonces a la empresa de asombrar a sus vecinos litorales desde "Agua Salada". Lo hizo primero ofreciéndoles una miel espesa, que parecía de abejas y no lo era, ni tenía tampoco parentesco alguno con la miel de palma. La de Petersen era miel de cochayuyo, y ya en este tren alargó luego una nueva zancada con el luche. Su té de luche era realmente una delicia, como lo eran también, desde luego, su torta de luche, para el postre, y su aperitivo de luche, un trago cabezón como mandinga, que también servía como bajativo, mareándose en los vasos, y hacia carambolear la cabeza de los débiles a la tercera copa.

"No hay que extrañarse tanto por lo que hago", me dijo entonces Rolando Petersen. "En Hawai, en China y en Japón también utilizan las algas en su dieta alimenticia".

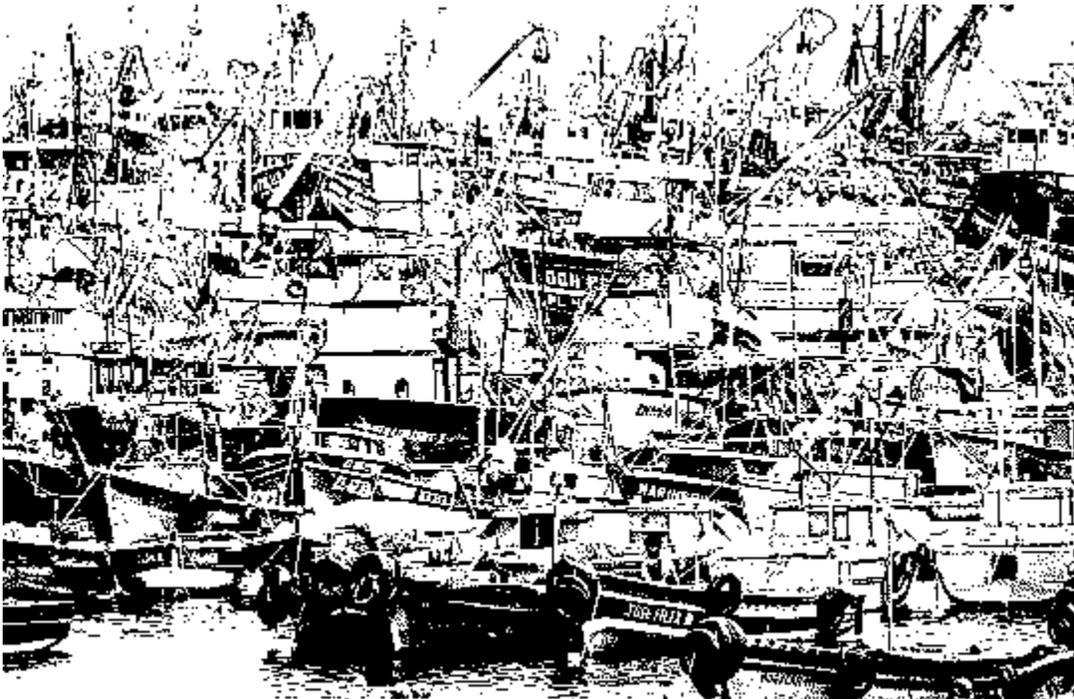
¡Iluso Petersen! Sus anhelos fueron cruelmente decapitados sin motivo plausible alguno. De improviso, con cualquier pretexto, alegando cualquier cosa, sin explicarle nada, la burocracia oficialista le quitó "Agua Salada", ahora dedicada a otros rubros exclusivamente veraniegos.

Despojado de su sueño, sintiendo que lo pateaban en la cara y escupían después sobre él, ya caído en el suelo, Rolando Petersen se echó a morir, buscando la muerte a través del demonio que habita en las botellas, hasta que se murió de veras.

V EL MAR CON SU MESA PUESTA

NO ME CABE LA MENOR DUDA. Mi más venerable antepasada no fue la vieja y aburrida Madre Eva, esa tonta que le hizo caso a la Serpiente y perdió el Paraíso, sino Afrodita, la que salió del mar. Debe ser por eso que el agua salada me enamora, huasa de a caballo, como soy, aún más que a Sherlock Holmes, cosa que no es poca. Esta pasión también debiera ser la más nacional de Chile, como quiso serlo en el pasado. El mar que nos lame con su lengua innumerable --cuatro mil doscientos kilómetros de costa, sin contar con los de la Antártida—, es el fundo más admirable que poseen los chilenos. Se ara y se siembra solo, y siempre da cosechas, doce veces al año y no una. Si la larga ceguera de nuestros gobernantes nunca vio en el asunto una solución, sin embargo, ya está cerca. Viene con el régimen visionario que comenzara por estos días (*). Yo sueño para entonces con lo que más nos hace falta, si queremos librar al pueblo de su tremenda hambre oculta, con un verdadero Ministerio del Mar que eduque a los chilenos en la mejor explotación de la fabulosa riqueza navegante. El Mar de las Américas es como un lavadero de oro inagotable. Bien lo dijo aquel bizarro capitán John Smith, el mismo que trajo a los Padres Peregrinos a la Nueva Inglaterra a bordo del “Mayflower”:

--Aquí --proclamó, hundiendo sus manos en el agua--, están las minas de los peces. Rinden más que todas las de Potosí y México...



‘El Mar de las Américas es como un lavadero de oro inagotable’. (subpesca.cl)

Las palabras calzan con nuestra realidad pesquera y marinera. Si estuviéramos explotando el mar como se debiera, ya habríamos abandonado, y hace tiempo, la mendicante condición de país

subdesarrollado que nos ruboriza. Es cierto que ahora estamos pololeando con el resplandor a la moda que produce la anchoveta en el mar nortino, pero todavía no vamos a (...) la Antártida, donde debiéramos lucir como la nación (...) dueña como somos de la casa y de la cosa.

Y aun sobre todo no nos damos cuenta —o no le damos importancia—, a un hecho fundamental, en el mar que nos mide la estatura, apacentando peces. El agua salada está cambiando de presencia en Chile. La merluza, la sabrosa ‘‘pescá’’ criolla que desdeñan solo los tontos y los siúuticos, abunda hoy en el frío mar de Magallanes, donde nunca estuvo antes. En nuestra playa del Atún, en Cartagena, Sherlock Holmes halló más de una vez pulpos tropicales, cuando buceaba como hombre libre. Yo misma, en la Punta del Lacho, por Las Cruces, sorprendí tortugas que haraganeaban en la arena., venidas acaso de las Galápagos, misteriosas y solemnes, señalando algo que debiera obligar a una acción ejecutiva, de parte de los gobernantes, para descifrar el puzzle.

Lo más admirable de toda esta cierta maravilla es la llegada del bacalao al mar chileno. Los serios y sesudos gerentes del régimen, tan sumamente austeros, dicen que no, que es imposible. Pero yo lo he pescado y lo he comido. Nuestro querido amigo Rolando Petersen, pionero de la más romántica sociedad conocida en Chile —‘‘El Mar y Petersen’’—, nos indicó los puntos donde alborota el bacalao, aguas afuera de Cartagena.

Hay bancos de bacalao en Chile y es preciso meditar ante lo que noticio. Una señora bacalao es una real hembra paridora. Pone cada año hasta cinco millones de huevos. La mesa, pues, esta lista en Chile, esperando en el mar a los comensales de bravo corazón. Pero nadie todavía toma asiento.

Es lo sensible. En Europa, donde aún se pescan 400 millones de ejemplares, por temporada, el bacalao está disminuyendo y achicándose. Ya no se ven del porte que los luce el hombre de la emulsión de Scott, como sucedía antaño. El actual bacalao europeo no pasa del medio metro. En el mercado de peces de Bergen, en Noruega, se venden los más que llegan hasta el metro. Pero no más. Acaso es ello lo que explica la mágica aparición del bacalao en nuestro mar, donde nadie, sin embargo, hasta el momento, parece darle la menor bola a lo que ocurre.

El bacalao se llama ‘‘Codfish’’ en inglés. En escandinavo ‘‘Torsk’’. En alemán ‘‘Dorsch’’. Cuando se le seca al viento es el ‘‘Stockfish’’. Conservado en salmuera, como les gusta a los holandeses, se convierte en el sabroso ‘‘Laberdán’’.

Pero esta nutritiva lista gastronómica esta incompleta. Falta el bacalao roto, el bacalao de Chile, para verse entera y más gallarda.

VI REQUIEM Y DE PROFUNDIS PARA UN MARINERO

DICEN QUE ME ESTOY MURIENDO, que me van a matar, que moriré un día de éstos que están muy cerca, amaneciendo, atardeciendo o anocheciendo de finado, según como me toque la cosa, y lo cierto es que una verdad profunda habita en el duro vaticinio.

Algo de ello ya ha ocurrido. Ya tengo el corazón lleno de muertos, con la sangre hecha rosa y angustia casi cotidianas, para despedir a los amigos que se están yendo hacía el infinito, a poblar el cosmos con sus ánimas en pena.

Con su ausencia que me deja cada vez más solo, yo inauguro entonces el vocabulario especial de los sobrevivientes. Lo soy, todavía erguido al medio de la feroz hecatombe, viviendo aun con respiro y con amor, pero muriéndome en realidad con mi nostalgia y mi querencia domiciliada entre cenizas y ataúdes. Lo he comprendido al decirte no adiós sino hasta luego, hasta la vista, al último compañero que se ha ido: Rolando Petersen Calderón.

Petersen reside ahora en una tumba del Cementerio Católico, y yo quiero pronunciar mi reclamo en razón de ello. No es ese el lugar donde deben reposar sus huesos. Ningún cementerio religioso ni laico merecía tener el cuerpo de mi amigo, desintegrándose en soledad y silencio, devolviéndose a la tierra. Si lo hubiera podido, yo le hubiera dado el ardiente funeral de un Vikingo, dejándolo en el mar, en un bote incendiado con un perro a los pies. Petersen pertenecía al mar. Era químico, ensayador de metales por oficio, y había sido funcionario municipal y militante socialista sin abdicar jamás de la exigencia de una necesaria revolución en Chile. Pero por encima de todo esto Petersen era marinero, un hombre enamorado de las proas y las olas, siempre con una vela enganchada en el viento del mar, de la mar, como la nombran los verdaderos navegantes de "Doña María", como él le decía, con el uso verbal de los antiguos maulinos que caminan por el agua salada, yéndose en sus lanchones desde Constitución a Alaska.

Si ello era así, como lo digo, preciso que Rolando Petersen debe sentirse incómodo en su encierro terrestre del Cementerio Católico. Estaba en el mar su sitio justo y adecuado. El mar verde, el mar negro, el mar azul, de violento terciopelo huracanado, ronco de luche y cochayuyo, apacentando peces, tocando su gran campana sumergida en la profundo, era su ambicionada tumba preferida, su exacto mar final, para un vikingo.

Entonces, porque allí no esta y lo sepultaron en la tierra, es que yo digo ahora Réquiem y De Profundis para el marinero Rolando Petersen con este Oficio de Tinieblas que dedico a su memoria de no-me-olvides.

HABÍA UNA EXACTA Y MISTERIOSA POESÍA en la pasión ejecutiva que Petersen sentía por el mar. Movido por ella, a pura sangre, se fue un día a la costa de San Antonio y a Cartagena, buscando un sitio donde expandir su sueño, cumpliendo el imperio de su ancestro managuá, noruego y chileno al mismo tiempo. Halló lo que anhelaba en el recodo que llaman "Agua Salada", al sudoeste de Cartagena. Allí detuvo su vagabundaje, conversó con el mar, le habló de sus afanes, y una vez que lo convenció y quedaron de acuerdo, fue donde un notario para firmar el protocolo de la escritura que determina la Ley, cuando se entra en sociedad comercial con alguien. El notario parpadeo y tosió un poco cuando Rolando Petersen le expuso la clara llaneza de los hechos:

--Bueno --preguntó--. ¿Quiénes son los socios? ¿Usted y quién más?

--Solo somos dos --respondió Petersen--. Primero el mar y después yo. La sociedad debe llamarse "El Mar y Petersen".



‘El mar --me decía Petersen entonces--, es el único fundo que no se ara ni se siembra, ni precisa de inquilinos y siempre da cosechas todo el año: tenía la razón’. [Recreación en google.cl](http://Recreacion.en.google.cl)

Así se hizo. El notario no dudó que estaba estampillando un caso de locura. La gente lerda, sin imaginación ni visión del porvenir, dijo después lo mismo: ¡Petersen estaba loco! ¿Cómo diablos se le fue a ocurrir eso de una sociedad con el mar? ¿No es para la risa? Pero en su caleta de "Agua Salada", heroicamente solitario, Rolando Petersen comenzó a demostrar que su presunta locura era una realidad genial. "El mar --me decía entonces--, es el único fundo que no se ara ni se siembra, ni precisa de inquilinos y siempre da cosechas todo el año". Tenía la razón. El solo entregaba la cuota de su talento, siempre en caprichosa audacia. Este esfuerzo basta para que el mar diese lo demás. Su socio nunca le falló a mi amigo. Petersen produjo hasta miel de cochayuyo, una miel yodada, más dulce y saludable aun que la de abejas, y convirtió el despreciable lucche de los pobres en una delicia digestiva; "un plato para ricos", cuyo halago llegaron a mendigarle desde el extranjero. Pero su gran hallazgo era el Bacalao. Según Petersen, un bacalao mejor que el de los noruegos navega en los Mares de Chile. Según los graves y sesudos técnicos científicos, esto es imposible. Un solemne funcionario de la Dirección de Pesca y Caza, hace ya años, vino a decírselo a "Agua Salada" con pomposo estilo:

--Usted persigue una quimera inalcanzable, mi querido amigo. No hay bacalao en Chile.

Petersen suspiró mirando su reloj:

-- ¡Hombre! --contestó--. ¡Ya es la una de la tarde! ¿Por qué no se queda almorzar conmigo?

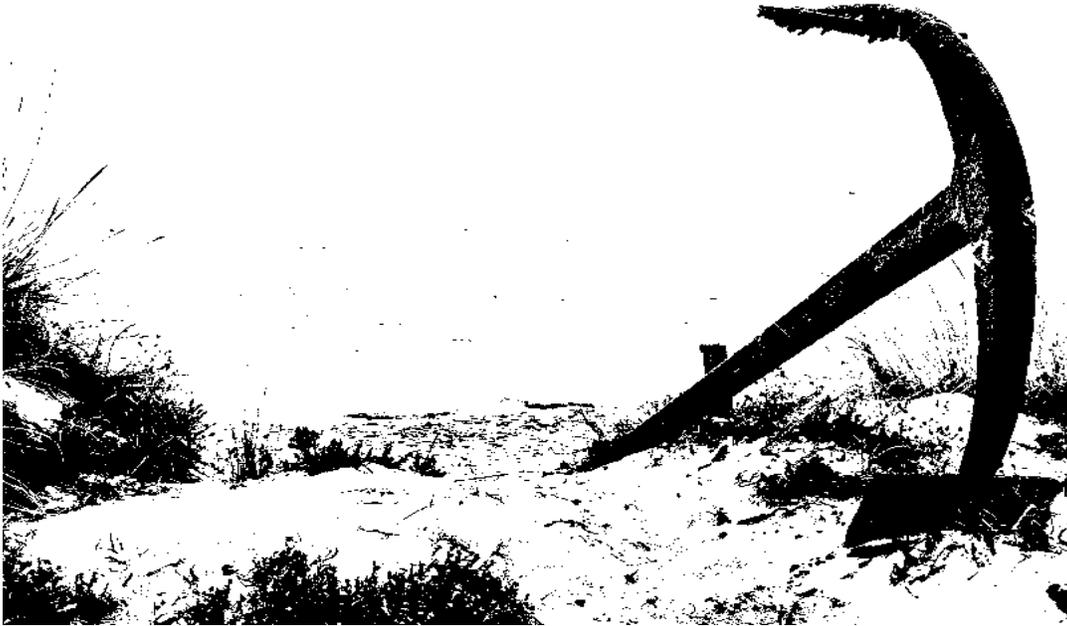
Todavía recuerdo la cara de asombro del fulano cuando saboreó los platos. La miel de cochayuyo, naufragada en aguardiente, le produjo algo muy parecido, que el lucche a "lo Petersen", que lo dejó absorto y pensativo. Pero después del último gozo gastronómico volvió a ser el mismo:

--¡Claro! --remachó--. Esto es bacalao verdadero, bacalao noruego, preparado a la manera vizcaína.

Entonces Petersen le mostró el espinazo, la cabeza y la cola que aun estaban frescas. El bacalao noruego lo había pescado esa misma mañana en "Agua Salada".

Sherlock Holmes en Clarín de Stgo años '60 y Ultimas Noticias, en la década ochenta .-

Deseos de Morir en Cumpleaños



‘Sería sin ninguna duda glorioso que me muriera ahora, en medio de la euforia, llevándome lo comido y lo bailado, como un héroe antiguo, con el mar muy cerca; siempre vi en el mar algo como una gallarda tumba preferida’. (Imagen de www.123rf.es)

ANDO COMO ZUMBA DESDE ANOCHE, más o menos como huasca, bien a medio filo. La cosa se explica, sin compromisos ni misterios. Cada 24 de agosto estoy de cumpleaños. Este de ahora, entera el número cincuenta de los que he vivido. Naturalmente, lo estoy celebrando sin salirme de los viejos decorados paganos, dionisiacos, casi bárbaros, que siempre me gustaron, con una fiesta de corderos y chuicos, y a La Huasa con su guitarra en la mano, para que me cante al lado, como a mí me agrada. La euforia --ya lo os he dicho-- comenzó anoche, al filo de las Doce, junto con aparecer San Bartolomé por el calendario, con sus muchos diablos sueltos, sin que se apaguen las velas. No faltan los apoyos necesarios para ello. Ya en la mañana, muy temprano --no vengán a dudarlo--, un caldillo de criadillas, naufragadas en ají y cilantro, despertó a todos para componer el cuerpo como lo exige Dios. Después vendrán las cazuelas y volverá a humear la parrilla bucólica para los asados.

Mi compadre Saavedra ya anda por allí, haciéndose el leso, buscando choros, cholgas y piures, con sus erizos caídos por el medio, para comerlos crudos, solo cocidos con limón, con su correspondiente trago de buen pipiritiuque para afirmar el pulso y echar andar otra vez la máquina. Nunca me he festejado de otro modo. Estoy cada vez más convencido de que ya he vivido mucho.

Cincuenta años no señalan la de ninguna vejez verdadera todavía. Pero son muchos años en mi andanza. Por eso temo el descenso que puede comenzar después. No quisiera convertirme en un ente enclenque y fatigado, respirando apenas, arrinconado en una pieza oscura, ya sin el amor a mis alcances, tomando agüitas, ni morirme de viejo sobre un lecho, como una triste cosa con arrugas y sin dientes para morder la vida.

Si de todos modos me han de llamar un día y he de irme, quiero partir ahora, antes de tiempo, cuando todavía me la puedo, muriéndome en mi ley, de pie, bien entaquillado, de repente y sin doctores, pero con charla y con amigos, trasnochando, con una copa en la mano y los ojos de mi mujer, mirándome los míos, para llenármelos de amor.

Es decir, me gustaría morirme en pleno cumpleaños. En este, por ejemplo, y no en los que vengan más tarde, porque con ellos también viene la vejez, el único fantasma que me hace tiritar el cuero. En cambio, sería sin ninguna duda glorioso que me fuera ahora, en medio de la euforia, llevándome lo comido y lo bailado, como un héroe antiguo, sin que esta muerte detuviese en nada el zangundeo, con el mar muy cerca, porque siempre vi en el mar algo como una gallarda tumba preferida.

Ojalá, entonces, que pueda suceder así, ahora que ha comenzado la zalagarda de mi fiesta. Otra copa. otro asado, otro baile y otro beso, y vámonos en buen caballo hacia la muerte, muriéndome junto al mar, en el mar, dentro del mar, con aguacero, coronado de agua, con la robusta y definitiva alegría de mi último cumpleaños en la tierra.

Sherlock Holmes, en Clarín de Stgo.-

Capítulo III

‘Patriota Exaltado’

El viejo escritor –y periodista--, Enrique Bunster Tagle, se atrevió a calificar, con mucha certeza, a Raúl Morales Álvarez, de ‘Patriota Exaltado’, cuando tuvo la oportunidad de entrevistarlo al interior del Anexo Cárcel Capuchinos, en Santiago Centro. Y era la verdad. Ya en su época de madurez profesional, dejando de lado la pesquisa policial del crimen apasionado o los recuerdos de la torrencial bohemia capitalina, Raúl Morales Álvarez enfocó su trabajo editorial y reporteril hacia la defensa de Chile. Ve en la inoperancia de la política exterior de la mayoría de los gobiernos del siglo pasado un vacío que podría resultar nocivo o perjudicial para Chile y los chilenos, frente a la permanente odiosidad –el ‘odio hacia Chile’, según sus palabras concluyentes—de los tres países vecinos, hacia su patria querida.

Nobleza obliga. Dos veces preso por denunciar estos errores gubernamentales en la relación de Chile con Argentina, Bolivia y Perú; la influencia de su propio abuelo, su padre y sus hermanos marinos; el viejo nacionalismo bien comprendido de una generación ya desaparecida; y los verdaderos acontecimientos que poco a poco iban ‘menguando la dignidad y la soberanía chilena’ hacia el norte y ‘al sur de Puerto Montt hasta la Antártica’ --pretendido por el gran vecino ‘de la política expansionista’’, camino a la guerra--; causarían en su relato periodístico una monumental obra especializada que lo convertirían en el cronista chileno mejor dotado para descifrar las intrincadas y sensibles cuestiones limítrofes chilenas, al generar conocimiento y opinión pública, en la difícil misión de informar objetivamente hechos y sucesos de una sensible verdad continental.



Raúl Morales Álvarez en los años noventa, captado por los reporteros gráficos del Diario El Observador de Quillota.

“Vino al mundo con el ímpetu de los grandes gladiadores. Osado en el decir y en el hacer, realizador infinito, amante celoso de Chile y su loca geografía, su formación en la Escuela Naval ensanchó su peleador espíritu patriótico y en sus estudios de Leyes afianzó una notable devoción al Derecho y a la defensa de la integral soberanía chilena. Cuando joven era una especie de oso. Mollador y combativo (...) Sus dedos, cual martillos incesantes, sacudían las teclas llenando cuartillas impresas de actualidad. Macizas. Ahítas de ideas e ideales. Su itinerario en la prensa nacional y sobre todo en la bonaerense, donde escribió largo tiempo, daría para llenar muchos tomos palpitantes. Gran parte de ellos todavía actuales (...) El Sherlock Holmes de decenas de artículos, sigue en la brecha, como todos los lunes y en estas mismas páginas. Atiborrado de conocimientos. Anécdotas. Datos. Entretenido y entreteniéndolo. Siempre -con mayor acentuación ahora-, asomado a los conflictos limítrofes. Descreído, con el recuento preciso de las concesiones nuestras y los desmanes ajenos. Sus cañones corajudos, en precisos términos, apuntan fijamente a Bolivia. Argentina y Perú. Para él, que encarna en el filo de su espada batalladora, el aura de su abuelo, prócer de la Guerra del Pacífico (*). No dar ni pedir cuartel”.

“El Beagle, conflicto centenario, lo mantuvo y mantiene alerta, pues. “aunque no soy jurista” señala que teme que el Tratado de Paz y Amistad (Argentina) pudiere romperse algún día por disloque de las fuerzas antagónicas. Almorzamos, junto a la Huasa y uno de sus hijos, tocando temas de lo divino y lo humano. Buen comedor y bebedor. Se ríe de los años y los achaques, aunque de tarde en tarde, su pluma burlona y sentimental lo mueva a despedirse del mundo. Con sus dichas y desdichas ... Oírlo es reafirmar la fiebre vocacional, olvidar las injusticias y creer en un mañana, pujante y promisorio:

“El periodismo es profesión de hombres que no temen a nada”. Hablamos de la novela del mar, que es una de sus pasiones (...), y asomó la silueta imborrable de Salvador Reyes. Recordé que él pidió, en la hora postrera, ser sepultado en el mar, en las afueras de Antofagasta, voluntad que cumplió Suzanne, su mujer. De pronto, este hombre impredecible, me sacudió con este mandato: “Quiero que me sepulten en el Beagle. Tú, hijo, te encargarás de cumplir que así sea. ¡Nunca lo olvides!”.

Entrevista de Rodolfo Garcés Guzmán, escritor y periodista de El Mercurio de Valparaíso, a Raúl Morales Álvarez, en noviembre de 1987.-

(*) El entrevistador de El Mercurio, Rodolfo Garcés Guzmán, se refiere al abuelo de Raúl Morales Álvarez (Pedro Pablo Álvarez, Hacienda La Boca, Valle Central de Chile), jinete de las Tropas de Caballería de la Campaña Terrestre de la Guerra del Pacífico; primero en la Batalla de Tacna, acompañando al general Manuel Baquedano y al comandante Manuel Bulnes, de los Carabineros de Yungay, en la victoria de Chile ante el Perú, en 1880; y luego, en la Batalla de Huamachuco, el 10 de julio de 1883, junto a los Cazadores de Sofanor Parra –y de las Fuerzas Chilenas del Coronel Gorostiaga--, que vengaron la muerte de los 77 chilenos masacrados en el Combate de la Concepción, dando término a las hostilidades de la Epopeya del 79 y la huida del derrotado, Andrés Avelino Cáceres --“El Brujo de los Andes”--, de acuerdo al relato del propio Pedro Pablo Álvarez, guardado como tesoro escrito por su nieto, el mismo Raúl Morales Álvarez, en las páginas de la Revista Mundo del Domingo de Las Últimas Noticias (10/07/1983), para la conmemoración del centenario de la vieja batalla vencedora.

I LA ASFIXIA DE BOLIVIA (*)



Manipulación Fotográfica del Pueblo Boliviano, Pro Demanda Marítima en La Haya.-

BOLIVIA NO ES LA ÚNICA NACIÓN MEDITERRÁNEA DEL MUNDO, pero sí la única que llora por un enclaustramiento más imaginario que real. También son países mediterráneos Paraguay en nuestra América, y Suiza, Austria, Checoslovaquia y Hungría en Europa --para citar solo los casos más conspicuos--, ninguno de los cuales se ha dolido jamás de su condición geográfica, en la forma como lo hace Bolivia. Hay más, aun. De todas las soberanías mediterráneas, Bolivia es la que goza de más y mayores facilidades de libre tránsito para llegar al mar, con las puertas abiertas sobre dos océanos, en el Pacífico por los puertos de Chile y el Perú --Antofagasta, Arica, Mollendo y Matarani--, y en el rumbo Atlántico por medio de la Zona Franca que le ha concedido Argentina, en el complejo fluvial del Paraná, sin contar con las franquicias que le otorga el Brasil con este mismo objeto.

¿Cuál es entonces la rara asfixia que alega Bolivia en el delirante reclamo marítimo que le hace a Chile?

(*) Serie de artículos visionarios --escritos entre 1960 y 1980-- para defender a Chile ante la demanda marítima boliviana, presentada finalmente en La Haya el 2015, que el país altiplánico perdió ante el fallo de los jueces internacionales, en octubre del 2018. Los textos fueron reunidos en un pequeño ensayo titulado "El Dilema de Bolivia", reeditados por su nieto.

Pero esto no es todo, todavía. Lo cierto es que Chile es el país que más ha favorecido a Bolivia para que también la alcancen los beneficios marítimos. Un claro ejemplo de ello, de rango incontestable, es el ferrocarril de Arica a La Paz, construido enteramente por chilenos, financiado y pagado por Chile en su extensión completa de 450 kilómetros de recorrido, de los cuales 244 lo hacen dentro de Bolivia y 206 en la parte de Chile, señalando que el tramo boliviano, una vez terminado, le fue entregado gratuitamente de inmediato por nuestro país a su vecino. La obra, saludada como una hazaña de la ingeniería, reputada de ser una de las más difíciles del mundo, le significó a Chile un gasto de 7 millones de libras esterlinas -- esto es, de 385 millones de pesos al cambio actual de 55 pesos por libra--, cuyo desembolso, que no es, desde luego, cosa de menor cuantía, sólo se hizo en beneficio de Bolivia, no de Chile, pero con Chile a cargo del trabajo y de su costo. Bolivia, sin embargo, nunca agradeció la generosidad de Chile.

“El ferrocarril de Arica a La Paz no es otra cosa que un nuevo lazo tendido por Chile sobre el cuello de Bolivia”, declamó textualmente el delegado de Bolivia a la Sociedad de las Naciones, Demetrio Canales, durante la Segunda Asamblea celebrada en Ginebra el 6 de septiembre de 1921, expresando un absurdo de tipo alucinado que fue desmentido por las Naciones Unidas en 1963. Ese año la ONU precisó que -- a su juicio--, la línea férrea más importante y extensa de Bolivia es el tramo boliviano del FF.CC. de Arica a La Paz que le cedió Chile en 1928. Esto revela, me parece, que Bolivia esta asfixiada por su propia mano, por su odio y su resentimiento. No por la falta de mar ni el imperio de Chile.

BOLIVIA Y EL TRATADO

¿PODRÍAN REVISARSE LOS TRATADOS, como ahora lo pretende Bolivia con el firmó en 1904, renunciando libremente a un mar que nunca fue suyo de veras? Bolivia ya había intentado lo mismo en 1920, cuando acuso a Chile ante la Sociedad de las Naciones. Entonces la opinión unánime de los juristas internacionales de mayor prestigio expresó una sentencia adversa para la causa boliviana.

Si no creemos que el criterio jurídico de 1920 haya cambiado radicalmente en los actuales días, vale, pues, la pena sintetizar cuál fue el pensamiento mayoritario que rechazó en esa ocasión la postura de Bolivia:

El señor Charles Depuis, profesor de Derecho Internacional en la Escuela de Ciencias Políticas de París y miembro del Instituto Internacional de Francia, estableció textualmente que “la demanda de revisión del Tratado del 20 de octubre de 1904, formulada por Bolivia ante la Sociedad de las Naciones, es inadmisibile y debe ser desechada por no estar fundada en derecho e ir contra el derecho...”. A su vez, André Weiss, consultor jurídico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia y magistrado de la Corte de Justicia Internacional de la Haya, precisó, también a la letra y mas parcamente, que “la solicitud de Bolivia para obtener la revisión del Tratado firmado con Chile en 1904 no es admisible y debe ser desechada...”.

Finalmente, sir William Finley, consejero jurídico del Foreign Office, profesor de Derecho Internacional y miembro de la Cámara de los Comunes, sostuvo que “no es admisible la petición formulada por Bolivia para ir a la revisión del tratado que firmó con Chile. Los argumentos alegados --en conjunto o considerados separadamente-- carecen de base por completo. El petitorio de Bolivia debe ser

rechazado...”. Estos tres ejemplos deben bastar para la muestra, pero señalando que no son los únicos. Hay bastantes mas en el precioso archivo que los contiene a todos. También opinaron lo mismo, entre muchos otros, el director del Instituto de Altos Estudios Internacionales de París, Paul Fachile, y el ex embajador de Estados Unidos ante la Corona Británica y Procurador General de su país, William Davies. Ello debiera entregar un antecedentes valiosos para la presunta actitud que tengan en el asunto las Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos, ante las cuales Bolivia ha proclamado que llevará su reclamo. Nos parece que ni la ONU ni la OEA podrían contaminar ni oscurecer la absoluta claridad del fallo de la Sociedad de las Naciones.

BOLIVIA NOS ACUSA ANTE EL MUNDO

NO ES LA PRIMERA VEZ que Bolivia intenta una ofensiva internacional en contra nuestra, de tipo jurídico y sentimental en pro de su delirio marítimo. Ya lo había pretendido al término de la Primera Guerra Mundial, cuando el 2 de noviembre de 1920 formuló una demanda ante la Sociedad de las Naciones, en Ginebra, invocando el Tratado de Versalles para obtener la revisión de la firma entre Bolivia y Chile el 30 de octubre de 1904, el pacto donde el país del altiplano, de modo solemne y sin ninguna presión por parte de Chile, expresó su formal renuncia al mar.



Fotografía del Puerto de Arica, de dicha Empresa Portuaria Nortina.

“De todas las soberanías mediterráneas, Bolivia es la que goza de más y mayores facilidades de libre tránsito para llegar al mar, con las puertas abiertas sobre dos océanos, en el Pacífico por los puertos de Chile y el Perú --Antofagasta, Arica, Mollendo y Matarani--, y en el rumbo Atlántico por medio de la Zona Franca que le ha concedido Argentina, en el complejo fluvial del Paraná, sin contar con las franquicias que le otorga el Brasil con este mismo objeto. ¿Cuál es entonces la rara asfixia que alega Bolivia en el delirante reclamo marítimo que le hace a Chile?”.

(Raúl Morales Álvarez, en La Asfixia de Bolivia)

“No necesitamos el mar para nuestro progreso”, dijeron los más ardorosos defensores bolivianos de la renuncia marítima, Heliodoro Villazón y Félix Avelino Aramayo. Estos, sin embargo, fieles a la costumbre boliviana de las dos caras, fueron también los primeros en imaginar para su país un despavorido aislamiento mediterráneo, “por culpa de Chile que nos arrebató el mar en la guerra del 79”.

Así lo dijo Heliodoro Villazón cuando se vio como presidente de Bolivia en 1910, y así también lo repitió en Ginebra, en 1920, Félix Avelino Aramayo, rector en la ocasión de la Delegación Boliviana que vino a denunciarnos ante la Sociedad de las Naciones. La delegación estaba compuesta por Florian Zambrana, Franz Tamayo y Demetrio Canelas, todos puestos bajo el timón ejecutivo de Félix Avelino Aramayo como piloto de tormentas y bonanzas. Los cuatro ambicionaban descargar la tempestad en los debates de Ginebra, ciertos de que obtendrían el beneplácito mundial para quebrar a Chile cuando se hiciese la calma. Se equivocaron, sin embargo. Las discusiones se prolongaron hasta el 22 de diciembre de 1921. Ese día la Sociedad de las Naciones entregó su fallo a través del dictamen pronunciado por los juristas Manuel Peralta ---delegado de Costa Rica--, Vittorio scialoja --que representaba a Italia--, y Adolfo Struycken, que lo hizo por Holanda.

La sentencia, en su parte resolutive, señala textualmente que “ la Sociedad de las Naciones no puede modificar por si mismo ningún tratado. Las modificaciones de los tratados es de la sola competencia de los estados contratantes, por todo lo cual se declara inadmisibile la demanda de Bolivia...”. El antecedente es precioso. Ni la OEA ni las Naciones Unidas podrían tampoco amparar ahora la quimera de Bolivia. “Los tratados regularmente concluidos --como lo fue el de 1904 entre Chile y Bolivia--, son rigurosamente obligatorios para los estados que los han celebrado”. Este es el único pensamiento valedero en el asunto. Los tratados no pueden romperse por la voluntad unilateral de quien lo quiera, por mucho que lo sienta Bolivia.

BOLIVIA, EL MAR Y EL OUDIO

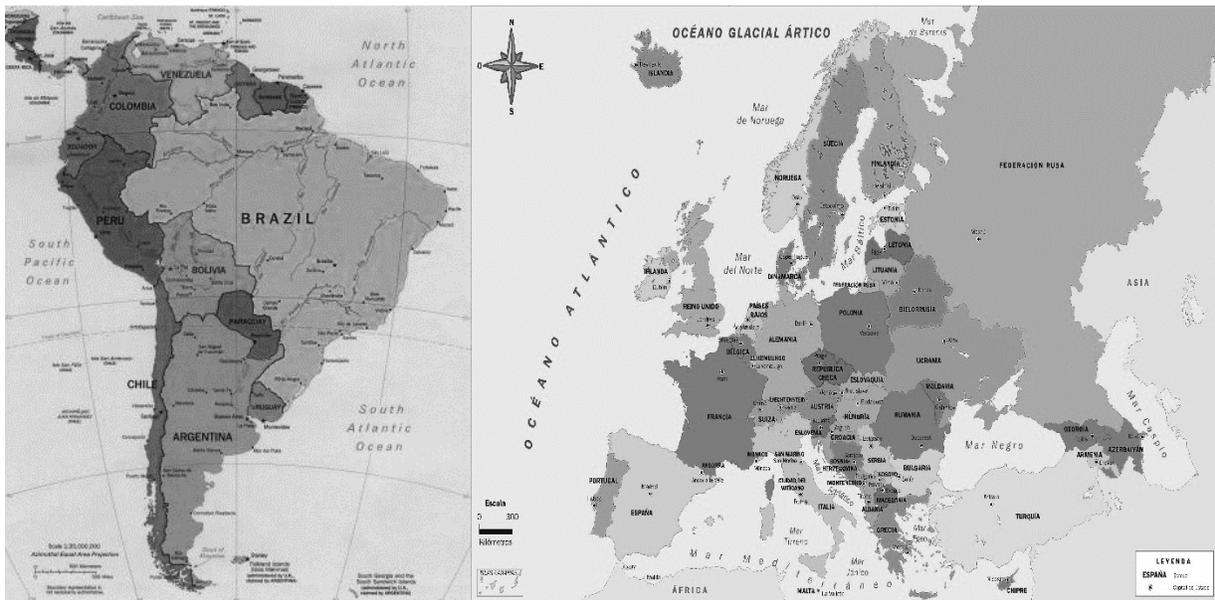
TODO TIENE EL RESPIRO Y EL RITMO de lo perverso en los reclamos portuarios de Bolivia. Su clamor por el mar no esta tan dinamizado por el mar mismo, sino, en mayor medida, por el odio a Chile, sentido --tal como lo dicen sus conductores intelectuales y políticos--- “como una exigencia de naturaleza boliviana”.

Sobrecogida dentro de si misma, esta brasa encendida del rencor arde en lo funesto, en lo maligno y en lo mentiroso. Es lo que explica el cómo y el porqué Bolivia venga tergiversando de tan copioso modo el hecho histórico y el geográfico, solo para dar una forma constante de expresión a su odio a Chile. De esta manera, sin remordimientos, ha vestido a su acomodo la hazaña del 79, en su cuyo penacho bélico o gran guirnalda heroica, que enorgullece del mismo modo a Chile y al Perú, Bolivia no tuvo realmente arte ni parte. “Bolivia no peleó en la guerra, abandonando a su suerte al aliado peruano”. La única acción de fuerza de Bolivia, aquella de Calama, prodigada como “combate” por su falsa historia, fue nada más que una simple escaramuza, sin ninguna magnitud militar.

Perú acepta que se enroló en la lucha, provocada por Bolivia, en cumplimiento del Tratado Secreto que obligaba a ésta, a cuyo compromiso también se quiso arrastrar a la Argentina. Bolivia oculta mafiosamente esta como esencia inefable de la verdad histórica, presentando el conflicto como un caso de agresión de Chile. Perú buscó muy de veras la amistad con Chile en el arreglo de los límites comunes y la solución definitiva al problema de Tacna y Arica. Bolivia, en cambio, no quiere ni busca esta amistad, sino encauzar todavía a más hondura los delirios de su odio. Ceñida a ello, más de una vez, se ha olvidado

hasta del propio mar donde afirma, sin embargo, que esta su pretendido destino de país marítimo. Es decir, siempre, en todo instante, aun por encima del mar que la encandila en lo nefasto, Bolivia pone el imperio de su odio a Chile.

RESULTA FACIL DEMOSTRAR la bondad de lo que digo, de laya incontestable, sin ninguna necesidad de retroceder mucho en el pasado. La Declaración Internacional de Barcelona, suscrita en 1921, autorizó a los países mediterráneos para equiparar flotas mercantes que hiciesen el comercio marítimo bajo sus banderas. En razón de ello, para dar solo un ejemplo, Suiza, país más mediterráneo que Bolivia, con menos facilidades de tránsito hacia el mar, dispone de una presencia naviera cuyo tonelaje es apenas ligeramente inferior que el nuestro. Bolivia pudo haber hecho lo mismo. Chile firmó la aceptación de la Declaración de Barcelona y hasta ofreció entonces su ayuda técnica para que Bolivia pudiese tener su propia Marina Mercante. Pero Bolivia se negó????VER VER hacerlo. De laya increíble, abandonó el derecho que le asiste para practicar el comercio marítimo en barcos de su bandera, y de nuevo primó en ello el odio a Chile. Bolivia tiene su "Semana del Mar" para expresar este odio a toda euforia nacional, y dispone también para lo mismo de una pintoresca y hasta alucinada Marina de Guerra, sin unidades a flote, pero con uniformes y condecoraciones, nutrida con toda la gama del escalón naval castrense, desde almirante a grumete. El odio a Chile ha llevado ahora a Bolivia a sostener una campaña continental en contra nuestra, que parece tener su centro motor en Montevideo, con focos sucursales en Panamá, Colombia y Ecuador. La nueva consigna que se agita es que el Tratado de Paz definitivo que firmó con Chile en 1904, abdicando en sus términos de toda ambición portuaria, "le fue arrancado por la presión militar de Chile", presentando otra vez a nuestro país, como el matón que atemoriza al más débil, con la pistola al pecho y el dedo en el gatillo.



“Bolivia no es la única nación mediterránea del mundo, pero sí la única que llora por un enclaustramiento más imaginario que real. También son países mediterráneos Paraguay en nuestra América, y Suiza, Austria, Checoslovaquia y Hungría en Europa --para citar solo los casos más conspicuos--, ninguno de los cuales se ha dolido jamás de su condición geográfica, en la forma como lo hace Bolivia”. (Raúl Morales Álvarez, en 1979)

Pero también de nuevo la verdad histórica, inmutable como el iris, vuelve a desmentir las mentiras bolivianas.

Lo cierto es que el Tratado de 1904 fue gestado más por Bolivia que por Chile. Fue el embajador boliviano en Inglaterra, Félix Avelino Aramayo, su hombre ejecutivo, apoyado para ello en vínculos que lo unían con el senador chileno Federico Puga Borne, casado con una prima suya. Aramayo, con la eficaz asesoría de otro boliviano, Julio Cesar Valdés, entonces encargado de negocios de su país, ante La Moneda, trazó las bases del arreglo, donde Bolivia renunció para siempre, bajo su palabra más solemne, al reclamo marítimo. Hubo más aun. El propio pueblo boliviano prestó su aprobación a los aspectos esenciales del tratado --esto es, a la renuncia portuaria de Bolivia--, expresándolo así a través de un plebiscito electoral. Uno de los candidatos a la presidencia de Bolivia, en ese instante, era el general Israel Montes. El programa del general Montes erguía su estatura precisamente en la conveniencia del Tratado para Bolivia. Cuando el pueblo lo comprendió así, Ismael Montes obtuvo el triunfo en las urnas, sin disputa posible. El hecho figura como un alto hito ejecutivo en la historia que ahora se le ha olvidado a Bolivia, que no quiere recordar por motivo alguno.

BOLIVIA REINCIDE EN CALUMNIAR A CHILE

BOLIVIA HA REINCIDO ANTE LA OEA en su vieja cantinela contra Chile, culpando a nuestro país del atraso económico que la lacera, determinado, según los bolivianos, de la condición mediterránea a que la obligó Chile por medio de un tratado impuesto por las armas. Nadie le discute a Bolivia, desde luego, su derecho a reclamar lo que quiera, ‘porque en el pedir no hay engaño’, aceptando la antigua certeza del refrán popular. Lo único que se le exige es que respete la verdad histórica al formular su peticorio. Lamentablemente, por este motivo o el otro, Bolivia nunca lo ha hecho así, con leal honestidad, maltratando con ello su propia causa de modo inexorable.

LO QUE BOLIVIA OCULTA

Bolivia ambiciona presentar a Chile como un país agresor, empecinado en una guerra de conquista, haciendo caso omiso de que la auténtica agresión estaba precisada en el Pacto Secreto contra Chile que Bolivia y Perú habían firmado en 1873, tratando a toda costa de que Argentina también se incorporase a la amenazante concreción del cuadrilazo, como estuvo a menos de un dedo de ocurrir. Fue por eso que Hilarión Daza, presidente de Bolivia en la ocasión del drama, injurió y vulneró a su capricho los anteriores tratados y compromisos suscritos con Chile de modo solemne. ‘Ni la palabra cordial ni la prevención serena contuvieron al dictador boliviano’, señala Conrado Díaz Gallardo en su exhaustivo estudio del asunto: ‘Sobre el puño de su sable sentía el calor vigorizante del Tratado Secreto de 1873. No detuvo por eso su paso y no midió el peligro. Al contrario, lo buscó con espíritu animoso en persecución de laureles para su frente. Chile, tratando de evitar el conflicto, reiteró el arbitraje. La respuesta fue la confiscación inmediata de los bienes de sus connacionales. Chile, entonces, sin apartarse del principio jurídico trazado por los tratadistas de todos los tiempos, ocupó militarmente el territorio de Antofagasta para reivindicar lo suyo, entrega condicionada al cumplimiento de un pacto internacional. Después sobrevino la guerra. ¡Tres tratados se habían suscrito con el fin de evitarla! Para Bolivia se escribieron sobre las arenas del desierto. Para Chile, en cambio, se esculpieron en los anales de su tradición jurídica’. Esta es la verdad que Bolivia calla y pretende ignorar.

LA SANGRE Y SUS ESTATUAS

La guerra misma ofrece un tema similar y a la vez distinto. ¿Hubo realmente guerra entre Bolivia y Chile? Un criterio estrictamente militar, de acabada rectitud castrense, señala que no, que no la hubo. Una guerra se sostiene con las necesarias acciones de batallas y combates. ¿Donde están las que debieron haber enfrentado a las fuerzas de Chile y de Bolivia? No aparece ninguna operación de esta envergadura en el tránsito épico del 79'.

. Es lo que explica la falta de auténticos héroes bolivianos en la lucha. Los que sus historiadores llaman ‘La Batalla del Topater’, con sobrada arrogancia, fue una simple escaramuza en la zona de Antofagasta, incapaz de alterar el curso de los hechos aun si su resultado hubiese sido adverso para Chile. Es cierto que en la brevedad de su encontrón el boliviano Eduardo Abarca murió como un valiente. Pero la simple valentía no se identifica ni coincide con el heroísmo. El héroe es mucho más que el valiente. Chile y Perú abundan en héroes durante el completo desarrollo de la contienda. Bolivia se los evitó de la más fácil manera, abandonando la lucha en noviembre de 1879 --esto es, apenas iniciada, hay que entenderlo bien-, con la famosa retirada de Camarones emprendida por Hilarión Daza a la cabeza de sus tropas casi intactas. Desde entonces, durante cuatro años, Chile y Perú combatieron con coraje y con honor ante la rara actitud contemplativa de Bolivia. La guerra, pues, fue sufrida por Chile y Perú, y no por Bolivia en lo más mínimo. Pero ello tampoco lo dice Bolivia.

SOLO EL ODIOS A CHILE

Bolivia también oculta que el Tratado de 1904, que pretende invalidar ahora, ‘fue firmado libremente VEINTICUATRO AÑOS DESPUÉS de la olimpiada bélica del 79’, sin presión alguna por parte de Chile’. Ese tratado le asegura el libre acceso al mar. Bolivia lo silencia, del mismo modo como lo hace con los plurales beneficios que recibe de Chile, de tipo único en el mundo. Nuestro país le concede el uso de sus puertos, con aduanas bolivianas, sin exigir un centavo por almacenaje, con tarifas marítimas preferenciales que no tienen siquiera los propios chilenos para sus importaciones y exportaciones. ‘No existe ninguna otra nación que pueda exhibir a su favor privilegios parecidos’. Chile es ciego, sordo y mudo para la carga en tránsito hacia o desde Bolivia. Esta es la verdad que Bolivia intenta adulterar ante la OEA. Debiera cambiar entonces de conducta, pronunciando su petitorio de modo más humilde y más honesto, respetando primero el rigor histórico antes de extender su mano ávida hacia un mar que tampoco nunca le fue lealmente suyo. Ojalá, pues, que así suceda, con Bolivia comprendiendo que la solución de su dilema esta en el directo dialogo con Chile y no en calumniar a Chile ante las Américas. Pero Bolivia todavía no lo entiende. ‘El odio a Chile --dijo el intelectual boliviano, Miguel Mercado Moreira, en la página 504 de su obra fundamental, ‘Historia Internacional de Bolivia’--- es más que un precepto sagrado de la patria: es un instinto invencible de la naturaleza boliviana’.

II LA ESPADA DEL PERU



“Juro --dijo entonces, textual--, no esgrimir jamás esta espada contra el país hermano que me la ha regalado” señaló el expresidente de Perú.-

MARIANO IGNACIO PRADO FUE EL PRESIDENTE DEL PERU PARA LA GUERRA DEL '79. Don Mariano Ignacio había asumido el mando a fines de 1878, luego de la muerte de su antecesor, Manuel Pardo, asesinado el 18 de noviembre de ese año en las propias puertas del Congreso de Lima. Desde entonces, a la vista en los abundantes testimonios de la época, algo como un duro fantasma penaba en los ánimos de quien se ofrecía ahora como Su Excelencia en el Perú. El fantasmón que le penaba al nuevo Jefe de Estado era el Tratado Secreto con Chile que Manuel Pardo había pactado con Bolivia el 6 de febrero de 1873.

¿Cómo zafarse de su ligadura? Esa era la constante pregunta que se hacía el Presidente Prado, siempre dolido de no hallar respuesta alguna.

Resultaba lógico por donde se le viese el dramático dilema anímico de don Mariano Ignacio. El Mandatario peruano conocía a Chile, había residido en Chile y nos quería muy de veras, con una comprobación histórica de la sobrada expresión de estos afectos. Hacia fines de 1872, cuando Benjamín Vicuña Mackenna se dio a la admirable empresa de transformar al Cerro Santa Lucía, convirtiendo su roca pelada en un auténtico vergel, Mariano Ignacio Prado, entonces vecino de Santiago, había figurado con la mayor erogación personal para la obra. Esa era su ejecutiva carta credencial de amistad por Chile y los chilenos. En gracia a ello, una vez que se produjo el ascenso presidencial de Prado, Chile se apuró en hacerle el obsequio de una preciosa espada de exclusiva hoja toledana y puño de oro. Esa fue la espada que el Presidente del Perú desenvainó para la guerra contra Chile, ahora conservada como una reliquia en el Museo Militar de Lima.

Don Mariano Ignacio la recibió todavía conmovido por su sincero amor a Chile. ‘‘Juro --dijo entonces, de laya textual--, no esgrimir jamás esta espada contra el país hermano que me la ha regalado’’.

¡Iluso don Mariano Ignacio! Muy poco después, a menos de un año de distancia, Bolivia precipitaba la guerra que obligaba al Perú a entrar en el conflicto, resignando al Presidente Prado a contrariar su promesa, desenvainando contra Chile la espada que le habían dado los chilenos. El mismo don Mariano Ignacio se lo dijo con dramático acento a Joaquín Godoy, entonces nuestro agente diplomático en Lima: ‘‘Tengo que hacerlo. No me queda otro camino. Manuel Pardo me dejó atado con el Tratado Secreto que firmó con Bolivia’’.

Pero eso no era la única atadura. Los mayores nudos se establecían en un curioso chovinismo incásico, alentando, después de muertos, la revancha de Santa Cruz contra Portales, precisando un alboroto sobre el que soplaron los vientos argentinos que harían de la guerra un riesgo ineludible para los tres países que encararon la hazaña.

Raúl Morales Álvarez, en Las Últimas Noticias

MAYO, ‘MAR FINAL DE LA ESMERALDA’



Pintura del Combate Naval de Iquique, en 1879, en www.armada.cl

EMOCIONA DE VERAS leer la lista de los que murieron en la ‘Esmeralda’ para el primer Veintiuno. El corazón se nos empina entonces para guardar sus nombres, pronunciados todo en el amor del pueblo.

No voy a referirme por eso, para nada, a la propia acción castrense, ni agregaré, tampoco, mucho menos, nuevas frases de cliché a las ya consabidas palabras sobre la despiadada diferencia de poderes de las naves en lucha. Sólo precisaré que el combate comenzó a las 8.30 de la mañana

del 21 de Mayo, cuando ‘‘Huascar’’ disparó su primer cañonazo ‘‘de a 300’’ sobre una distancia de dos mil metros. Desde ese instante, durante más de cuatro horas, la ‘‘Esmeralda’’ soportó el encuentro, haciéndose pedazos, muriendo al mismo ritmo como iban muriendo los hombres que la defendían. **De sus 192 tripulantes totales, cayeron 146.**

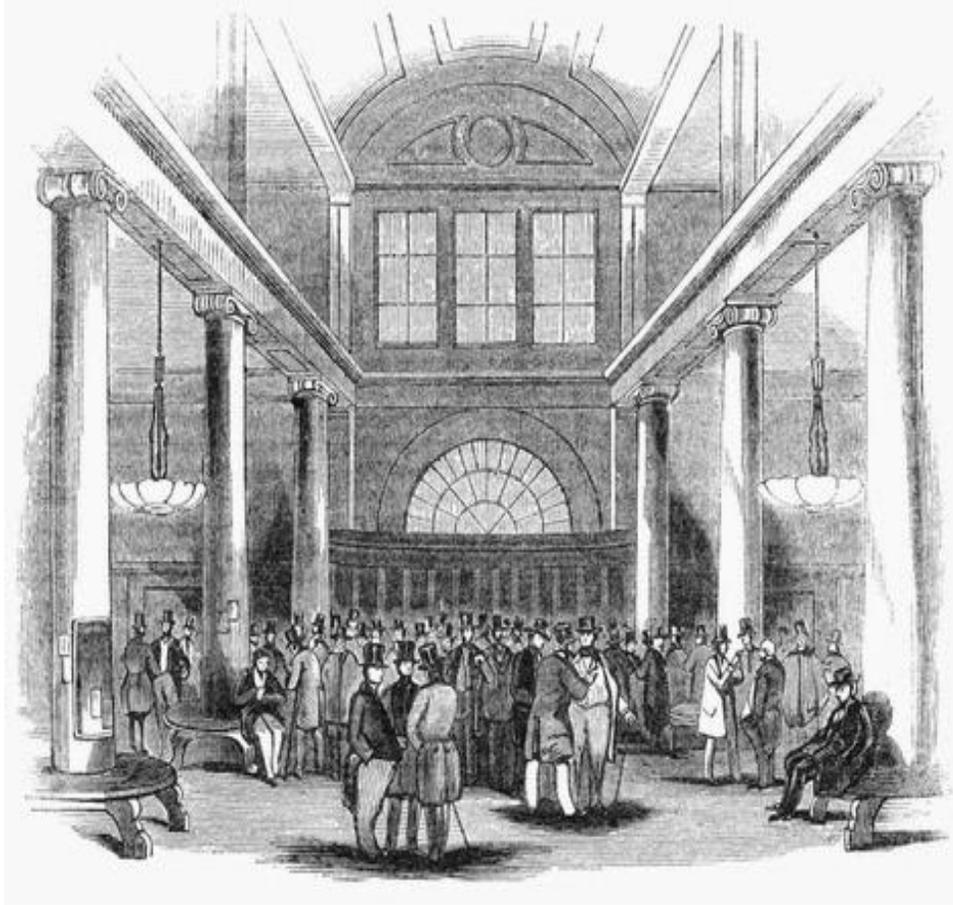
De los 32 infantes de marina, a cargo de la guarnición militar del buque, perecieron 26. De la servidumbre de cámara, cuyo número llegaba a ocho, únicamente escapó el mayordomo Manuel Meneses. De los 9 maquinistas, murieron 8. De los 18 grumetes, 15 se hundieron con el barco.

La misma cifra –15-- raleó a los 21 marineros de depósito, dejando apenas a 6 vivos para testimoniar la gesta. El ‘‘Huascar’’ no recogió rendidos, sino solo sobrevivientes, cosa muy distinta. A las 12.45 de la mañana el buque comenzó a hundirse. Un cañón de popa, por el lado de estribor, a cargo del guardia marina Ernesto Riquelme, hizo entonces el último disparo. La ‘‘Esmeralda’’ desapareció tragada por su terrible mar final, con todas sus banderas sin arriarse. Las dos de la Patria flameaban en el pique del palo de mesana, y en su tope lo hacía la del Jefe. La de guardia ondeaba en el trinquete y el gallardete de guerra se batía al viento en lo alto del mástil mayor.

La corbeta ya no era la gallarda joya marinera que había nacido veintitrés años antes en el Támesis. Era ahora la vieja ‘‘mancarrona’’, como le decían sus marinos querendones. Estaba rota, parchada, con sus calderas llenas de remiendos. Hacía un pie de agua por cada hora de navegación cuando salía al mar.

Era el buque más débil de la Escuadra, y se sostuvo sobre más de cuatro horas en un drama sin simil. ¡Pobre vieja entonces; ¡Pobre mancarrona; Después de todo, hizo lo que pudo y fue Prat el artesano de este asombro‘‘.

CHILE EN GUERRA



Recreación de la Bolsa de Valores de Londres, Inglaterra, en SXIX.

EN LOS UMBRALES DE LA HAZAÑA CHILENA DEL PACIFICO, en 1879, la opinión universal unánime vaticinaba a nuestro país como perdedor en el conflicto. En Europa, desde luego, nadie o casi nadie nos asignaba posibilidad alguna de victoria. Los motivos eran simples, ofrecidos a la vista de modo categórico. No solo se conocía nuestra pobreza militar, realmente harapienta en hombres y en equipos en la ocasión histórica, con apenas cuatro mil soldados en las filas cuando vino el estallido de la lucha inevitable. Aun era más elocuente el Tratado Secreto que alineaba a dos adversarios en contra nuestra, ninguna de menor cuantía en ese instante, con la probabilidad no menguada de que Argentina entrase también al baile como el tercer socio de la acción antichilena.

Fue esto lo que trajo al suelo el valor de los títulos chilenos en las bolsas de Londres, Paris y Nueva York, donde los conocidos gavilanes de siempre especulaban con los azares de una guerra lejana. Los papeles de Chile bajaron 30 puntos en un solo día, y eran cosa miserable que valía poco menos que nada cuando amaneció el siguiente.

Fue entonces cuando el escritor Frank Harris, que era en esos días un ambicioso jovenzuelo, se destacó acaso como el único súbdito de Su Majestad británica que creía en el triunfo de Chile. Fue en razón de ello que Harris --tal como lo cuenta en su obra autobiográfica, "Mi Vida y Mis Amores"--, urgió a su banquero para que le invirtiese en acciones de Chile todo el escaso capital que poseía, un andrajo de libras esterlinas. El banquero lo tachó de ciego, de loco y de otros epítetos peores, pero terminó haciéndole caso, ceñido al axioma comercial de que el cliente siempre tiene la razón, aunque se equivoque. Pero esta vez no se había equivocado el cliente. Muy poco después de haber comprado Harris los despreciados títulos chilenos, casi a su filo, ocurrió el Combate Naval de Iquique, y el mundo se asombró ante la epopeya inverosímil.

Una corbeta de madera, el peor y más viejo buque de Chile, se había batido durante cuatro horas con un monitor de acero, hundiéndose con su bandera al tope, sin rendirse, a la par que su consorte, una goleta miserable que se veía a tres cuartos y un repique, había destripado a una poderosa fragata blindada. Los valores chilenos iniciaron de nuevo su ascenso en las bolsas financieras, como lógica consecuencia de los hechos, y Frank Harris comenzó a restregarse las manos, felicitándose a sí mismo.

Luego se sucedieron el desembarco en Pisagua, la conquista de Tarapacá y la Toma del Morro de Arica, la fortaleza considerada inexpugnable por los testigos extranjeros de la Olimpiada Bélica , y las acciones de Chile se fueron al tope. Entonces Frank Harris vendió las que tenía, multiplicando varias veces su valor original, agradeciéndole al temple de Chile en la guerra la sorpresiva fortuna que alegraba sus bolsillos de estudiante.

Diario Las Ultimas Ultimas Noticias, mayo de 1980



Fotografía del movimiento portuario en San Antonio, en www.soychile.cl

‘El Pacífico es la mayor unidad geográfica del planeta, con una mensura de 64 mil millones de millas náuticas cuadradas, cada una de las cuales alarga 1.852 metros, casi dos kilómetros. Este es el gigante que nos recibe como un país ribereño de casi 5 mil millas de largo, detalle que proporciona una Zona Económica Exclusiva de 667 mil millas cuadradas, más o menos tres veces superior al área terrestre continental de Chile. Esto nos da un ejecutivo sello de país marítimo, con la obligación de comprender que el provenir de Chile esta en el mar, cosa que recién estamos aceptando ahora, lesivamente olvidados de que esa fue la visionaria ambición de los próceres que construyeron la República, tal como lo pensaron y quisieron hacerlo O’Higgins, Portales y Manuel Montt (...) En este Mes del Mar que le otorga a mayo un tono diferente, orientando a Chile hacia su destino de país marítimo, es dable comprender mejor la urgente necesidad de crear un Ministerio del Mar; nos hace falta sobre todo para cautelar sin grietas ni fisuras nuestra vasta riqueza ictiológica, blindando su defensa con el ojo puesto en constante alerta sobre los depredadores extranjeros que acechan el mar de Chile desde el borde mismo de las 200 millas oceánicas de nuestra soberanía marítima, violada de continuo apenas los intrusos advierten que no hay moros en la costa (...) Sostengo que la falta de una conciencia marítima, cosa que aun duele en el país, se debe en más de una medida a la noción equivocada que aprendimos desde niños en los colegios, donde los solemnes profesores nos enseñan que ‘Chile limita al Oeste con el mar’. Esto es falso y hasta perverso, vistiendo sus errores con su dolo más maligno. Si el mar ‘no encierra a Chile por el Oeste’ entonces debiera expresarse lo correcto, diciendo que ‘Chile se abre al Oeste por el mar’, esto es, ‘aceptando o acercándose a las múltiples posibilidades de grandeza que nos ofrece el Gran Océano’. Para eso necesitamos un Ministerio del Mar. Es la puerta marina que se abre hacia la certeza de un mejor futuro (...) Así Chile estará de acuerdo con su destino y la jerarquía de su ubicación geográfica, capacitado para entrar como patrón en la ya inminente Era del Pacífico’.

DEFENDAMOS EL MAR DE LOS CHILENOS

I EL PORVENIR DE CHILE ESTA EN EL MAR (*)

SOSTENGO que la falta de una conciencia marítima, cosa que aun duele en el país, se debe en más de una medida a la noción equivocada que aprendimos desde niños en los colegios, donde los solemnes profesores nos enseñan que “Chile limita al Oeste con el mar”. Esto es falso y hasta perverso si se quiere, vistiendo sus errores con los ropajes de lo verdadero, su dolo más maligno. Si el mar “no encierra a Chile por el Oeste” entonces debiera expresarse lo correcto, diciendo que “Chile se abre al Oeste por el mar”, esto es, “aceptando o acercándose a las múltiples posibilidades de grandeza que nos ofrece el Gran Océano”.

No en vano el Pacífico es la mayor unidad geográfica del planeta, con una mensura de 64 mil millones de millas náuticas cuadradas, cada una de las cuales alarga 1.852 metros, casi dos kilómetros. Este es el gigante que nos recibe como un país ribereño de casi 5 mil millas de largo, detalle que proporciona una Zona Económica Exclusiva de 667 mil millas cuadradas, más o menos tres veces superior al área terrestre continental de Chile.

Esto nos da un ejecutivo sello de país marítimo, con la obligación de comprender que el provenir de Chile esta en el mar, cosa que recién estamos aceptando ahora, lesivamente olvidados de que esa fue la visionaria ambición de los próceres que construyeron la República, tal como lo pensaron y quisieron hacerlo O’Higgins, Portales y Manuel Montt. Debemos, entonces, privilegiar a nuestra marina mercante, haciendo que sus naves lleguen a todos los puertos de Asia, Australia y Oceanía, disponiéndonos de una flota comercial de dos millones de toneladas iniciales, paulatinamente en aumento a partir de esa cifra. Si a la par se incrementa la pesquería industrial y artesanal, se renueva la infraestructura portuaria y se habilitan nuevos puertos y caladeros, yendo hacia la explotación racional de las riquezas no renovables del suelo y del subsuelo oceánicos, promoviendo también la explotación inteligente de

(*) Otras notas visionarias escritas por Raúl Morales Álvarez 25 años antes de conocerse la ambiciosa demanda marítima presentada (2008) y ganada por el Perú en la Corte Internacional de la Haya (2014), que restringió significativamente nuestra soberanía territorial marítima, en el norte de Chile.-

las especies renovables del medio marino --incluyendo su flora, su fauna y su avifauna--, Chile estará de acuerdo con su destino y la jerarquía de su ubicación geográfica, capacitado para entrar como patrón en la ya inminente Era del Pacífico.

Para eso necesitamos un Ministerio del Mar. Su acariciada rectoría nos demostrará que Chile “no limita al Oeste con el Pacífico”, sino que “se comunica por el Oeste con el Gran Océano”.

Es la puerta marina que se abre hacia la certeza de un mejor futuro.

II DEFENDAMOS EL MAR DE LOS CHILENOS (1980)

EN ESTE MES DEL MAR que le otorga a mayo un tono diferente al de sus otros once hermanos, orientando a Chile hacia su destino de país marítimo, es dable comprender mejor la urgente necesidad de ese Ministerio del Mar que quiso crear el anterior sistema autoritario y todavía esta en veremos. El Ministerio del Mar nos hace falta sobre todo para cautelar sin grietas ni fisuras nuestra vasta riqueza ictiológica, blindando su defensa con el ojo puesto en constante alerta sobre los depredadores extranjeros que acechan el mar de Chile desde el borde mismo de las 200 millas oceánicas de nuestra soberanía marítima, violada de continuo apenas los intrusos advierten que no hay moros en la costa.

El Ministerio del Mar que se acaricia mantendría siempre esos indispensables moros vigilantes en el extenso litoral que poseemos. Mensura 8.334 kilómetros desde Arica a Magallanes, incluyendo a nuestra Antártida, y es, pues, el balcón marítimo más largo del mundo. Frente a esta realidad geográfica chilena, junto a las 200 millas del mar territorial que no siempre se respetan, actúan las flotillas pesqueras de Japón, la Unión Soviética y Cuba, representando a los tres países que aventajan a Chile en la pesca oceánica. Japón captura sobre 12 millones de toneladas de pescado al año. Rusia sobre 11 millones y Cuba sobre 7 millones. Chile --con 5 millones-- se ubica en el cuarto peldaño de la escala mundial, superando a Estados Unidos y Perú, sus tercios rivales más tenaces. Las flotillas que operan frente a Chile, entrando no de raro en el mar chileno, están formadas por buques cazadores o de pesca, sostenidos por barcos madres o nodrizas, cada uno de los cuales, al menos en el caso soviético, según los informes de la FAO, es capaz de procesar de modo cotidiano 400 toneladas de pescado, despachando directamente a los centros de consumo el producto que se enlata, se ahuma o se tritura.

El actual gobierno debiera meditar en ello creando el Ministerio del Mar, ahora que los pesqueros rusos se disponen a entrar en los mares y puertos de Chile como pero por su casa. La buena relación de amistad que en este instante nos vincula con la Unión Soviética no puede olvidar lo que ocurrió antes, hace 16 años, durante los alborotados mil días de Salvador Allende, cuando los pesqueros rusos enviaron al diablo a la sabrosa sierra, extinguida desde entonces, provocando casi el exterminio de los langostinos y corvinas, riesgos inherentes a las redes de arrastre de la técnica pesquera que utiliza la Unión Soviética.

¡Viva Rusia!, entonces. Pero expresando aun más alto un ¡Viva Chile!, sin maltratar ni descuidar nuestro mar.

EL ERROR DE ARGENTINA



En estos últimos años han proliferado las investigaciones sobre los álgidos episodios vividos por Chile y Argentina en los años 1978-1984, como ‘Especial Conflicto del Beagle’, en Chile-Hoy.Blospot.com

LO CIERTO, A LA VISTA DEL MUNDO, (*) es que Argentina se equivocó por completo con Chile en su ambición de expansión imperialista en nuestro austro. Lo efectivo, de acuerdo a todos los antecedentes que se tienen del asunto, es que Argentina creyó encontrar un Chile blando, propicio o sumiso al nuevo agarrón territorial que el delirio mesiánico del país vecino pretende dar desde el Beagle al Cabo de Hornos, haciendo también pie en el propio Estrecho de Magallanes. Lo concreto, sin embargo, es que Chile mismo resulta en más de una medida el culpable ejecutivo de estos dolos en su contra. Nuestra conducta diplomática fue tercamente ciega en sus relaciones con Argentina, siempre contemporizando y cediendo siempre, en aras de una devoción americanista y fraterna que nunca nos fue compartida de idéntica manera. Por eso, Argentina se acostumbró a tratarnos casi con la punta del pie, más o menos como a un país vasallo suyo, exigiendo confesar primero nuestra absurda ceguera en todo ello, y voy a ofrecer ahora un ejemplo sombrío para demostrarlo.

(*) Escrito en los años ochenta, en las páginas del diario Las Ultimas Noticias

Luego de la sucia emboscada de Laguna del Desierto, ocurrida a fines de 1965 y donde el teniente de Carabineros, Hernán Merino, fue virtualmente asesinado por los gendarmes argentinos, el buenón de Chile, muy educadito, invitó a la conmemoración de una festividad patriótica a quien había sido el rector que autorizó y organizó el crimen.

Lo que señaló sucedió el 5 de abril de 1966, el Día de las Glorias de Maipú, en cuya celebración ocupó un sitio de honor el general argentino, Julio Alsogaray, Comandante en Jefe de la Gendarmería. El hecho de que el general Alsogaray llevase hasta equipos de televisión y copiosos periodistas cuando se fue encima de Laguna del Desierto, enfrentando con una fuerza de 500 hombres a cuatro carabineros de Chile, revela de manera incontestable, me parece, que el artero ataque, ruin por donde se le juzgue, fue planeado de antemano en todos sus detalles. Pese a ello aquí tuvimos, cumplimentamos y aplaudimos al general Alsogaray.

No hay que extrañarse, entonces, si Argentina también quiso mirarnos muy en menos en su antojadizo pleito actual por los ámbitos marítimos australes.

Pero Argentina se ha equivocado ahora, tal vez sin hallar ninguna salida todavía a su craso error. El gobierno de Chile ha comprendido buenamente en este instante que ni la cesión territorial ni la conducta contemporalizadora solucionarán jamás las diferencias con Argentina. Es el primer gobierno que lo hace así en lo que va del siglo, asumiendo con entera dignidad nacional su responsabilidad histórica, obligando con ello a que Argentina admita el grosero yerro que la esta ruborizando. Argentina estaba segura de atemorizar a Chile con su presunto potencial bélico. Pero Chile le ha revelado que nada lo amedrenta ni intimida en la sagrada defensa de su soberanía.



Imagen de Archivo del Sitio de Historia Argentina Visión Pinamarense Diario

CARTA SIN CARTERO PARA EL GENERAL JUAN CARLOS ONGANÍA (1967)

AHORA QUE ESTAMOS de romance epistolar, buscando la armonía entre Chile y la Argentina, yo también he querido escribirle una carta a usted, General Juan Carlos Onganía. Por eso le envío ésta, sin molestias de cartero, nutrida de las necesarias exigencias que mensuran realmente una amistad. Usted sabe muy bien, general, que la de Chile y la Argentina todavía no comienza “de veras”. Usted no ignora que una clara suma de hechos agresivos, consumados tercamente por la Argentina en contra nuestra viene denunciando como bastante mentirosa --hasta este instante— a la hermosa fraternidad pretendida por el Cristo Redentor fronterizo, cuyo símbolo ha estado a punto a irse al diablo en más de una ocasión.

Si su carta al Presidente Eduardo Frei, en cierto aspecto, parece traducir el anhelo de convertir en una exacta y feliz “buena vecindad” la que tantas veces se ha visto frustrada y maltratada, me gustaría entonces calar en su ánimo y abrirlo de par en par a la vista de Chile, ofreciendo nuestra franqueza, a parejas con la suya en este asunto del Beagle que usted rodea de bastantes brumas en el mensaje dirigido a Su Excelencia.

El caso de Laguna del Desierto, entregado al buen entendimiento de la Comisión Mixta de Límites, y el de Palena a la mediación arbitral de Su Majestad Británica, son puzzles ya resueltos, en más de una medida, que no configuran un misterio. Si en Laguna del Desierto podremos mantener tal vez el pellejo intacto, algo, en cambio, se nos va a rasguñar del pilchero chileno de Palena, denunciando de nuevo, ahora con destino a la historia que nos ruborizará mañana, la mezquina cobardía del gobierno de Jorge Alessandri.

La Corona Británica no podrá ser más papista que el Papa, sacando de la balanza la conducta agachadiza de Alessandri, y esto juega a favor de la Argentina. No será suya, pues, la culpa si usted, general, recibe otra tajada para la expansión territorial de su país. Pero lo del Beagle es otra cosa, y muy distinta.

Sobre ello ambiciono conversar mano a mano “con vos”, como se dice en castizo y se usa en la Argentina.

MI PRETENSIÓN ES SIMPLE, GENERAL. Si es muy cierto aquello de que las cuentas claras conservan la amistad, solo quiero entonces, que usted responda a las siguientes preguntas que exponen las cuentas claras en el Beagle:

PRIMERA: ¿Por qué en el “Derrotero de las Costas de Argentina”, publicado en 1900 por la Cancillería y el Ministerio de Marina de la Casa Rosada, se lee, textualmente, que “las islas Nueva, Lennox, Picton --y todas las demás del Beagle, incluyendo en la copiosa nómina al islote Snipe, tan perversamente codiciado ahora-- son posesiones chilenas?

SEGUNDA: ¿Por qué cuando Chile, después de la firma del Tratado de 1881, comenzó a ejercer su legítima soberanía en las islas del Beagle, ocupándolas, poblándolas y otorgando concesiones en ellas, la Argentina no protestó entonces por ninguno de estos actos?

TERCERA: ¿Por qué la Argentina solo pronunció en 1915 --¡a 34 años de distancia de la aceptación sin reparos del Tratado de 1881!-- sus reclamos iniciales sobre el Beagle, haciendo pie en la prórroga de la concesión que el Gobierno de Chile dio en beneficio de Mariano Edwards Ariztia, en las islas Picton, Nueva, Augustas, Snipe, Becasses, Dos Hermanos, Garden y Reparo?

CUARTA: ¿Por qué la nota de protesta de la Casa Rosada solo dijo que la prórroga de esta concesión "lesiona los derechos de Argentina", sin especificar cuáles son los derechos que se proclaman agredidos ni que antecedentes los respaldan?

QUINTA: ¿Por qué cuando el mismo Mariano Edwards Ariztia, entonces socio de Juan y Carlos Stüven en la concesión de la islas, se dirigió, en 1905, al gobierno de Buenos Aires, solicitando pagar la mitad del flete en los barcos mercantes argentinos que le embarcaban y desembarcaban carga, se le contestó en forma negativa, expresándole a la letra, "que esa granjería no favorecía a puertos extranjeros"?

SEXTA: ¿Por qué, en razón de qué, lo que "ayer era extranjero" hoy se porfia en reivindicar como argentino?

Y nada más, General Onganía. Como lo ve, mi exigencia es breve y no enojosa. Para contestar las seis preguntas que le hago, usted dispone de las abundantes teorías --hasta diez si no me equivoco--, que ha manufacturado el capricho geopolítico argentino, cambiando el curso del Beagle, acortándolo, ensanchándolo, haciéndolo canal escalonado, o poniendo en fuga a la isla Nueva, que varía de domicilio según como se le ha antojado a cada estratega reformista. Usted puede buscar estribo en cualquiera de estos argumentos que son contradictorios, General. Usted lo sabe. Usted debe aceptar entonces, con las cuentas claras que conservan la amistad, que la conducta argentina es perversa y torcida en la disputa del Beagle, en delatora oposición a la de Chile, clara y recta como el propio canal puesto en litigio de manera tan absurda.

LAS CUENTAS CLARAS

NO SOY NINGUN MALINTENCIONADO CHAUVINISTA en lo que vengo escribiendo sobre el viejo pleito limítrofe entre Chile y Argentina, siempre renovado y no por causa nuestra. Tampoco pretendo, desde luego, establecer animosidad alguna de un pueblo contra otro. Chilenos y argentinos somos verdaderamente amigos, tal vez los mejores que se ofrecen en América Latina. Lo cierto, sin embargo, es que nuestros más personales y directos amigos argentinos --aquellos que solo podrían expresarnos afecto

y gratitud por los favores recibidos--, siempre se volvieron contra Chile apenas influyeron en el mando o la conducción política de su país. Bastará, me parece, el patético caso de Bartolomé Mitre y Domingo Sarmiento para demostrarlo. Ambos fueron considerados casi compatriotas nuestros cuando les dimos la casa y el pan para el destierro. Pero los dos se revelaron antichilenos por entero, con la ambición de quitarnos Magallanes, acaso para dejarnos finar en Puerto Montt, cuando fuimos a la Hazaña del 79.

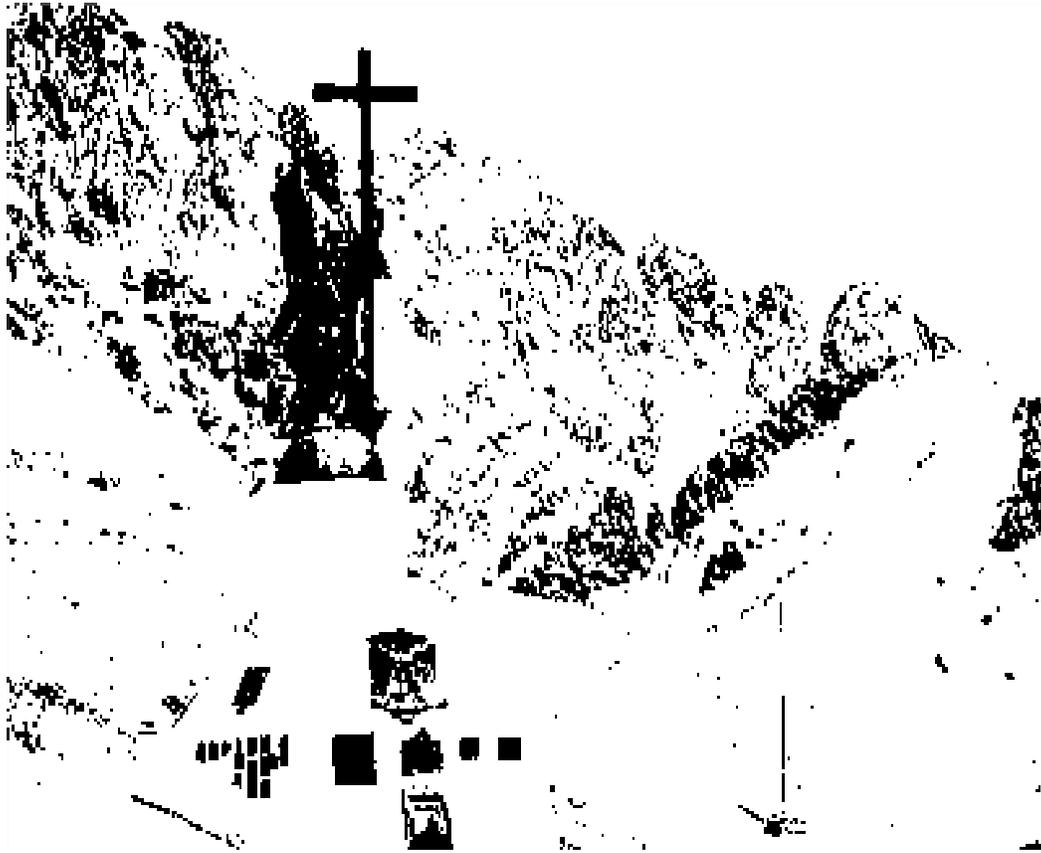


Imagen del Cristo Redentor, levantada en el Paso Fronterizo entre Chile y Argentina, Zona Central.

(El antichilenismo) ha sido y es la constante política Argentina frente a Chile, jalonada por un invariable suceder que se va engranando como los eslabones de una cadena inexorable. Después de Palena vino el Beagle, y luego del Beagle, encaramos ahora la disputa por el Cabo de Hornos, tal como más tarde, sin ninguna duda, será el turno de un nuevo litigio por nuestra soberanía Antártica. Esa es la cadena sinfín, con sus amargas cuentas claras a la vista, dejando cada vez más, como cosa vacía y hueca, el pomposo Abrazo del Estrecho y el símbolo solemne del Cristo Redentor, erguido en la frontera andina. Pero eso es también lo que debe terminar de una bendita vez, en mutuo beneficio de Chile y Argentina. El destino común de los dos países les exige integrarse bienamente, sin patearse en la cara ni en el suelo, sin herir la soberanía que corresponde a cada uno, ni mancillar tampoco su respectiva dignidad.

“Después del conflicto --escribió Mitre--, Argentina debe estar más poderoso que Chile vencedor”.

En definitiva, fueron ellos los promotores de la Expedición Roca a la Patagonia, esa que nos manoteó 400 mil kilómetros cuadrados sin que Chile ni siquiera le chistara, preocupado como estaba de la guerra en el Norte.

Esa ha sido y es la constante política Argentina frente a Chile, jalonada por un invariable suceder que se va engranando como los eslabones de una cadena inexorable. Después de Palena vino el Beagle, y luego del Beagle, encaramos ahora la disputa por el Cabo de Hornos, tal como más tarde, sin ninguna duda, será el turno de un nuevo litigio por nuestra soberanía Antártica. Esa es la cadena sinfín, con sus amargas cuentas claras a la vista, dejando cada vez más, como cosa vacía y hueca, el pomposo Abrazo del Estrecho y el símbolo solemne del Cristo Redentor, erguido en la frontera andina.

Pero eso es también lo que debe terminar de una bendita vez, en mutuo beneficio de Chile y Argentina. El destino común de los dos países les exige integrarse buenamente, sin patearse en la cara ni en el suelo, sin herir la soberanía que corresponde a cada uno, ni mancillar tampoco su respectiva dignidad.

Ojala, entonces, que hacia esa meta feliz conduzca el actual dialogo entablado entre Chile y Argentina, en torno a los espacios marítimos australes. 2/78

LA SOBERANÍA Y SU IMPERATIVO (1980)

NUESTRA VOCACIÓN AUSTRAL ES MAGALLÁNICA, fueguina y antártica, en definitiva, claramente visionada por O'Higgins, iniciada por Manuel Bulnes con la ocupación del Estrecho, y hasta saludada por Lope de Vega en su famoso canto loatorio a García de Mendoza, aun en plena hazaña de la Conquista del país a la española, precioso detalle que favorece exclusivamente a Chile. Es lo que demuestra que son incontestables nuestros derechos históricos, geográficos y jurídicos sobre el millón doscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados que expresan la soberanía antártica de Chile, una vastedad que surge como la prolongación natural del territorio chileno hemisférico en América Latina.

Esta no es una mera afirmación antojadiza. Los Andes patagónicos se sumergen en las aguas frente al Canal Beagle, donde el Arco Antillano ofrece el auténtico límite entre el Pacífico y el Atlántico, y luego continúan, al Sur del Cabo de Hornos, emergiendo con el rostro esporádico de islas y archipiélagos, hasta empalmar en la Antártica con nuestra Tierra de O'Higgins. Basta observar la fisonomía geográfica de la Tierra de O'Higgins para advertir de inmediato que es la reproducción a la inversa de la Tierra del Fuego.

No es de menor cuantía lo que señalo. Revela que nuestros intereses magallánicos coinciden plenamente con los de nuestro país en la Antártida. “Son los mismos”. Determina una admirable unidad geográfica que nos exige su custodia de sagrado modo nacional, lo mismo en el Estrecho que en el Beagle y el Cabo de Hornos. Esto es lo que debemos entender muy bien, sin equivocarnos en ningún aspecto, para comprender también sin errores ni mezquindades o abajamientos la importancia de nuestra soberanía y su imperativo para un mejor destino nacional.

La Era de la Antártida esta por colocarse en humedad de nacimiento, tal como ya lo ha hecho y se ofrece en sus inicios la Era del Pacífico.

Se harán, pues, por la ruta antártica las futuras comunicaciones aéreas con todos los países situados en el Gran Océano, Australia, Nueva Zelandia, Filipinas, Indonesia, China y el Japón. Chile debe entrar en esta doble etapa beneficiado por la mejor posición que posee en Magallanes, en el Beagle, el Cabo de Hornos y la Antártida. Es lo que debe establecer la historia que se leerá mañana.

No podemos, entonces, debilitar ni descuidar el vellocino.

Chile tiene la oportunidad de una grandeza en toda plenitud si sabe conservar y defender su soberanía en toda circunstancia.

‘LOS DERECHOS DE CHILE EN EL BEAGLE’ (1980)

UN LIBRO PARA HOY (III) Autor: Almirante (R) Rafael Santibáñez Escobar; Editorial: Andrés Bello. He aquí una obra exigida de leer en este instante por todo chileno con visión de Patria y de futuro. En sus 226 páginas, exhaustivamente documentadas en lo jurídico, lo histórico y lo geográfico, el almirante Santibáñez realiza un completo estudio incontestable de lo que ha sido la pugna por el Beagle, hasta estos días, desde el comienzo mismo de la disputa, cuando Argentina expresó sus primeras artificiales intenciones para variar el canal fueguino de genio y de figura, acortando su auténtico tamaño, ensanchando su real angostura y torciendo en no pocos grados su curso verdadero.

El detalle es interesante. Diez teorías diferentes sobre el Beagle, de este modo, fueron acogidas por la ambición geopolítica del país vecino. Las pronunciaron oficiales de su Armada, como Segundo R. Storni y Juan Pablo Sáez Valiente, científicos como Paul Groussac, políticos como José Luis Murature y Estanislao Zeballos --que pretendió dos tesis diferentes--, y hasta aventureros de ávido agarrón como el novelesco Julio Popper, amén de las también distintas argumentaciones ofrecidas por la Cancillería argentina y el Departamento de Hidrografía de su Marina militar.

La marea, pues, no ha sido poca. Lo importante es que Chile siempre mantuvo frente a ella una misma postura, ‘‘clara y recta como el propio canal Beagle’’, con el respeto a la palabra comprometida en los tratados y la honesta interpretación de lo que se entendió por canal Beagle cuando se firmó el pacto de 1881.

Eso es lo que nos ha dado la razón, canonizada por el Laudo Arbitral de Su Majestad Británica.

LA VIEJA TRAMPA ARGENTINA (1967)

LA ARGENTINA ORDENA SU VISION EXPANSIONISTA de un modo tenaz y extravagante. Devorada por su frenético delirio de llegar a la gran meta oceánica del Pacífico, no oculta siquiera un impúdico cinismo en su actitud. La mostro así, en rara ocasión simultánea o coincidente, con el crimen cometido en Laguna del Desierto, cursando ese mismo día su invitación a Chile para que ‘‘la Comisión Mixta Demarcadora de Límites se reuniese de inmediato en el terreno’’, donde ya estaba la delegación argentina, para proceder a la demarcación correspondiente, ‘‘según lo acordado en la Cita Presidencial de Mendoza’’.



Foto en la prensa de Santiago en los años sesenta, donde aparece Morales Álvarez reportando en los valles de Palena con el objetivo de verificar la presencia militar argentina en el sur de Chile.

Con el país estremecido por el crimen, todavía con el cuerpo del teniente Merino Correa en poder de sus asesinos, nadie reparó en Chile en los términos de la nota argentina, ni esa era tampoco la oportunidad propia para hacerlo, ni para conversar sobre nada con el agresor, mientras este no diese una explicación satisfactoria a nuestra dignidad nacional. Como ya, sin embargo, se ha entrado en parloteos diplomáticos, buscando una solución armónica a lo que no la tiene, resulta, pues, muy conveniente y necesario aclarar que otra vez la Argentina tiene abierta su vieja trampa, anhelosa de volver a cazar en el funesto cepo, como ya lo ha hecho antes, al candor, la buena fe y la ingenuidad del Gobierno chileno. La trampa argentina está en la vanidosa nomenclatura de “demarcadora” que le adosa a la Comisión Mixta de Límites.

La Comisión “no es demarcadora”. Es decir, no tiene facultad alguna para trazar o señalar la línea fronteriza. Sus únicos deberes son los que claramente le adjudica el Protocolo de 1941: “Reponer los hitos desaparecidos, colocar nuevos en aquellos tramos donde sean necesarios y determinar las coordenadas geográficas de todos ellos”. La Comisión no puede hacer sino lo que he puesto entre comillas. Esa es su labor precisa y exclusiva, exiliándola de cualquier otra.

De esta manera inobjetable, desprendida de la propia letra del Protocolo, la Comisión Mixta “no es un organismo demarcador de la frontera”, sino simplemente “uno técnico, encargado de restaurar la línea limítrofe establecida por el Arbitraje inglés de 1902 “y demarcada” por los delegados de Su Majestad Británica en el mismo terreno”.

PARECE INOFICIOSO y hasta tonto, sin motivo, insistir tanto, de laya ya casi majadera, sobre las verdaderas atribuciones que posee la Comisión Mixta. Pero habrá que hacerlo si de todos modos estamos conversando con la Argentina y queremos sacar el cuero más o menos intacto de la charla. La Argentina siempre ha porfiado por darle a la Comisión Mixta poderes para “demarcar la frontera”. Lamentablemente, para nuestro rubor, más de una vez la ceguera diplomática de Chile no advirtió la maligna sugestión que le ofrecían los buenos hermanos argentinos, devenida después en una de las placentas geopolíticas que han dado nacimiento al actual dilema fronterizo. Cuando la Argentina insinuó su primera ofensiva sobre Palena, en 1952, con la Gendarmería no invadiendo pero sí incursionando por los valles de California, Hondo, Río Encuentro y las Horquetas --donde el oficial Cianés del Río notificó a los pobladores que “esto dejaría muy pronto de ser chileno”--, nuestro Gobierno formuló la protesta correspondiente, haciéndolo a través de su Embajador en Buenos Aires en la nota 857/115, entregada el 28 de agosto de ese año en la Cancillería de la Casa Rosada.

La respuesta argentina colmó de júbilo a la pacata y parguista diplomacia chilena. En ella el gobierno del país vecino expresaba que lamentaba lo sucedido, que alejaría y sometería a sumario a los gendarmes responsables del atropello, precisando al término de esta hábil sobada de lomo que “se han impartido instrucciones al jefe de Gendarmería de Carrenleufú, a fin de mantener el “status” existente, hasta que la Comisión Mixta Demarcadora de Límites proceda a la demarcación correspondiente”. Ni la Cancillería ni la Embajada de Chile vieron la emboscada. No repararon en que la Argentina le daba facultad “demarcadora” a un organismo que no la tiene, creado solo con atribuciones de orden técnico muy restrictivas, ni de que con ello se establecía un imaginario “status” limítrofe que le daba carácter “transitorio” a la frontera de Palena. La perspicacia más elemental exigía una inmediata respuesta por parte de Chile, sujeta en lo lógico, con sentido nacional, histórico y geográfico. La línea de frontera era inamovible, determinada así por un Fallo Arbitral aceptado por las partes. La Comisión Mixta no tenía, pues, otro objetivo que “el de restaurar un límite que ya estaba demarcado”. No había, entonces, ningún “status” existente ni por existir. Pero ni la Cancillería ni la Embajada vieron nada. Todavía se creía que nuestra buena fe era correspondida por la Argentina. ¡Éramos hermanos! En el aire, como una araña, ya estaba suspendido el drama de Palena, verdadera matriz de ese otro de Laguna del Desierto que ahora nos duele desde el corazón hasta la piel.

GUERRA CON CHILE (1980)

El ex Vicepresidente de Argentina, Almirante (R) Isaac Rojas, se viene señalando como el intrépido caudillo belicista de su país, propicio a la guerra con Chile.

“Creo que la opinión mayoritaria de los argentinos --ha dicho textualmente el Almirante Rojas--, favorece de modo nacional la posibilidad de un enfrentamiento armado con Chile. La guerra, desde luego, sería lo que más nos conviene a los argentinos para solucionar de una vez por todas el pleito fronterizo austral. Argentina, entonces, debería desahuciar la mediación del Papa y disponerse, en cambio, a ‘un dialogo de armas’ con la nación vecina”.

Patricia Arancibia Clavel - Francisco Bulnes Serrano

LA ESCUADRA EN ACCIÓN

1978: El conflicto Chile-Argentina
visto a través de sus protagonistas



Otro ejemplo: “La Escuadra en Acción” investigación sobre los difíciles días de 1978-1979, escrito por Patricia Arancibia y Francisco Bulnes, e impreso por editorial Catalonia.

Estas palabras de Isaac Rojas cobran especial interés si se piensa en los altos gastos militares en que esta incurriendo Argentina. Cuatro mil millones de dólares se irán en armas este año, como ya se fueron seis mil seiscientos millones en los dos períodos anteriores, y la suma no esta completa todavía. Es preciso agregar los cinco mil millones de dólares extraídos de las cuentas reservadas o secretas, que ya se gastaron en equipos y pertrechos. Argentina se ofrece hoy poderosamente armada, con la certeza de que cada día lo estará más y mejor pese a su feble conducción económica. Por eso, imaginando a un Chile débil, es que el Almirante Rojas, tal como lo ha dicho, ve en la guerra “la solución que más nos conviene a los argentinos”.

LA TERQUEDAD BELICISTA

Este ha sido el porfiado pensamiento inalterable de los hombres de armas argentinos. Resulta, pues, de veras rector, entrar a conocer lo que han dicho sus marinos y militares sobre el ácido tema de la expansión argentina.

--La riada se inicia en julio de 1947, por parte de la Armada Argentina, cuando su Capitán de Navío, J.A. Dellepianne, profesor de Estrategia y Geopolítica en la Academia de Guerra Naval, dictó una conferencia a los oficiales alumnos, en cuyo curso, a la letra, formuló los siguientes conceptos: “No podemos negarnos a la realidad. La marina argentina debe tener dominio absoluto sobre todos los canales del Pacífico al Sur de Chiloé. La frontera con Chile es el macizo andino y la Cordillera de los Andes, y termina frente a Puerto Montt. La Armada Argentina no tiene porqué desconocer estos hechos de la naturaleza. El Cono Austral de las América del Sur le pertenece por derecho propio a nuestra más grande Argentina...”.

--Posteriormente, en octubre de 1948, el Jefe del Estado Mayor de la Armada Argentina, Almirante Aston Clement, expresó las siguientes declaraciones textuales en la base naval de Bahía Blanca: “Argentina, desde el punto de vista geopolítico, es dueña de TODO el Estrecho de Magallanes, de sus canales derivados y de TODO el Canal Beagle. Los tratados y los protocolos firmados con Chile no tienen mayor alcance. Lo importante es que el Cono Sur de América es argentino, por obra de la naturaleza, y que las discusiones en las que se entretienen algunos juristas de Chile y Argentina no pueden destruir un hecho poderoso: el dominio austral de América lo ha entregado la configuración geopolítica del continente a la nación Argentina, y resulta pueril, entonces, que la Marina de Guerra Argentina pueda aceptar otra posición que no sea la del imperio irrestricto y absoluto de la soberanía argentina en el Extremo Austral de nuestro continente”.

--Después, en 1952, se produjo la aseveración aun más agresiva y antichilena del almirante Teodoro Harting, en la ocasión jefe del Estado Mayor de la Armada Argentina.

Hablando en Buenos Aires, en el Ministerio de Marina, en una reunión con los periodistas trasandinos, a la que yo también asistí, camuflado de inocente y de cuyano, el almirante expresó las siguientes frases, con rango textual: “La Marina de Guerra Argentina debe atender a nuestra realidad política y geográfica. Argentina no puede rechazar el mandato de la naturaleza para constituirse como la nación monitora del Extremo Austral del continente. Es necesario entonces que en nuestras relaciones con Chile no olvidemos que nuestra patria es más grande, más poderosa, más rica y más poblada que el país vecino, y que no podemos aceptar de este ninguna interferencia en la consecución de nuestros altos destinos soberanos”.

--Ya antes, en octubre de 1949, el coronel Manuel Olascoaga, profesor de Geopolítica en la Academia Militar del Ejército Argentino, había precisado su pensamiento castrense en los siguientes términos: “La expansión argentina hacia el Pacífico es una necesidad derivada de la configuración geográfica de nuestro territorio... Argentina no puede ceder en su necesidad de dominar la costa del Pacífico, tras la Cordillera de los Andes. Chile no puede oponerse y nuestra patria debe fijarse como meta el dominio de los actuales puertos chilenos del Pacífico...”.

¿SE FRUSTA LA MEDIACION?

Estas son, pues, las fuentes que alimentan la resuelta actitud antichilena del Almirante Rojas, propiciando la guerra entre los dos países, confiado en que la aventura belicista sería para Argentina un simple paseo militar. ¿Podría significar esto el riesgo de que la Mediación del Santo Padre se vaya al diablo o al infierno si es que se endurece aun más la intransigencia argentina?

La pregunta esta en los labios de todos, chilenos y argentinos. Nadie, sin embargo, puede dar una respuesta cierta sin el temor de equivocarse. Sigue en pie, de esta manera, el fantasma de la guerra, colocando un instante de suspenso en el tránsito común de los dos pueblos.

Pero no debe amedrentarnos el fantasmón compadrito del mambrú argentino. Sobre ello son elocuentes las frases que legó a Chile un ilustre marino ya desaparecido, nuestro Almirante Rafael Santibáñez Escobar: ‘‘La veleidad de las armas --dijo el almirante—puede deparar al más bravo contrincante, al más fuerte y al más rico, también más de una sorpresa, y la historia militar del mundo ha estado y esta llena de sorpresas’’.



‘‘Mujeres en Las Fuerzas Armadas’’ en Memoria Chilena. (Dibam)

LO QUE SABE GALTIERI

EL NUEVO PRESIDENTE DE ARGENTINA, el general Leopoldo Galtieri, pertenece a la línea político castrense de los que llaman “duros” en su país, esos que hasta ayer no más aparentaron ser propicios a un enfrentamiento bélico con Chile, acariciado con el mismo énfasis tanto en el ámbito civil como en el militar. Pero hoy las cosas han variado. “Duros” y “blandos” ofrecen ahora una distinta pero simultánea disposición para la paz, aceptando como de algún modo, de dulce y de grasa, para decirlo en el gráfico lenguaje popular, la mediación del Santo Padre. Creo que este dichoso cambio de conducta, en más de una medida, se debe a lo que sabe Galtieri. Su Excelencia no ignora que la condición militar de Chile destaca como la mejor de las mejores en toda la vecindad de América del Sur. Galtieri sabe que esta preciosa jerarquía forma parte de nuestra propia nacionalidad, sostenida con sentido de raza y destino de pueblo, y que esta realidad, de veras admirable, es la consecuencia natural de un acto histórico: Chile fue la primera colonia de España que se organizó de manera militar, y la única que se mantuvo con este valioso rango al tranco de los siglos. El Ejército de Chile fue creado por el Rey Felipe III, en 1604, de modo profesional y permanente, bajo el mando inicial del Gobernador Alonso de Ribera, el soldado de Flandes que lo paternizó. Galtieri lo sabe. Este Alonso de Ribera no era un simple hombre de armas, sacado del montón como otro más. Se rebeló como un jefe ejecutivo y visionario, determinando como el primero que lo hacia la importancia combativa de la infantería en los días en que todo se realizaba de a caballo. El primer censo poblacional, efectuado durante su mandato, estableció otra cualidad exclusiva de Chile. El censo precisó que eran soldados “todos” los hombres de Chile, desde los catorce años para arriba, aptos para servir en cualquier momento como una fuerza militar de primer orden. Galtieri sabe que este respiro ancestral le ha dado a Chile un espíritu diferente, nutrido por el genio activo de un país que será militar por entero si las circunstancias lo reclaman. Galtieri no lo ignora. Su Excelencia sabe que no es una vana frase la que expresa que en cada chileno hay un soldado. Chile no tiene la bomba atómica, de cuya presunta posesión ya se ha jactado el país vecino. Pero el fantasma nuclear, tal como están y van las cosas en el mundo, parece destinado sólo a un propósito de extorsión o amedrentamiento que no intimidaría a Chile en absoluto. Galtieri sabe que vale más el principio militar de Chile, escrito en el alma de cada habitante --hombre o mujer, niño o anciano-- con el país completo dispuesto para la defensa de la Dulce Patria. Galtieri no lo ignora. Es lo que satisface a Chile con un motivo de orgullo. Su tradición militar, nunca desmentida en el curso de la historia, elocuentiza el valor imponderable de nuestra condición nacional, señalando que cada vez que los chilenos se encontraron frente al enemigo nunca contabilizaron el número propio ni el ajeno. Siempre aceptaron que su deber era luchar hasta el sacrificio, cualesquiera que fuese el clima de la acción, y a este mandato superior de su patriotismo y de su honor han obedecido en todo instante. Galtieri sabe que esta consigna chilena sigue siendo valedera en el presente, como lo fue ayer y lo será también mañana.

Raúl Morales Alvarez, Diario Las Últimas Noticias, Septiembre de 1980.



“No soy antiargentino. Pero sí contrario a su terca política expansionista, siempre mirando hacia el Pacífico; de esa política sí que me confieso un adversario irreconciliable”. **En la imagen: Videla, presidiendo la Junta Militar Argentina.**

YO Y LA ARGENTINA (1980)

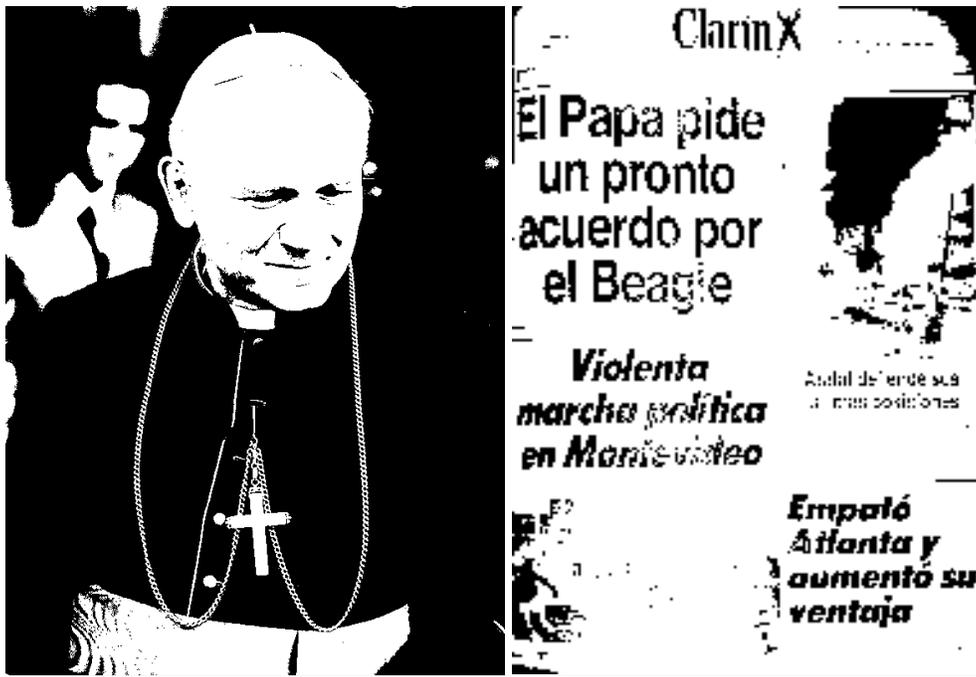
LA GENTE SUELE EQUIVOCARSE respecto de mi posición ante la Argentina, expresada en todo lo que vengo escribiendo sobre los pleitos limítrofes con el país vecino. Creo, pues, que ha llegado el momento de decir las cosas claras. “No soy antiargentino”. He vivido y trabajado durante doce largos años en la otra banda y tengo en ella una feliz abundancia de excelentes amigos. Sé pues, por mi propia experiencia personal, que la fraternidad de los dos pueblos es leal y verdadera, acaso la mejor de las mejores entre todos los que se ofrecen en nuestra América Latina. Algo muy distinto es la terca política expansionista, siempre hacia el Pacífico, que constantemente ha animado a todos los gobiernos argentinos, desde el primero hasta el actual.

“De esa política sí que me confieso un adversario irreconciliable”. No podía tampoco serlo de otro modo. Es una política antichilena por donde se la juzgue. La ceguera de Chile consiste en que todavía no sabemos verla así, de este único modo. Aun nos empeñamos en buscarle al gato los tres pies que no tiene, insistiendo en culpar a meros hechos esporádicos de los ácidos sucesos fronterizos que más de alguna vez han lesionado y hasta injuriado nuestra dignidad y soberanía.

No soy tampoco un enconado belicista, como más de alguno pudiera suponerlo, de manera errada por completo. Mi educación castrense me preparó para amar la paz como el más precioso bien que se posee, pero al mismo tiempo para defender su dichoso patrimonio, y esto no se hace aceptando bajezas ni humillaciones. La guerra es un desastre que debemos tratar de evitar, reforzando en cambio las benditas seguridades de una paz honesta y limpia, sin que se nos imponga el agachamiento ni el entreguismo. Esa es la paz válida y duradera que debemos tener con la Argentina. Es preciso comprender, entonces, tal como van y están las cosas, que esa paz solo será posible una vez que la Argentina cese en su delirio expansionista antichileno. La paz sería una funesta burla o una sucia mascarada de establecerse como ese delirio imperialista intacto. La guerra sería una locura para Chile --como nadie lo discute--, pero también para la Argentina, detalle que es preciso entender muy bien para comprender que aceptar una paz degradante significaría para Chile algo peor que una guerra. El único modo de sortear este doble riesgo está en la mayor capacidad y eficacia de nuestras Fuerzas Armadas. No hay necesidad alguna de ser militarista ni siquiera juntista para llegar a esta irremisible conclusión incontestable.

Solo basta con ser chileno.

DESPUES DE LA MEDIACION SEGUIRÁ EL BAILE POR LA SOBERANÍA ANTÁRTICA



Titulares de los medios escritos transandinos en la Mediación Papal de los años '80.-

LA ARGENTINA LE ESTA HACIENDO AHORA A CHILE buenas señas de paz y de amistad, aceptando prorrogar los términos del Tratado de Solución Judicial de las Controversias, firmado con nuestro país en 1972. Pese a este aparente buen espíritu, sin embargo, algo les abulta bajo el poncho a los vecinos. La Argentina lo ha mostrado al precisar que la presunta prórroga "mantendrá su vigencia sólo en la Cuestión del Canal Beagle, y siempre que Chile desista de acudir a la Corte de Justicia Internacional de La Haya para definir el pleito limítrofe austral que preocupa a las dos naciones". El detalle es preciso para comprender que nadie entiende a la Argentina en el proceso de la Mediación Pontificia, ni siquiera los propios argentinos amigos de la paz y el derecho. Los enconados belicistas, naturalmente, han recibido muy bien, como hecha a la medida de su triunfalismo, la desconcertante actitud asumida en el pleito fronterizo con Chile. Para ellos, entonces, el asunto es claro: el mesianismo argentino busca el dominio del Estrecho de Magallanes, el Canal Beagle y el Cabo de Hornos no sólo para sostener con un mejor pie sus ahora discutibles pretensiones antárticas, sino también para desplazarse hacia el Pacífico, el océano llamado a ser el nuevo centro de gravitación en las relaciones mundiales. Esa es la porfiada meta que anhelan los triunfalistas argentinos al precio que sea, aceptando de antemano los riesgos de una guerra con Chile.

Por eso ha proseguido el rearme argentino. No lo han detenido la ominosa experiencia sufrida en las Malvinas, y el motivo es simple: el triunfalismo del país vecino necesita hoy a toda costa una oportunidad para vencer, viéndola más fácil en la posible y no quimérica agresión a Chile. Es lo que explica la gran temperatura de las actuales compras bélicas que esta haciendo Argentina, adquiriendo cada día más misiles y más tanques, más aviones de combate y más barcos de guerra. ¿Cuál es el destino de estos pertrechos militares?

No son, desde luego, para enfrentar a Gran Bretaña. Inglaterra ya le puso el pie encima a la Argentina, resignándola a lamerse las heridas, con la procesión por dentro, y habrá que esperar mucho tiempo todavía para que venga, si es que viene, la ocasión de la revancha. La respuesta más lógica, entonces, es que la Argentina quiere estar con las armas listas para encarar o intimidar a Chile en el probable caso de que se vaya al diablo la Mediación del Santo Padre.

Los triunfalistas se olvidaron del laudo arbitral británico y hasta harían lo mismo con la Mediación Papal sin cuidado alguno (...) Luego del actual litigio, cualquiera que sea la solución a que se llegue, vendrá el pleito por la soberanía antártica que reclama cada país, con la Argentina echándose al buche más de las tres cuartas partes de lo que reivindica Chile: un millón doscientas cincuenta mil kilómetros cuadrados. Chile se sostiene únicamente en el derecho y en la motivación histórica y geográfica para su dominio antártico.

La Argentina nada más que en su antojo, por cuyo capricho llama ‘‘Tierra de San Martín’’ a nuestra tierra de O’Higgins y alega ahora que la Antártica fue descubierta por argentinos anónimos del pasado y no por Nathaniel Brown Palmer como lo reconoce el entero resto del mundo. No hay que extrañarse tanto de este delirio. Florencio Ameghino, un serio científico de la otra banda, declaró solemnemente que Adán era argentino, demostrando su certeza con pruebas y argumentos triunfalistas, anticipados a su tiempo de antaño.

Raúl Morales Álvarez, en Las Últimas Noticias, 1984.-